



## CONSTANTINOPLA

EN LOS SIGLOS XVI Y XVII (I)

### CAPÍTULO SÉTIMO

#### DEL CONSEJO DEL CRAN TURCO

**S**E compone su Consejo de doce personas; siete se llaman *Visires*, y de éstos, cuatro, además del oficio de Visir, suelen tener otros cargos. El primero es el Presidente y Capitán General del Imperio, con la misma potestad y facultades que el Gran Turco. El segundo Visir es el que llaman *Caymacán*, quien en ausencia del primero gobierna con igual poder. El tercero es General de la mar. El cuarto Visir es como un procurador ó proveedor de los abastos de la ciudad. Entran además en el Consejo cuatro *Taffitardaros*, que es lo mismo que tesoreros, de los cuales dos asisten continuamente, uno por Asia, y otro por Europa, precediendo siempre éste á aquél. También entran dos *Cadilisquedi*, que son Jueces Supremos, diputados uno por Europa y otro por Asia. Despacha en él el secretario mayor todos los negocios de la corte, y cuando

(I) Véase la pág. 129 del tomo I.

ocurren cosas importantes en que hallan dificultad, acuden al *Musti*, cabeza de su ley, representándole lo que ha pasado en Consejo. El Presidente hace lo mismo en cosas graves; y algunas veces van todos los consejeros juntos á su casa, y le llevan con mucho acatamiento á Palacio para consultar con el Sultán la gravedad del negocio que ocurre.

Tienen Consejo cuatro días á la semana; los sábados y domingos, se tratan cosas de Estado y Guerra; lunes y martes, de Gobierno, Hacienda, y otras cosas tocantes al Reino, sin que el primer Visir deje de dar audiencia en su casa todas las veces que vuelve del Consejo; en días de vacaciones las da generalmente, pero el viernes no, porque es su fiesta, que ellos llaman *Chuma*.

Después del Consejo Supremo, hay los nombrados capitanes de justicia, que vienen á ser como alcaldes de corte; y llaman *Subaxí*, los cuales tienen su juzgado y cárcel, y muchos *Genízaros* que rondan para prender los ladrones y otros malhechores. Cuando sucede caso grave, le remiten estos jueces inferiores al primer Visir y demás superiores para su resolución; y en las ciudades y pueblos del Turco donde no hay *Baxá*, *Bey*, *Belerbey*, que son Ministros de mucha autoridad, está el gobierno en dos personas dichas, *Cadi* y *Subaxí*, que son oficios comprados como todos los demás.

## CAPÍTULO OCTAVO

### DE LOS LIBROS QUE USAN LOS TURCOS, DE SUS ESCRITOS Y ESCRITORES

Hay en Constantinopla y en los demás Estados del Turco muchos escribanos públicos, y otros como maestros de la ley nombrados *Cogía*, de los cuales algunos tienen salario sirviendo en las mezquitas con el cargo de vocear desde las altas pirámides para que los turcos vayan á hacer el *Zalá*, que es orar, pues ellos por su ley no pueden tener campanas, y también se ejercitan en lavar los muertos y acompañarlos en sus entierros.

En Constantinopla ni demás ciudades del Turco no hay imprenta alguna (1), y así sus libros y escritos siempre han sido y son de mano, por lo cual es grande el número de escribientes que viven de copiar los volúmenes que forman los maestros de su ley; y como para esto no tienen censores, ni quien corrija sus escritos, cada uno los interpreta á su modo y como quiere. Son muy dados á escribir cuentos y fabulosas historietas, ridículas para los hombres de talento, pero muy creídas de los demás. Un embajador de Francia, instruído, que residió quince años en Constantinopla y aprendió bien la lengua turca, compuso en ella muchos tratados en varios libros, y cuando se volvió á su país, llevó consigo algunos turcos prácticos, con cuya ayuda imprimió, en caracteres de aquel idioma, quince volúmenes, que envió al Embajador que quedó en su lugar para que proporcionase su venta, porque esperaba que aquella novedad sería grata á los turcos; pero fué tan al contrario, que no hubo quien comprase ninguno, por ser impresos de mano de cristianos, recelando siempre algún engaño. Los venecianos les ofrecieron ponerles imprentas; pero ni el Sultán ni su Consejo admitieron la proposición, diciendo que entonces morirían de hambre todos aquellos que se mantenían de escribir libros y todo género de papeles.

## CAPÍTULO NOVENO

### DE LA CONGREGACIÓN Ó COFRADÍA DE MAHOMA Y DE SU BANDERA

Los turcos que la componen traen el turbante verde, como por insignia, y dicen descienden de la casa de su Profeta, por lo que se nombran *Emir*. Cuando sacan su bandera, que

---

(1) Efectivamente, así era en los tiempos á que se refiere esta relación, y duró hasta el siglo XVIII y año de 1727, en el cual, el Sultán Admet III autorizó el establecimiento de la imprenta, por primera vez en su Imperio Otomano.

también es verde, y está en Constantinopla, la conduce uno de éstos, que siempre va rodeado de otros tales; la llevan á besar al pueblo por devoción y todos los que se reputan de esta clase, que son muchos, van más arrimados á la bandera que los otros maestros de su secta, y tienen privilegio del Sultán para no poder ser sentenciados á muerte, sino á destierro ó cárcel perpetua, y la distinción de que si algún turco ú otra cualquier persona amenaza á alguno de ellos, tiene la pena de cortarle la mano, y si ejecuta el golpe, pena de la vida.

Por ser verde aquella bandera de Mahoma, ningún cristiano puede vestirse de este color, y si alguno quebranta el precepto, le quitan el vestido y le llevan á la cárcel, de donde no sale sino á costa de mucho dinero, y si es pobre, tiene que sufrir cruel castigo de palos.

A todos los turcos y moros que han hecho el viaje á la Meca, donde está el cuerpo de su Gran Profeta Mahoma, les llaman *Agi*, que quiere decir personas justificadas, de los cuales ha habido algunos tan fanáticos, que después de haber hecho aquella romería, se pasaron por los ojos un hierro ardiendo para quedar ciegos, diciendo que quien había visto aquella casa, no debía ver otra cosa en el mundo, sino quedarse con aquella gloria y contento.

Antes de pasar más adelante, parece se debe tratar de las banderas que usan los turcos en sus ejércitos y de donde tuvieron principio. La principal, que es la que usa el *Baxá*, General del mar en su capitana, es una cola de caballo, que se enarbola en la popa como estandarte real, aunque hay otras banderolas de seda con sus armas de la media luna, y también en las galeras ponen sus flámulas y gallardetes; pero el General del ejército de tierra lleva por guión tres colas, parte blancas y parte bermejas y alboreadas en tres astas muy largas; su lugarteniente lleva dos en la misma forma; el tesorero, que es pagador del ejército, lleva otras dos; el Capitán general de los genízaros otras dos, y los dos Belerbeyes, que son Generales de la caballería, uno de la de Europa y otro de la de Asia, sólo llevan una cola por guión. Cada compañía de los *Spahis* lleva su estandarte y banderolillas en

las lanzas, y cada una se diferencia y conoce por los colores.

El origen de estas colas viene de que en vida del profeta Mahoma, al tiempo que hacía sus conquistas en una batalla de las muchas que dió, le ganó su contrario el estandarte, y él, viéndose á pie y expuesto á perderse, faltándole el guión con que gobernaba sus tropas, cortó la cola á su mismo caballo, y enarbolándola en una lanza, las animó, de forma que quedó con victoria; y desde entonces han usado los ejércitos otomanos de aquella insignia, que á la verdad parece á los que no son turcos extraña y ridícula.

## CAPÍTULO DÉCIMO

### DE LAS MONEDAS DEL GRAN TURCO, SU TESORO Y RENTAS

Las monedas en las partes de Levante, unas se llaman *aspros*, otras *pará* y otras *jaines*, que son de plata; de las cuales corren muchas falsas de hierro plateado y también de cobre, que llaman *mungurri*: de éstas hacen doce un *aspro* y diez de éstos hacen un real. Un *pará* vale tres *aspros*, y un *jain* cinco. Hay otras monedas de oro que llaman *sultaninos*, que cada uno vale ciento treinta *aspros*, y además de estas monedas que son propias del Sultán, todas las extranjeras de oro y plata corren en sus Estados por el peso, con la circunstancia de que el *real de á ocho* español vale diez *aspros* más que los de otros Reyes y Príncipes; pero regularmente se cuenta en Constantinopla por *cequíes* de oro veneciano.

Tiene en su palacio el Tesoro Real que llaman *Asiná*, con tres llaves que están siempre en poder, una del tesorero general llamado *Asina darbaxi*, y las otras los dos eunucos más viejos de Palacio. Sobre esto del Tesoro tienen una antigua ley por la cual se prohíbe tocar á él sin extrema necesidad de guerra, y cuando muere uno de aquellos eunucos, se pone en su lugar otro de los más antiguos de Palacio.

Las ordinarias rentas que tiene el Gran Turco, de más sustancia y fundamento, importarían muchos millones menos, á no ser tan tiranos los Sultanes con sus vasallos. Del

Gran Cairo se sacan cada año tres millones y seiscientos mil cequíes de oro, y respectivamente de las demás ciudades de sus Estados, que son muchos, cuyos inmensos caudales se dividen por ley en tres partes: una va en ofrenda á la Meca, para la manutención de aquel santuario mahometano y sustento de todos los peregrinos que le visitan y cabalgaduras que llevan, porque desde que salen del Cairo aquellas numerosas carabanas para la Meca hasta que vuelven, todos los grandes gastos que en ella se hacen los paga el Sultán. De la otra parte se mantienen y pagan todas las tropas que tiene el Estado, así en Constantinopla como fuera de ella. Y la tercera parte corresponde al Gran Turco, la cual se le lleva ó por mar ó por tierra.

Es opinión general que estas rentas importaban antes mucho más, pero que se han aminorado por los muchos bajaes que se han rebelado, mala administración de ellas y peores Gobernadores, quienes, y la peste, han acabado con la mayor parte de los vasallos del Sultán en aquellos países, como que Alejandría y el Cairo están casi destruídas, y lo mismo sucede con otras muchas ciudades; y los habitantes que tienen son tan pobres, que apenas pueden pagar los tributos.

La *alcabala* que cobra el Turco sube á mucho, porque el trato (1) es grandísimo en todos sus reinos y provincias, pues sólo la que se cobra en Constantinopla de los paños y sedas, asciende á cuatrocientos mil cequíes de oro (2) cada año; y la del vino, sin embargo de estar prohibido á los turcos, pasa de trescientos mil; sin otras mercaderías, mantenimientos y frutas, que de todo se cobra *alcabala*; y la de la nieve, que nadie puede vender sino el Sultán, llega á cincuenta mil cequíes (3).

Todos los cristianos, así latinos como griegos y armenios, en pasando de quince años de edad, deben contribuir anualmente al Sultán con cuatro cequíes, y los que se casan, con cinco por sola una vez; pero todos los religiosos y clérigos

---

(1) Comercio.

(2) Equivalen á 17.600 000 rs. de nuestra moneda de vellón.

(3) 2.200.000 rs.

son libres de tributo, porque Sergio, hereje arriano, que compuso con Mahoma el Alcorán, lo estableció así, y los turcos lo observan con la mayor puntualidad.

Los hijos de los grandes Sultanes no pueden ser bajaes, ni tampoco los turcos por naturaleza, y así se dan estos empleos y otros, por razón de Estado, á los renegados y á sus hijos, los cuales, no obstante ser libres, siempre se reputan por esclavos del Rey, y de la misma manera todos los libertos, aunque sean de personas particulares, por lo que, cuando mueren, toma el Sultán como su dueño, si dejan hijos varones, la mitad de sus bienes; y si son hijas las dos terceras partes, dejando una sola para ellas; y si no tiene hijos ni hijas, se los lleva todos.

Los bajaes, Gobernadores y demás Ministros del Sultán, todos compran los oficios, y así son unos verdaderos tiranos. Bien lo saben el Gran Turco y los de su Consejo; pero como al fin los tesoros que adquieren han de venir á parar al Rey, los dejan enriquecer para quitárselo todo junto, y á veces con la vida (1).

Los grandiosos presentes que cada año envían al Sultán los Bajaes y Gobernadores de sus Estados de Asia, Africa y Europa, cuando hay paz, y los de los Príncipes sus tributarios, como son el de Moldavia, Valaquia, Mingrelia, Bulgaria, Georgia, Circasia y otros, suben á una suma increíble, pues nadie va á besar la vestidura del Sultán, sin que primero pasen por su vista los presentes que lleva; y así se ve que casi todas sus rentas proceden de codicia y tiranía; siendo opinión vulgar que llegan á quince millones de cequíes, que de nuestra moneda son más de sesenta millones de escudos.

---

(1) Creo, y aun me parece excusado advertir á los lectores de este escrito, que ciertas apreciaciones que en el mismo se hacen, refiérense á una administración de hace dos y tres siglos

## CAPÍTULO ONCENO

## DE LOS GASTOS DEL GRAN TURCO

El gasto ordinario de la comida y vestido que da anualmente á los consejeros y Ministros de su corte, á las Sultanas y demás mujeres, y, en fin, á todos los criados y dependientes de Palacio, de que ya se ha hablado, es grandísimo, porque todos los magnates visten de brocado, sedas delicadas y finísimos paños, y los demás respectivamente. Se da también á todos los criados, que llaman *Azamoglanos*, su vestido de paño, comida y salario, los cuales sirven en Palacio y otros serrallos fuera de Constantinopla, en las casas de recreación del Rey, en jardines, huertas, viñas, bosques, caballerizas, que en todos son siete mil; cuatro mil son criados del Sultán y tres mil los ha dado á consejeros y otros turcos principales para servirse de ellos, á unos veinte, á otros diez, y así más ó menos, conforme á sus servicios. Son los *Azamoglanos* hijos dezmados de griegos cristianos, y los tienen sus dueños con guarda como esclavos; les dan dos aspros de paga al día, y cada año les aumentan un aspro, hasta que sirven diez años, que entonces les hacen *Genízaros*.

Da el gran turco muchas plazas muertas por servicios hechos á la corona, así á hombres como á mujeres, y entretenimientos á gran número de gentiles hombres de Palacio, que llaman *Aghaes*, y á otros que dicen *Chiaux*, que son alguaciles reales. A los flecheros, llamados *Gebexi*, que acompañan al Sultán á pie en la guerra en número de 5.000: á 3.000 bombarderos, que llaman *Topgi*; de éstos unos tienen dos ducados de paga al día; otros uno, y otros más ó menos: da asimismo entretenimientos y grandes plazas á 4.000, entre *Bajaes* y otros personajes principales que nombran *Zaim*, quienes gozan cuantiosas rentas, á manera de las encomiendas de las órdenes, llamadas *Timari*; pero es con la obligación de estar siempre prevenidos para la guerra y llevar á



ella cierto número de hombres armados con su insignia particular; esto se entiende cuando va el Sultán en persona. Da también al gran tártaro 200.000 cequíes cada año, con otros regalos, no poniéndose aquí el gasto de los presidios que tiene en las fortalezas de Europa, en el Archipiélago y en Asia, porque todo y mucho más que le queda lo saca de donde están situados; pues solo en las islas de Rodas y Estanjo saca cada año 18.000 cequíes de oro; de la isla de Sofrás otros 18.000; de la de Xió, 8.000; de la de Naxía, 7.000; de la de Negroponte, 15.000; y así de las muchas islas habitadas de cristianos griegos, que todo sube á una muy fuerte suma. Hace también el Sultán el gasto á todos los Embajadores de los Príncipes cristianos, y de los que no lo son, desde el mismo punto que llegan á Constantinopla hasta que parten, aunque los Ministros que de esto cuidan no siempre cumplen con la orden que sobre esto se les tiene dada; y cuando algunos Embajadores no piden lo que se les acostumbra dar, ellos lo sientan en los libros de gasto, y lo quedan para sí. También se hacen muchos gastos secretos con motivo de los espías que tiene el Sultán en los Estados, así de Príncipes cristianos como de infieles, que son sus enemigos, y la principal en las partes de Poniente reside en Venecia. Estos republicanos, dicen comúnmente, que ellos tienen dos enemigos; el uno comparan al perro que con bocado de pan lo aplacan si les quiere morder, y es el turco, que con un regalo de 40 ó 50.000 escudos, le contentan; el otro es España, á quien comparan al león, cuyo generoso corazón no se rinde al interés.

La paga ordinaria de los genízaros, spahis y demás milicias, es la misma en tiempo de paz que en el de guerra, y cuando se da paga general, no es contando las monedas como se ejecuta en las demás naciones, sino por cargas. Cada carga de aspros tiene el valor de 1.000 cequíes de oro, y á cada capitán y superior se le dan las que caben á su gente para distribuir las como corresponde.

## CAPÍTULO DOCE

## DEL EJÉRCITO DEL GRAN TURCO Y SU GOBIERNO.

El servicio principal de él consiste en 30.000 genízaros, tropa de infantería, y 40.000 spahis, que es de caballería, que con los thimariotes, capis, artilleros y otras milicias, pasan de 300.000 hombres, sin las tropas auxiliares del tártaro y de los Príncipes tributarios del Gran Turco. Los genízaros eran todos antiguamente hijos de cristianos diezmados de los griegos europeos de Rumelia, de donde salen valerosísimos soldados; pero ya no se observa como debiera, pues reciben de la parte de Asia, que son gente sin valor y para poco. Cuando entran en esta milicia, solo les dan 12 aspros, que son diez cuartos, pero va creciendo la paga á causa de que por muerte de cada Sultán se les aumenta un aspro cada día, y también les dan ventajas, como se hace en España y otras partes, por señaladas acciones en la guerra; pero siempre es la mayor paga de los genízaros 20 aspros al día.

Todos los Spahis, y otros soldados que llaman lanzas rompidas, son caballeros, algunos bastante pobres, pues que no tienen más que de doce á quince aspros al día, por lo que el Gran Turco les da en tiempo de guerra para comprar caballos algunas pagas adelantadas. La mayor parte de esta tropa es de Asia, y algunos hay de Europa: muchos son ricos, porque gozan de las encomiendas dichas, y tienen obligación de llevar consigo á la guerra cuatro, seis ú ocho hombres á su costa. Todos juntos, llegarán al número de ciento y cincuenta mil caballos, que si el Sultán hubiera de pagarlos, importaría muchos millones, de modo, que apenas tendría con qué hacerlo; y si en tiempo de paz no se les pagara, serían increíbles las sumas que el Sultán tendría entonces. Algunas temporadas de dos y tres años pasan sin darles el prest, por lo cual se suelen sublevar, y algunas veces han muerto á los Visires y Sultanes, y aunque entonces se procura sosegarlos,

sólo les dan tres ó cuatro meses de paga, con lo que quedan contentos y van á la guerra.

La mayor parte de los pueblos en que están situadas las encomiendas que se dan á los Spahis, se hallan destruídos con motivo de las rebeliones de los Bajaes en Asia. Por esto, faltaron las rentas, y queriendo un primer Visir remediarlo, quitó parte del sueldo á los europeos para dárselo á la parte del Asia; ofendidos de lo cual se amotinaron, de forma, que cuando fueron llamados para ir á la guerra de Persia, no quisieron obedecer ni hacer caso de las órdenes del Sultán.

A este sólo está reservado el poder traer tres penachos de plumas negras de cierta hechura y con varias joyas, y una cadenilla de oro en el turbante; y para crear el empleo de primer Visir, que es su lugarteniente, usa de esta ceremonia. Llama á su presencia el personaje que quiere elegir, y diciéndole la mucha satisfacción que tiene de su persona, lealtad, valor y gobierno, se quita del turbante uno de los tres penachos que siempre trae, y se le pone en el de aquél, que está de rodillas esperando aquella merced, á quien después da una espada y el sello real; y besando el agraciado la vestidura del Sultán, se levanta, y luego le ponen una ropa de brocado finísimo, con lo cual queda instituído primer Visir, y así de allí adelante trae dos penachos, uno que es insignia del cargo de Presidente del Consejo, y otro como Gobernador general. Nunca se le castiga, sino por traición al Rey, al Estado, ó cosa equivalente, que entonces le cortan la cabeza sin remisión.

Este Ministro, como Presidente del Consejo Real y privado del Gran Turco, da mensualmente las pagas ordinarias con mucha puntualidad á toda la familia de Palacio del producto de las rentas reales, como se ejecuta á la tropa; pero los gastos secretos de los asuntos que corresponden á Estado, se sacan de cosas extraordinarias, como también los regalos que hay que hacer; y los gastos que se ocasionan con motivo del *Bayram*, que es su pascua, y la fiesta de la natividad de Mahoma que dicen *Ramazan*. En cada una de estas fiestas tiene obligación el Visir de enviar al Sultán un presente de doscientos mil cequíes en brocados riquísimos, telas especia-

les de seda, paños muy finos y otras cosas preciosas: á la gran Sultana cien mil cequíes en joyas, y á las otras Sultanas y damas de los serrallos, también hay que regalar á cada una según su calidad y circunstancias; y además es menester cumplir con todos los Ministros y oficiales de Palacio proporcionadamente, porque son en extremo interesados y codiciosos, con lo cual los tienen obligados, porque si faltaran estos regalos, dirían tanto mal de su modo de gobernar, que lo descompondrían y desacreditarían bien pronto con el Gran Turco.

## CAPÍTULO TRECE

### DEL GENERAL DE LA MAR, DE SU POTESTAD, FÁBRICA DE LAS GALERAS, Y OTRAS COSAS

En prueba de lo poco subsistentes que son los oficios de Gobierno en los Estados del Gran Turco, se notó en los años inmediatos, que en el corto espacio de seis, se vieron nueve Generales de mar. El primero fué Terius-Bajá, natural de Bosna, hombre valerosísimo, tan grande amigo de cristianos como enemigo de judíos, á quien por una acusación que contra él hicieron al Sultán, éste le mandó matar á su vista en un jardín: sucedióle Zafér-Bajá, renegado, natural de Calabria, en el reino de Nápoles, á quien se privó luego del bastón, y fué por Bajá á Chipre, donde murió á poco tiempo: fué nombrado después Amato-Bajá, también natural de Bosna, y amigo de cristianos, y se le quitó bien pronto el mando, porque los galeones de Florencia tomaron la flota que venía cargada de Alejandría y el Cairo, de que le culparon, y fué de Bajá á Damasco. Ocupó su lugar Alí-Bajá, armenio de nación, que se había ejercitado y criado en la guerra de Hungría, en compañía de un hermano que era capitán general de los genízaros, y el Alí, aunque infiel, era muy justificado, así con los turcos como con los cristianos, y de genio humilde, cosa á la verdad rara entre aquéllos: estuvo algún tiempo de General, y aunque hizo muchas pre-

sas de bajeles corsarios cristianos fué depuesto. Entró en su lugar Mahamut-Bajá, cuñado del Sultán, el cual, á causa de haberle tomado D. Octavio de Aragón siete galeras, se le privó del mando: sucedióle segunda vez Alí-Bajá, quien asaltó la isla de Malta y saqueó una aldea, pero no pudo cautivar sino tres personas, porque las demás se acogieron á la fortaleza, y él se embarcó herido, con pérdida de sesenta turcos; y marchando desde allí á Trípol de Berbería, mató á un rebelde del Gran Turco, llamado Ossemanday, y le confiscó la hacienda, que era mucha, pero como á la vuelta, estando con su armada en el puerto de Navarino, saliesen dos galeras para una isla que sólo distaba legua y media, á hacer leña, y se las tomase D. Diego Pimentel, á su vista, con el mayor valor y denuedo con solas otras dos galeras de la armada del Rey católico, fué depuesto Alí por esta causa, pero se le nombró General de la guerra contra el persa. Se dió el bastón á Amat-Bajá por favor del eunuco mayor de los negros, cuyo cargo deseaba mucho; era muy soberbio y enemigo de cristianos, especialmente de venecianos, porque siendo Bajá de Túnez, envió una galeota á Constantinopla cargada de cosas de mucho valor, y un gran regalo para el Sultán, y pasando por la boca del Golfo de Venecia, se la apresaron las galeras de la República, degollando cuantos turcos llevaba, como acostumbran, porque no quieren tener esclavos. Después se le hizo primer Visir, y sucedióle Chialul-Bajá, que á poco tiempo cesó, nombrando á Mahamet-Bajá, hijo bastardo de Cigala, que también duró poco; en cuya narración se ve la inestabilidad que hay en los empleos que da el Sultán.

El General de la mar es siempre consejero de Estado: tiene una casa dentro de la Atarazana, que llaman Aduana, con su tribunal y consejo, compuesto de los capitanes y arraeces más antiguos; dos tenientes, uno llamado Chiaya y otro Agha, y un tesorero ó pagador, con otros empleados.

Para la manutención del General de la marina están destinadas todas las alcabalas de la ciudad de Galípoli y del arrabal de Pera, que le valen más de cuarenta mil cequíes de oro cada año, y él provee todos los oficios de Gobierno de uno y

de otro pueblo. Luego que pasa con su armada los castillos que están en la boca del canal, tiene tan amplias facultades y manda tan despóticamente como el mismo Sultán. Puede privar de los empleos á los Gobernadores y demás Ministros y hasta los Bajaes; sentenciar á muerte, ó perdonar la vida á su beneplácito, en mar y tierra, y por consiguiente, libertar forzados y esclavos, quitar sueldos y ventajas y lo mismo darlos, etc.

Las galeras que sirven al Grán Turco, todas se costean de sus rentas reales; nombra sus capitanes, que por lo común son esclavos renegados, y las tripula todo á su costa. Hay tres géneros de remeros en las galeras turcas; los unos son esclavos cristianos, otros turcos forzados, y los otros cristianos condenados al remo, que llaman *bucherones*. También hay de los que acá llaman *buenas boyas*, á las cuales dicen ellos *Jacali*, vienen de la parte de Asia, á seis, ocho ó diez mil de ellos cada año, por obligación que tienen al Sultán los pueblos que los envían. No sirven de balde; y antes de embarcarse, les dan doce cequíes á cada uno: en las galeras no les dan más que diez y ocho onzas de bizcocho al día, como á los esclavos; pero si el viaje dura seis meses, suelen darles otro socorro en dinero, y volviendo la armada á Constantinopla, les completan hasta veinticuatro cequíes á cada uno. Los otros son turcos, cristianos latinos, griegos y armenios, todos forzados y repartidos en las galeras reales y particulares: y finalmente, los otros remeros son los esclavos cristianos de todas naciones, entre los cuales, unos, los que son del Sultán, no tienen paga, pero sí los de particulares, que la cobran sus dueños antes que la armada zarpe de Constantinopla, á razón de tres mil aspros, que son veinticuatro cequíes por cada esclavo.

No puede ningún cristiano esclavo de cadena ni liberto de cualquiera nación que sea, vestirse de turco, y si lo hace le prenden, le quitan el vestido y le dan públicamente quinientos palos, con otras penas rigorosas, por cuyo miedo no se atreven á quebrantar tal precepto. Cada esclavo trae en una pierna una argolla de cuatro, cinco y hasta seis libras, y si son de rescate les ponen grillos y cadenas de mucho peso.

En la Armada real van las galeras particulares, y todos entienden que son del Sultán, de cuya cuenta se renuevan anualmente las guarniciones, árboles, remos, amarras y demás necesario; y cuando zarpa de Constantinopla el General con su armada para alistar todos los soldados y marineros que deben servir en ella, les da las pagas que les corresponden, cuyo importe y el de otros gastos de la armada todo se ha de sacar de las islas del archipiélago por contribución, pues de cuenta del Sultán sólo es el gasto de armar las galeras y las pagas adelantadas á los remeros.

La real del Gran Turco suele ser de treinta bancos, y á veces de treinta y dos, la cual se arma de esta manera: tiene un cañón de crugia en la proa, y otras seis piezas de bronce, tres á cada lado, y sobre ellas por las dos bandas, hay seis pedazos de tabla, y en cada uno están clavados seis esmeriles de hierro colado de tres cuartas de largo, que en todo son treinta y seis, y se disparan cada vez los de una tabla; pero nunca se sacan sino en ocasión de pelear, pues cuando no la hay están debajo de cubierta. Entonces se sacan á las dos bandas del árbol mayor en las ballesteras dos grandes pedreros que asestan uno á cada banda, y en la cámara de popa hay dos cañones. En el que llaman jardín de popa, hay otras dos piezas pequeñas de bronce en una y otra espalda donde están las escaleras. Al tiempo de pelear, se asestan otros dos grandes pedreros, que en todo son quince piezas y treinta y seis esmeriles. Lleva en cada ballestera tres soldados, y un turco buena boya en cada banco, que en tiempo de necesidad dejando los remos toman las armas, sin los cuales hay veinticinco soldados en popa, y otros veinticinco entre marineros y soldados en la proa, que todos compondrán el número de trescientos hombres de pelea.

Lleva siete remeros por banco, seis cristianos y un turco; y aquéllos se escogen entre tres mil esclavos que tendrá el Sultán, de los más fuertes y de mejor disposición.

Cada galera de la armada lleva cuatro remeros por banco, que las de cinco son ocho ó diez de los Capitanes, Gobernadores de ciudades principales. Casi todos los soldados que navegan en las galeras de Levante son tan pusilánimes, que

en tiempo de pelea con vajeles cristianos, tiemblan algunos, de manera que se les caen las armas de las manos, y otros se esconden; lo que no sucede con las de Berbería que, tripuladas todas por renegados, pelean valentísimamente.

Toda la miseria que padecen los esclavos, así entre turcos como entre moros, procede de la malignidad de los renegados; que los turcos por sí son de buenas inclinaciones, de modo que si se pudiera predicar ó disputar la ley evangélica entre ellos, sin duda que se convertirían muchos; mas no los moros, porque son más obstinados y protervos.

## CAPÍTULO CATORCE Y ÚLTIMO

### DEL MODO CON QUE EL GRAN TURCO RECIBE LOS EMBAJADORES DE LOS PRÍNCIPES CRISTIANOS Y OTRAS COSAS

Cuando va un Embajador de Rey ó Príncipe cristiano, se acostumbra á entrar de secreto en Constantinopla, y á los ocho días, prevenido de todo lo necesario, hace la entrada pública por la puerta que llaman de Adrianópolis, á donde le salen á recibir muchos Ministros y oficiales del Sultán, á caballo, y asimismo los otros Embajadores cristianos, quienes le visitan inmediatamente que llega á su casa. A pocos días, cuando ya tiene concedida la audiencia, va vestido de turco, pero sin turbante, á besar la vestidura del Sultán, llevándole siempre algún presente. Llegado á Palacio, se junta en la Sala del Diván toda la corte, la milicia y mucho pueblo. Los genízaros toman cada uno su parte del presente, habiéndole pasado antes por donde el Sultán le ha visto: luego llega el Agha, que es su Capitán general, y acompañado de un Visir llevan en medio al Embajador, á quien acompañan otras doce personas de las que vinieron de su tierra cortejándole, y el intérprete, todos vestidos de turco sin turbante, como el Embajador. Cuando llega á la puerta inmediata á la pieza donde está el Sultán, así al Embajador como á toda su comitiva los llevan dos Ministros á cada uno y se los presentan asidos



fuertemente de los brazos, no de cara, sino por un lado, y llegados á sus pies les da á besar uno de aquellos Ministros una manga de la vestidura, estando ellos arrodillados, lo mismo el Embajador que los demás, y hecho esto, se retiran á un lado. Entonces el intérprete hace la relación que ya lleva dispuesta y estudiada, que el Sultán oye sin responder palabra, haciéndolo por él el primer Visir que está arrimado al Rey, con lo cual, haciendo el Embajador una reverencia, se va con los que le acompañan. Antes de salir de la penúltima puerta están prevenidos ciertos criados con una vestidura rica para el Embajador, y á cada uno de los acompañantes le dan otra de mucho menos valor. Después de esta audiencia no concede otra á Embajador alguno, hasta que se vuelven á marchar.

Hacen en Constantinopla, así los turcos como los cristianos griegos, un gran comercio de las flores, por lo cual tienen muy lindos jardines. Las producen unas cebollas, como acá las azucenas, que van á comprar á ciertos tiempos los italianos y franceses, en que emplean mucho caudal. Hay de las que llaman narcisos, jacintos de tres colores, tulipanis, persianis, coronas imperiales, moscas griegas, claveles de cuatro colores, varias clavelinas y otras muchas de lindísimo olor y hermosa vista; pero como Constantinopla y sus inmediaciones es tan frío, no hay naranjas, limones, cidras, limas, ni otro algún árbol de fruta agria, aunque no se carece de ella, porque la llevan de Asia y de las islas del Archipiélago.

Los turcos no son morenos, como los berberiscos, sino blancos y de buen rostro y talle; usan de la barba larga, cuanto naturalmente da de sí, sin cortar jamás un pelo, antes bien cuidan con estudio de que crezca, porque dicen debe estimarse mucho este ornato, y así envidian á aquellos que la tienen muy crecida y bien dispuesta; pero en la cabeza no traen cabello, todo lo rapan á navaja, dejando sólo un mechón en la coronilla. Los griegos usan del mismo modo de barba, cabello y vestido, y solo se diferencian en los turbantes, que son de color turquí listados de blanco ó azul, advirtiéndose que primero usaron de turbante los griegos, y de éstos los tomaron los turcos, como también su traje, aunque

la mayor parte de los griegos traen cierto género de birretes negros caídos á un lado, los cuales dicen usaron antes los judíos. Los cristianos católicos usan del cabello lo mismo que en Europa, pero traen la barba larga por ser costumbre general, y porque los turcos cuando ven á alguno sin ella le tienen por infame y se burlan de él.

Cuando algún turco se halla herido, por levemente que sea, no puede hacer el *zará* hasta que esté sano, porque les parece indecencia que hombre alguno, en tal estado, entre en la mezquita á hablar con Dios. Si riñen dos turcos y el uno llama al otro *chiafir*, que es lo mismo que infiel, probándolo el agraviado con dos testigos ante la justicia, le privan luego de habitar con su mujer y de entrar en la Mezquita, que equivale á excomulgado entre los cristianos. La absolución está reservada al Musti, que es como su obispo, el cual, después de haber absuelto al reo, le reconcilia con su contrario; pero si la mujer no quiere continuar en el matrimonio, queda libre; y si el marido quiere, está obligado á dotarla otra vez como si nuevamente se casara, porque quien llama infiel á su prógimo les parece que confesó ser él cristiano, y para reducirle á su gremio, dicen son precisas, según su ley, todas estas ceremonias.

Cuando ocurren estas riñas entre los turcos, no lo hacen con armas, aunque las tengan, sino con los puños, por lo que raras veces suceden muertes; pero siendo la pendencia entre renegados, usan de las armas y se suelen matar, y así en esto son los turcos más humanos y racionales que aquéllos, porque aborrecen en extremo el homicidio, y lo más admirable es que, acabada la riña, no les queda odio ni rencor alguno, antes bien se abrazan y besan, y van juntos á comer y beber.

No pueden las mujeres entrar en las Mezquitas, porque su ley les reputa indignas de ello; pero todas las semanas van al baño á lavarse, en el concepto de que así se limpian de sus pecados. Andan con mucha honestidad las turcas por la calle, cubiertos los rostros de modo que sólo se les descubren los ojos, porque tienen á pecado dejarse ver la cara de quien no sea su marido: usan de gran limpieza en el cabello, del cual hacen una sola trenza que la maestra del baño las forma

con artificio, muy ancha y larga, de cuyo remate penden á la espalda muchas perlas y joyas preciosas. Traen ciertas vestiduras, casi todas de una misma manera; son de paño largas en lugar de manto, pero con mangas anchas, por lo que no se diferencian las mujeres nobles de las plebeyas, y todas llevan calzón largo hasta los pies, de damasco, terciopelo, brocado y otras telas ricas, y en verano de lienzo muy fino y tafetanes ligeros, con jubones de seda siempre, de media manga y las faldas hasta la mitad del cuerpo. Las camisas son tan delgadas que se transparentan los calzones que traen debajo de ellas: no usan chinelas, sino zapatos de colores muy puntiagudos, y en las suelas ponen ciertos hierros y clavos para no resbalarse. Muchas llevan collares de oro con ricos diamantes, rubíes y otras piedras preciosas en lugar de gargantillas, y de éstas también algunas las llevan de perlas; traen ricos cintillos en las manos, en los brazos axorcas de oro de gran precio, anchas de cinco ó seis dedos, y arracadas de mucho valor. Por ceñidores llevan un cinturón ancho, todo cubierto de chaperías de plata, oro y pedrería, trabajado con gran primor, cuyo adorno, para ellas, es el principal y de más valor. Aunque por la calle van tapadas con unos lienzo blancos, llevan una especie de montera sin faldilla cubierta de oro ó plata: en sus casas andan descubiertas y en cabello; son generalmente muy bien parecidas, robustas, bien dispuestas, y relativamente, más varoniles que los hombres.

Las griegas y armenias que viven en Constantinopla visten de la misma manera que las turcas, aunque traen los rostros descubiertos, excepto las doncellas; pero todas, en señal de que son cristianas, llevan unas toallas largas pendientes de la cabeza que las cae por la espalda, y también usan joyas, según su posibilidad, sin que jamás turco alguno les haga el menor agravio.

Las turcas tienen mucha inclinación á los cristianos, de modo que algunas, tal vez los solicitan; pero ellos, regularmente, no condescienden, ó por temor de Dios, ó por el mucho miedo de la pena, que es grande y rigurosa, pues que encontrando un cristiano con una turca, se le compele á que reniegue de la fe y se haga turco, y si lo resiste es el castigo

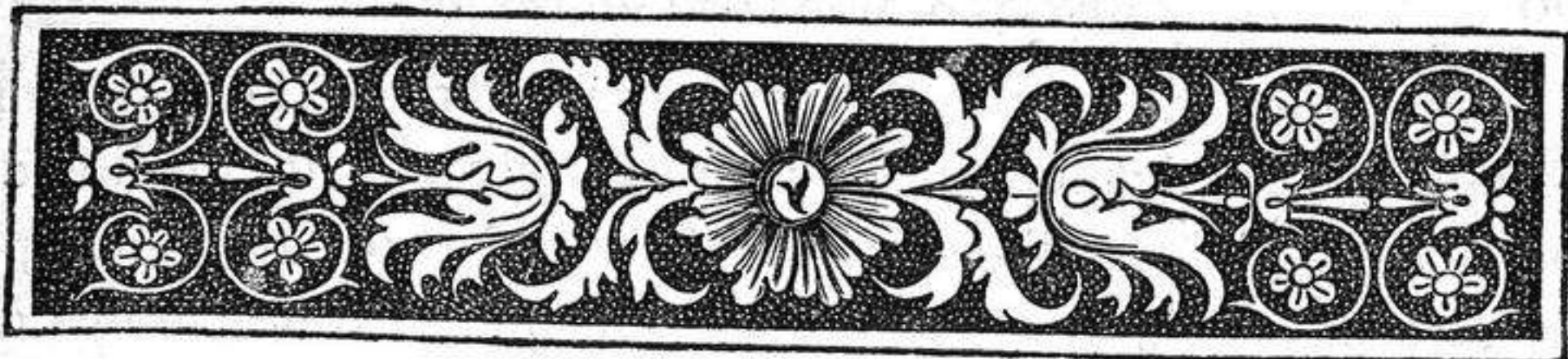
ahogarlo en el mar; y si la hallan con un judío, aún es más, porque lo empalan vivo, y á la mujer la arrojan al mar sin remedio alguno, tanto es lo que los turcos los aborrecen. Cuando algún judío quiere hacerse turco, es preciso que primero reciba la ley de los cristianos con el santo bautismo, y después le admiten en su secta; porque dicen, que Dios dió la primera ley á Moisés, la segunda á Cristo, y la tercera á Mahoma, y que no puede pasar á la de éste, sin que primero se haga cristiano, por ser más vecina á la suya.

Los casamientos se hacen dotando el hombre á la mujer que ha de ser su esposa, en aquella cantidad que se conciertan; si después se desavienen y el marido quiere repudiar á la mujer, siempre que ésta lo resista, está obligado á darla el dote prometido, y á encargarse de los hijos si los hubiere; pero si es la mujer la que solicita el divorcio contra la voluntad de su marido, no debe éste darla nada de lo ofrecido.

Y aquí termino este relato, que aunque no ignoro fáltame algo para darlo completo, como es el tratar del gran templo de Santa Sofía, hoy mezquita; del canal que llaman del Mar Negro; de la ciudad de Pera y sus iglesias; y también de los pueblos cercanos al Sultán, como lo es Jesulibe, corte del gran Tártaro; y de los Roxíos, vasallos de Polonia, en extremo valerosos y enemigos acérrimos del turco, día llegará en que pueda hacerlo: por lo demás, si algún curioso moderno notare que á esta verídica relación faltan otras particularidades, debe advertirse que se escribe en el siglo XVII, y aunque da bastante luz para entender y conocer el carácter, gobierno, usos y costumbres de los turcos, no puede dar tanta para saberlo todo; y lo segundo, que su autor siendo esclavo católico, no tendría disposición para verlo, conocerlo y entenderlo, como hubiera querido. Lo que sí asegura, es, que para escribirla, no se valió de ajenas relaciones, ni de escrito alguno, pues asegura, que todo lo vió y experimentó él mismo en los doce años que há que reside en Constantinopla; los cinco cautivo y los siete libre, haciendo de capellán de los cristianos.

Por la copia,

JULIO DE SIGÜENZA.



## PROBLEMAS DE ASTRONOMÍA <sup>(1)</sup>



ÚN no se conocen las dimensiones de la tierra con la exactitud que exigen las necesidades de la astronomía. Por ejemplo: la longitud de la línea que une el observatorio naval de Wáshington con el observatorio del Cabo de Buena Esperanza, está determinada con un error de centenares de metros. A medida que se efectúan triangulaciones, se va precisando la forma y dimensiones de cada porción de continente; pero en el estado actual de la ciencia no es posible determinar con la conveniente exactitud la posición relativa de puntos separados por el Océano. Tampoco se logra con las determinaciones astronómicas de latitud y longitud, porque sólo proporcionan para un sitio dado, la *dirección de la gravedad* relativa al eje de la tierra, un plano meridiano fijo y no medidas ó dimensiones *lineales*.

Preséntase otra cuestión de sumo interés: ¿gira la tierra uniformemente alrededor de su eje? Importa saberlo, porque la duración de esta rotación nos da una medida fundamental, la de la unidad de tiempo.

(1) Apuntes tomados de una conferencia dada recientemente en Filadelfia, por M. C. A. Young.

Hasta ahora no hay motivo para suponer que la variación de esta unidad alcance un valor apreciable por los medios de observación de que disponemos. Sin embargo, hace tiempo que se sospecha que los cambios de forma y dimensiones de nuestro globo deben modificar la duración del día. Los movimientos del suelo, debidos á los temblores de tierra; los cambios que producen los arrastres de los ríos y grandes corrientes submarinas; la acumulación ó desaparición de los hielos en las regiones polares y cimas de las altas montañas; tales son las causas que deben producir efectos sensibles, á las cuales hay que agregar la acción de las mareas y de los vientos alisios. Pero todas estas modificaciones son tan débiles ó se compensan, de modo que el resultado final es inapreciable, ó cuando menos, indeterminado, hasta la presente.

Otro problema de astronomía terrestre es el relativo á la fijeza de posición del eje de nuestro globo. Así como los desplazamientos de materia en la superficie ó en el interior de nuestro esferoide producen cambios en la duración de su rotación, producen también pequeñas variaciones en las posiciones del eje y de los polos. Fácilmente se advierte que al cambiar el eje, por poco que sea, han de cambiar de *latitud* los observatorios. Si, v. gr., se desviara el polo una treintena de metros hacia Europa, aumentarían en un segundo, próximamente, las latitudes de los observatorios europeos, y en Asia y América serían insignificantes los efectos.

Comparando las determinaciones de la latitud de Pulkowa efectuadas en los últimos treinta y cinco años, parece notarse una disminución lenta y continua en la latitud de este observatorio, disminución que llega á un segundo por siglo, como si el Polo Norte se alejara de Pulkowa  $0^m,30$  cada año.

Grandes y variados problemas ofrece el sol. Su masa, dimensiones y movimientos están perfectamente determinados; pero al ocuparse en las cuestiones relativas á su constitución, causa y naturaleza de las apariencias de su superficie, periodicidad de las manchas, temperatura, conservación del calor, extensión de su atmósfera y naturaleza de su corona, se han emitido opiniones radicalmente opuestas.

Aumenta considerablemente estas dificultades la enorme

diferencia que existe entre las condiciones del sol y las que en los laboratorios es dable realizar. Puede, no obstante, afirmarse la presencia en el sol del fuego, del hidrógeno y de algunos otros elementos; pero no pueden aplicarse con seguridad las fórmulas empíricas, deducidas de nuestras experiencias usuales, á la determinación de la temperatura del sol.

Young se inclina á una teoría, hoy generalmente admitida, para explicar la constitución del sol; consiste en considerar á este cuerpo como un globo inmenso de vapores y gases, de temperatura sumamente elevada, rodeado al exterior por una envoltura de nubes brillantes, formada por la condensación de las sustancias menos volátiles en gotitas y en cristales análogos á la lluvia y nieve. Autoridades respetables ponen en duda esta hipótesis y afirman con Kirchoff y Zöllner que no está exclusivamente formada por nubes la fotosfera visible, sino también por una costra sólida ú océano líquido de metales en fusión. Algunos apoyan todavía la opinión de W. Herschell, á saber: que el núcleo central del sol es un globo sólido y aun habitable, teniendo cubierta la superficie exterior de su atmósfera por una zona de llamas que mantiene la materia diseminada en la órbita de este sistema.

Hay que confesar que tampoco es completamente satisfactoria la explicación de las manchas del sol. En concepto de Young, la manera más natural de explicar dicho fenómeno es la siguiente: las manchas son fragmentos oscuros que se proyectan de la parte inferior como la espuma de una caldera; esos fragmentos flotantes hállanse sumergidos parcialmente en las llamas brillantísimas de la fotosfera, que recubren sus bordes, los atraviesan y envuelven con velos membranosos, hasta el instante en que caen de nuevo y desaparecen.

Aún no se ha resuelto el problema de la rotación del sol y de su aceleración ecuatorial, que es uno de los más importantes. Acaso dependa la solución que se busca del conocimiento exacto de los cambios de materia que van del interior al exterior de esta masa fluída, enfriándola.

Á muchedumbre de interesantes problemas da origen la periodicidad de las manchas del sol, tanto respecto á su mis-

teriosa causa, por una parte, como, por otra, á los efectos de esa periodicidad sobre la tierra y sus habitantes. Young no es partidario de la hipótesis que concede gran importancia á las manchas solares, y duda de su influjo sobre la tierra, salvo en lo que al magnetismo se refiere. Es indudable la relación que existe entre la actividad de la superficie solar y las perturbaciones magnéticas terrestres, cuya relación todavía no se ha explicado teóricamente. Quizás se deba á que predomina el hierro entre los materiales solares, ó al paso de las radiaciones luminosas y caloríficas al través de los espacios interplanetarios, radiaciones que vendrían á ser como un corolario de la teoría electro-magnética de la luz.

Tocante al problema de la corona solar, las investigaciones del doctor Huggins y del profesor Hastings conducen á resultados diametralmente opuestos. Habiendo obtenido Huggins la fotografía de la corona en pleno sol, probando así su realidad objetiva, la considera como un inmenso apéndice solar, de forma casi permanente, arrastrada por la rotación del globo á que se halla fija. Pudiera denominársela *una atmósfera*, no dando á esta palabra sentido demasiado estrecho.

Hastings, por el contrario, sostiene que las formas brillantes de la corona son simple apariencia, efecto puramente óptico debido á la *difracción* (no á la reflexión ni refracción) de la luz sobre el contorno de la luna. Bueno será añadir que no es fácil explicar mediante otra hipótesis ciertas observaciones del astrónomo Hastings. Pero, cualquiera que en lo porvenir sea el resultado, el conocimiento de la constitución y extensión de toda envolvente nebulosa que rodee á un sol ó estrella es de tanto interés como importancia.

De todos los problemas solares, el más interesante es el que se refiere al calor de nuestro sol, su constancia y duración. Helmholtz lo resuelve suponiendo que va contrayéndose el sol, resultando de tal hipótesis que la duración anterior del sistema solar no pasa de veinte millones de años, y que dentro de un período mitad, cesará nuestra vida planetaria. Aun cuando esta hipótesis se halla de acuerdo con cuanto hasta el día se sabe respecto á la génesis del sistema



planetario y á la constitución del sol, no se apoya en base experimental alguna.

Otra teoría atribuye el calor solar á los choques de la materia meteórica, en cuyo caso debería recibir la tierra más calor que el sol, según demuestra Peirce, debiendo caer sobre cada milla cuadrada 150 toneladas de materia al día, cantidad sesenta millones de veces mayor que la que en los cálculos más exagerados se ha supuesto.

Siemens recurre para resolver el problema á una hipótesis muy ingeniosa que ha sido grandemente discutida. Parece demostrado que esta teoría exige una materia de tal densidad que no podría existir en el espacio interplanetario sin modificar notablemente los movimientos de los planetas, tanto por su atracción como por su resistencia. Los rayos lumínicos de las estrellas no podrían llegar hastra nosotros al través de un medio susceptible de absorber y utilizar los del sol.

Cree Young que se acepta generalmente esta teoría, al paso que las otras pierden terreno, por admitir que la mayor parte de la energía solar se desperdicia bajo el punto de vista científico. Los objetos sobre que caen los rayos solares sólo ocupan una millonésima parte del cielo que desde el sol se descubre. Si el sol esparce sus rayos en todas direcciones, únicamente se aprovechará la millonésima parte, á no ser que exista en el espacio algún medio capaz de utilizar estos rayos ó mundos desconocidos situados más allá de las estrellas.

Acaso también no se verifiquen en el espacio libre con absoluta igualdad las radiaciones en todos sentidos. Porque, como J. Herschell y otros sabios indican, las propiedades que se atribuyen al éter, á fin de que desempeñe las variadas funciones para que se ha creado, son tan sorprendentes y aun inconcebibles que es lícito establecer algunas reservas antes de adoptarlo como hipótesis necesaria. Sabio hay que se pregunta si no podría ser tal la constitución de la materia que la radiación y trasmisión de la energía sólo pudieran efectuarse entre masas ponderables ó sin gasto de energía sobre el agente de trasmisión—si existe—á lo largo de la línea de acción. De ser esto así, como no mandará el sol ninguna energía al espacio vacío, será mucho menor la pérdida

de calor de lo que se ha supuesto, y con ello aumentará considerablemente la duración de nuestro sistema planetario. Hasta ahora no se ha señalado por qué medio y mecanismo se transmiten del sol á los planetas las vibraciones luminosas y caloríficas.

Nada de cierto se sabe sobre las condiciones reales y contenido del espacio llamado libre. El éter es una hipótesis feliz, pero nada más.

La teoría de los cometas, ha progresado merced á los estudios de Schiaparelli, Heis, el profesor Newton y otros. Consideran á tales astros como extranjeros procedentes de espacios exteriores *capturados* por los planetas, y sujetos á moverse en órbitas elípticas. Esta es la mejor teoría de las propuestas, pero no faltan en su contra objeciones de gran entidad. Debería haber relación entre la dirección de los ejes de las órbitas de los cometas y la del movimiento del sol en el espacio. Por otra parte, habría de reducirse la velocidad de un cometa más de lo que razonablemente cabe admitir para que se verifique la transformación de una órbita parabólica en órbita elíptica, merced á la influencia de las atracciones planetarias. Pero tampoco está conforme Young con Proctor cuando asegura que «los cometas periódicos han sido engendrados por los planetas y no son sus cautivos, sino sus hijos.»

Tocante á la constitución interna de los cometas y á los variados y contrarios fenómenos que presentan, poco menos que nada se conoce.

Mucho se ha progresado en el conocimiento de las estrellas; pero á medida que se adelanta, surgen nuevos y más difíciles problemas. Se las ha tratado de clasificar fotométricamente, habiéndose establecido ya algunos grupos. Pero examinando cuidadosamente al espectróscopo las estrellas de un mismo grupo, se nota que difieren entre sí más que las fisonomías en individuos de una misma especie.

El Dr. Young concluye su conferencia haciendo observar cuán poco vale el hombre, considerado materialmente, en comparación de esos millares y millares de mundos; pero cuán grande es su inteligencia que alcanza á descubrir las

leyes por que aquéllos se rigen. Cuando un pueblo—dice—tiene asegurados sus medios de subsistencia, su vida material, que no es toda ni la mejor parte de la vida, se le imponen necesidades de orden más elevado; la ciencia, inspirada por el amor á la verdad, es cultivada y se la honra á la par que á la poesía y bellas artes.

Por eso es tan principal la ciencia astronómica que ayuda al hombre á conocer el verdadero lugar que le corresponde en la creación, en ese admirable concierto de infinitos mundos.

R. ALVAREZ SEREIX.





# DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861

*Continuación* (I)

NOVIEMBRE DE 1860

I. Con el aviso la *Sirena* proveniente de Nápoles, se me informa que en la mañana de ayer el dictador, acompañado del prodictador y del Marqués de Villamarina, había distribuido en la plaza de San Francisco de Paula las nuevas banderas á la legión húngara, mandada por Türr y Takeli, y que con tal motivo saliendo al balcón de la Forestería le había anunciado al pueblo entre aplausos de éste la próxima llegada del Rey, de su elección, concluyendo el discurso con palabras severas contra el poder temporal del Papa, mirado como único y verdadero obstáculo á la unificación de Italia; palabras que el pueblo había acogido, no sólo sin desaprobación, sino con grandes aclamaciones: tanto prevalece en estas muchedumbres el odio contra la moribunda dinastía, aun sobre aquellas ideas y sentimientos á que debieran mantenerle

---

(I) Véase la pág. 38 de este tomo.

más firme y tenazmente adherido sus antiguas supersticiones y preocupaciones religiosas.

A las siete y media de la mañana dejó la *María Adelaida* para trasladarme al cuartel general, á fin de establecer terminantemente la conducta que he de seguir enfrente del Almirante francés, después de la comunicación última suya ya enviada al Rey. Las órdenes que recibo son: apoyar con el fuego de la escuadra los movimientos de nuestras tropas á lo largo de la playa con la advertencia de considerar neutrales las aguas bajo el tiro de la plaza de Gaeta. En cuanto á los acontecimientos tales cuales puedan sobrevenir, se me da plena autorización para tomar aquella actitud que juzgue más oportuna, con la seguridad de la aprobación soberana. A las seis de la tarde estoy de regreso á bordo con la firme resolución de cumplir las órdenes recibidas (aunque siempre con la mayor circunspección) apesar de las oposiciones que pudiera encontrar por parte del Almirante francés. Pero éste con su escuadra había dejado ya estas aguas y trasladándose á anclar en la rada de Gaeta.

Durante mi ausencia había llegado del campo del General Cialdini una carta que ahora me entrega mi jefe de Estado Mayor. La transcribo:

«IV GRAN MANDO MILITAR.

SAN CASTRESE, 1.º de noviembre de 1860.

Para poder establecer un puente sobre el Garigliano en el punto reconocido como más oportuno bajo todos conceptos, me son menester dos barcas por no tener medios suficientes á mi disposición.

Apelo á la cortesía de V. S. I. rogándole vivamente que me haga el favor de proporcionarme las dos barcas necesarias para poder estar mañana en disposición de pasar el río, con una parte al menos de mis fuerzas.

Conociendo su caballerosidad y el concurso que la flota sabe prestar á las operaciones de tierra, no dudo del asentimiento de V. S. I., por lo cual envío en derecha carros á propósito para el transporte de dichas barcas.

Tengo el honor de reiterar á V. S. I. la seguridad de mi estimación distinguida.

El General comandante del 4.º cuerpo,—CIALDINI.»

Dispongo que desde luego se dé cuanto me viene pedido por la susodicha carta, y asisto yo mismo á la pronta ejecución; ¡tanto me urge el complacer al egregio General!

Envío un refuerzo de marineros á la gente enviada ya, para trabajar en la construcción del puente sobre Garigliano, y le doy una lancha armada en guerra al teniente Borghetti para que pueda con mayor prontitud y seguridad trasportarse adonde sea necesaria su presencia.

Expido las órdenes necesarias para la cooperación de la escuadra á los movimientos del ejército, á lo largo del litoral, en virtud de las cuales el *Governolo*, comandante Marqués de Aste; el *Ector Fieramosca*, comandante Federico Martini; el *Tancredo*, comandante Mateo Civita, y la cañonera *Veloz*, comandante Martín Franklin, deben proteger y sostener la operación de echar el puente de que se trata; para lo cual cuento seguramente con la sagacidad y firmeza del Marqués de Aste, que tiene el mando supremo de todas las cuatro naves.

Al *Carlos Alberto* con el caballero Mantica, su egregio comandante, tócale el desembarazar la orilla derecha de dicho río hasta su embocadura.

El *Victor Manuel*, Contralmirante Albini, tiene la comisión de ametrallar á las tropas enemigas que desde el monte Scauro se dirijan á Mola.

A la *María Adelaida*, comandante caballero Ricardi, se le reserva el abrirles paso á nuestras tropas para apoderarse de Mola, ya porque aquél es el punto en que se hará mayor resistencia, ya porque es la posición más próxima á la flota francesa de aquellas á cuyo alrededor deben extenderse las operaciones de guerra por mar, y por tanto la más propia de la parte escabrosísima que me ha sido impuesta y que es necesario cumplir; esto es, la de cooperar á sostener los ataques de guerra sin comprometerse con aquel Almirante, sumamente hostil á la Italia.

Así dispuestas las cosas, cada uno se pone á punto de atender al pleno cumplimiento de sus deberes.

A las diez y media de la noche el *Governolo*, el *Ector Fieramosca* y la *Veloz*, á los cuales se une más tarde el *Tancredo*, comienzan á disparar sus baterías á lo largo de la orilla

derecha del Garigliano, con objeto de alejar de allí al enemigo y dar así espacio á los nuestros para echar el puente sobre aquel río. Al mismo tiempo, sus lanchas, mandadas por el subteniente de navío Puliga, eficazmente protegidas por la *Veloz* (que por su corto calado ha podido acercarse á la playa hasta tiro de fusil, bajo la dirección superior del Marqués de Aste, el cual, con su acostumbrado é infatigable zelo, se había trasladado al lugar para atender mejor á la no fácil tarea), desembarcan en aquella parte bajo el fuego enemigo un centenar de tiradores, pertenecientes al batallón 24.º, mandado por el mayor Ratti; y al momento, con su habitual valor y arrojo, desalojan y ponen en fuga á un batallón de cazadores borbónicos, escondidos dentro de buques de guerra, haciendo muchos prisioneros y dejando muchos muertos. Desde este instante la tarea de establecer el puente puede darse como asegurada; y en efecto, los bravos pontoneros, ayudados eficazmente por nuestros marineros, ponen mano alegremente á instalarle bajo la protección del tiro de nuestros buques; hallando como única rémora la dificultad de hacer entrar las barcazas en el río, á causa de la resaca producida por una pequeña marea que se hace algo fuerte. Pero esta dificultad la van poco á poco superando á fuerza de paciencia y tenacidad, habiéndose muchas veces soltado los remolques (1) de las lanchas que los arrastraban. Entretanto, el *Víctor Manuel* y el *Carlos Alberto*, conforme á mis órdenes, se ponen en movimiento poco antes de media noche, para trasladarse á la parte del viento *maestral* de la división mandada por el *Governolo*, y allí se sitúan (2) á poca distancia de la playa, presentando sus flancos al enemigo y dominando el camino que del Garigliano conduce al valle del monte Scauro.

2. A la una y media de la madrugada el *Víctor Manuel* me hace señal de hallarse con el *Carlos Alberto* en el punto señalado. Me uno á ellos entonces con la *María Adelaida*, si-

---

(1) *Remolque*: cuerda fuerte por medio de la cual se arrastra por detrás un objeto flotante cualquiera.

(2) *Situarse* significa disponer la nave de manera que, permaneciendo firme, presente al enemigo el mayor poder de sus baterías.

tuándome á viento *maestral* de ellos y en línea con los mismos; posición que, apenas descubierta por el enemigo al ser de día, le obliga á abandonar su oposición al paso del Gari-gliano y á dirigirse precipitadamente al valle de dicho monte, á fin de ponerse á su abrigo; cuyo movimiento es verdadera fuga por parte de aquellas tropas que se hallan al alcance de nuestro fuego, por el cual son cogidas de lleno. Pocas horas después todo el espacio de terreno que hay bajo el tiro de nuestras baterías se halla enteramente desembarazado, y por tanto, libre el paso para los nuestros (1).

Hacia las diez de la mañana, el aviso francés *Prony* me trae la siguiente carta de su Almirante, con la que me siento algo aliviado de la grave responsabilidad que había asumido, de sostener los movimientos del ejército á lo largo del litoral, afrontando las amenazas con que aquel comandante en jefe quería hacerme desistir por fuerza, y lo que es más, habiéndolo de hacer sin darle pretesto alguno para llevarlas á efecto.

«Navío LA BRETAÑA.

RADA DE GAETA, á 2 de noviembre de 1860.

Sr. Vicealmirante:

Tengo el honor de avisaros que acabo de recibir por telégrafo instrucciones más claras y explícitas sobre la línea de conducta que debo seguir en las circunstancias difíciles en que nos encontramos.

Yo no debo embarazar vuestras operaciones sobre el Gari-gliano, pero debo impedir todo ataque por mar sobre Gaeta y toda tentativa de bloqueo de esta plaza. Bien entendido, que los buques de vuestra escuadra no deben acercarse á tiro de cañón del punto que yo ocupe delante de esta plaza. No dudo que, con objeto de evitar toda mala inteligencia, tendréis á bien prescribirles que se mantengan, antes más lejos que más cerca de esta distancia.

---

(1) Tenga á bien el lector, en este lugar y en los siguientes, notar un hecho, tal vez no bastante atendido por los más, á saber: el valioso y eficaz apoyo de la flota al ejército en el camino de éste para su objeto, que era trasladarse á Mola de Gaeta y establecerse allí, á fin de proceder al asedio regular de la plaza, de la cual era aquel punto un mero suburbio.



Si por ventura alguno de ellos se acercara demasiado al punto de fondeo de los buques que yo mando, yo tiraré, á alguna distancia de este buque, un cañonazo para indicarle la distancia real á que se encuentra.

Aceptad, Sr. Vicealmirante, nuevamente la seguridad de mi alta consideración.—El Vicealmirante comandante en jefe, DE TINAN.»

Acuso el recibo y pienso cuanto debe haberle costado á este Almirante el hacer semejante declaración.

Le envió al punto la carta á S. M.

Envío otras lanchas en ayuda de aquéllas que trabajan en remolcar barcazas dentro del río para la construcción del puente flotante.

Hacia las ocho de la noche llega la corbeta de vapor *Hércules*, mandada por el caballero barón Lercari, proveniente de Nápoles. Según la señal que se le hace, ancla sobre nuestra línea, poniéndose entre la *María Adelaida* y el *Víctor Manuel*.

Mi jefe de estado mayor se concierta con el de la primera división activa, mandada por el General Conde Mauricio de Sonnar, que forma el ala izquierda de nuestro cuerpo de ejército y es por tanto la que sigue el camino á lo largo del litoral, estableciendo entre ambos las señales que han de hacerse por la misma para indicarnos su posición y hacernos saber si se debe ó no continuar el fuego de nuestras baterías.

El jefe de Estado mayor de dicha división es el mayor Hércules Rizzardi, amigo mío, oficial muy instruído, amante de su oficio y ganoso de distinguirse.

3. Dispárase de tiempo en tiempo por la escuadra algún tiro de grande alcance á lo largo del terreno comprendido entre el monte Scauro y el Garigliano, á fin de quitarle al enemigo toda idea de ejecutar movimientos dirigidos á disputar el paso del río hacia su embocadura en donde se establece el puente; pero un poco antes de las ocho de la mañana hago señal de que cese el fuego, puesto que se había enarbolado en tierra la bandera que, según lo acordado, indica que el fuego cesa en toda la línea.

Hacia las diez de la mañana el jefe de Estado Mayor de la

primera *división activa* me hace advertir, de parte de su General, que habiéndose acabado el puente poco há, la columna se pondrá en marcha cuanto antes; movimiento que me será indicado arriando dicha señal de convención al paso que el punto en que la cabeza de dicha columna se detenga, será indicado izando allí la bandera que, según el acuerdo tomado, denota *cesar en el fuego en la línea detrás de la señal*; bandera que será quitada apenas que la columna vuelva á ponerse en marcha, indicándose también siempre los puntos de sus detenciones del modo indicado.

Envío entretanto el *Tripoli* al otro lado del monte Scauro con orden de ametrallar las tropas contrarias que se dirigieran á Mola, pasando bajo el tiro de su cañón; y la orden se cumple hacia las once de la mañana con grave daño de aquellas tropas, que se ven obligadas á replegarse á su derecha abandonando el camino.

A las once y media viene á bordo el General Fanti para asegurarse de si podré continuar sosteniendo los movimientos del ejército hasta que entre en Mola, desde donde se procederá al sitio regular de Gaeta, sin correr ya el riesgo de comprometerme con el almirante francés. Respondo que me deje hacer á mí, que yo me encargo de allanar aquella vía á nuestras tropas, sin dar lugar á intervención por parte de aquel almirante; y alegre con esto sobremanera, regresa á tierra manifestando su plena satisfacción por el valioso apoyo prestado por la escuadra á los movimientos del ejército, el cual promete referir con placer á S. M. Me dió la grata noticia de la rendición de Capua, ocurrida ayer 2 del corriente por vía de capitulación, en virtud de la cual la guarnición, compuesta de 10.000 hombres, salió con los honores militares antes de constituirse prisionera de guerra. La plaza estaba dotada con 240 bocas de fuego de diverso calibre. Era Gobernador de ella cierto Sr. De Corné. Cedió después de firme resistencia estrechada por los voluntarios y las tropas subalpinas bajo el mando supremo de S. E. el General De la Roca, que en este ataque confirmó la fama que se había ganado en el sitio de Ancona.

Algo antes del medio día, habiendo recibido de tierra la se-

ñal de que la columna se ponía en marcha, y por tanto, no siendo ya menester el fuego de toda la escuadra á la parte de acá del monte Scauro, le hago señal al *Carlos Alberto* y al *Governolo* de trasladarse á viento *maestral* de dicho monte para reforzar el fuego del *Trípoli*, con advertencia al caballero Mantica, que tiene el mando de los tres buques, de no entrar en las aguas circunscritas por el tiro de la escuadra francesa. — Hacia las cuatro de la tarde, Mantica, llegado al puesto designado por mis instrucciones, abre al punto el fuego sobre las tropas enemigas que, perseguidas por los nuestros sobre el camino de Mola, se dirigían á este punto; las pone en completo desorden y les obliga á refugiarse á la carrera, dentro de Mola mismo, en donde toman posición en los caseríos que dan frente al camino, cortando el paso de la entrada por medio de barricadas defendidas con piezas de grueso calibre.

4. Al ser de día, el *Carlos Alberto*, el *Governolo* y el *Trípoli* abren el fuego contra la torre de Mola, que primeramente los había atacado. Hácese entonces general la lucha con disparos de tierra, no solo de la torre, sino de varios puntos. Sin tardanza me uno á ellos con la *María Adelaida* y los demás buques de la escuadra; asumo la dirección suprema de aquel batallar á cañonazos, y en poco más de dos horas queda apagado el fuego del enemigo por todas partes. Conseguido esto, le hago señal á la escuadra de cesar el fuego, reservándome el volver á emprenderlo más animado todavía, apenas llegue el momento de abrirles á los nuestros el paso á la ciudad, no queriendo ahora causar sin objeto mayores daños, y doliéndome de ver incendiados por nuestras bombas algunos puntos de ella, es decir, aquellos de donde partían los ataques contra nosotros, ataques por nosotros con buen éxito rebatidos. Entretanto nuestras tropas, bajo el mando del valeroso soldado Conde Mauricio de Sonnaz, avanzaban impávidas en dirección á Mola, en donde el enemigo se había parapetado para oponer mayor resistencia, sin que le detuviera la superioridad numérica de éste, que según los informes recibidos, calculo que tenía ocho veces más fuerza que él.

Durante la tregua de la escuadra, debida á las causas poco hace indicadas, el navío francés *Alejandro* se acerca á la *María*

*Adelaida* y el comandante del mismo me entrega una carta por medio de la cual su Almirante me envía sentidas reclamaciones por haber yo ejecutado operaciones de guerra dentro del radio del tiro de sus buques, después que él me había avisado con un disparo, según la advertencia que me hizo en su última carta de fecha 2 del corriente, y me anuncia que en cumplimiento de las órdenes de su Gobierno no puede permitirme más.

Le respondo inmediatamente de esta manera:

«Ilustre Sr. Almirante:

V. S. Ilma. no puede ignorar que el fuego comenzó contra nosotros desde tierra, y de aquí nuestro derecho á rechazarlo desde luego.

Tocante al tiro que me manifiesta haber hecho disparar á fin de advertirme que me encontraba bajo el alcance de su cañón con los buques dependientes de mí, puedo asegurarle que no me he hecho cargo de él; pero la verdad reclama que yo le confiese que aunque lo hubiera oído hubiera sido lo mismo, porque habría continuado rechazando los disparos enemigos, pues no es costumbre de la real marina sarda el no responder á quien llega á atacarla.

De otra parte la gratitud que los italianos profesan al Emperador Napoleón III y á la nación francesa, es harto conocida para que pueda abrigarse ninguna suposición de que yo me haya propuesto probar lo contrario con mi proceder.

He aquí todo cuanto puedo responder á la carta que V. S. Ilustrísima me envía en este instante.

Después de esto, Ilmo. Sr. Almirante, obre como lo juzgue mejor; que en cuanto á mí, nada me hará desistir de cumplir las instrucciones y órdenes que tengo, y que en adelante pueda recibir, del Rey mi señor.»

Concluyo con la frase de costumbre.

Le envío desde luego á S. M. esta última carta del Almirante francés y la copia de mi respuesta, para el caso de que le plazca alterar las órdenes que se me tienen dadas, á saber: apoyar los movimientos del ejército con la advertencia de considerar como neutrales las aguas que están bajo el tiro de la plaza de Gaeta, pero no más fuera; órdenes que estoy resuelto á cumplir, aunque guardando aquella prudencia que es del caso.

A las dos y cuarto de la tarde las fuerzas enemigas desde los caseríos de Mola que dan frente al camino que desde el monte Scauro conduce á aquella población comienzan á atacar con toda fuerza á los nuestros, que intrépidos los asaltan de frente; al mismo tiempo que el ala derecha de ellos bravamente acaudillada por el brigadier Godzani se dirige á envolver la posición enemiga superando la defensa que se le opone por un buen núcleo de soldados situados sobre las alturas á espaldas de la ciudad, los que se hacen firmes en los más pequeños parapetos y puntos de apoyo que van encontrando. En este punto no vacilo un momento y entro en acción con la *María Adelaida*, secundada vivamente por la *Veloz*. En el hervor del combate el oficial de señales me informa que de la escuadra francesa habían salido algunos disparos que habían llegado á nuestras aguas. Hasta que yo no los note, le respondo, téngalos como no disparados. Y continúo sin cesar un instante el fuego emprendido; que con su precisión y viveza obliga bien pronto al enemigo á huir en desorden en dirección á Gaeta perseguido por los nuestros, que entran victoriosos en la ciudad.

Apenas descubro que el enemigo ha entrado bajo el tiro de la plaza, ceso el fuego para no darle pie al Almirante francés para poner en ejecución su amenaza.

En este hecho debo alabarme de haber sabido entrar en acción aun viendo á la escuadra francesa en actitud de ataque, y de haber sabido abstenerme de continuar en ella, cuando el proseguir no habría aprovechado ya para sostener á los nuestros, que apoderados del punto desde el cual se debía proceder á la expugnación regular de la plaza, ya no tenían que avanzar más, y sólo habría servido para comprometernos con el Gobierno francés, á satisfacción de su Almirante, que anhelaba conducirnos á tal extremo.

S. E. el General Fantí, que ha seguido á la primera *división activa*, y momentáneamente ha hecho mansión en Mola, tiene la complacencia de enviar un oficial suyo á cumplimentar á la escuadra por el valioso apoyo, que le ha prestado al ejército en sus movimientos ofensivos. Doyle encargo á quien me trajo tan lisonjera embajada para los buques de mi mando, de

decir al egregio General que la escuadra está orgullosa de haber merecido sus alabanzas y que iré cuanto antes á tierra á ofrecerle mis respetos.

Le escribo á S. E. el Ministro de la Marina, Conde de Cavour:

«Excelencia:

Hoy 4 de noviembre de 1860, poco después de las dos de la tarde, la escuadra ha tenido el honor de concurrir á franquear el paso á nuestras tropas, que con su acostumbrado valor y empuje daban el asalto á la ciudad de Mola defendida por gran cantidad de tropa que parapetada detrás de barricadas armadas de cañones y esperando en los caseríos oponía fuerte y mortífera resistencia.

Yo con la *María Adelaida* me había mantenido en actitud de sostener á los nuestros en aquel ataque apenas viniera el momento de hacerlo; resuelto á no tener en cuenta la amenaza que el Almirante francés me había indicado en su carta de aquella mañana de hacer fuego sobre las naves de mi escuadra, que disparasen por ventura contra las fuerzas borbónicas, confiando en verdad que no podría ejecutar tal amenaza mientras que mis operaciones de guerra se verificasen fuera de tiro de la plaza. En efecto, al primer disparo partido de Mola en contra de los nuestros, emprendí el cañonear al enemigo de flanco y tan eficazmente, que en poco tiempo tuvo que abandonar todas las posiciones y darse á la fuga precipitadamente con dirección á Gaeta; dejando libre el paso á nuestras tropas, que entraron triunfantes en la ciudad, mientras la música de la *María Adelaida* tocaba la marcha real en festejo de tal triunfo.

Tengo la satisfacción de manifestarle á V. E. que el General Fanti ha enviado un mensajero con palabras de encomio para la escuadra.

Las averías que hemos sufrido, aunque muchas, son todas reparables con los medios de á bordo.

Hemos tenido algunos heridos; muerto ninguno.

A bordo del *Carlos Alberto* el timonero que lleva el nombre de guerra Cebu arrojó al mar una bomba enemiga, que aún tenía humeante la espoleta.»

A las seis de la tarde bajo á tierra para ofrecer mis respetos á S. E. el General Fanti, el cual se complace en repetirme que la escuadra de mi mando no había desmentido en nada la hermosa fama conquistada á sus ojos en Ancona, y que se

alegraba mucho de verla aumentada con dos fragatas de vapor napolitanas, el *Ector Fieramosca* y el *Tancredo*. Respondo que si habíamos hecho lo bastante para merecer la aprobación del Rey, de nuestro egregio Ministro y de él, lo debíamos á estar animados de un noble sentimiento, cual era el de emular al ejército en sus espléndidas hazañas sobre los campos de Palestro, de San Martino, y donde quiera que había tenido al enemigo enfrente. El General pasa después á decirme que convendría enviar por mar una división suya, la cual, desembarcando en los contornos de Terracina, se dirigiera á cortar la retirada al estado pontificio á aquellas tropas borbónicas que se habían encaminado en aquella dirección. No le presento la más mínima dificultad, si bien no eran leves las que había para el embarco inmediato de una fuerza bastante considerable con el consiguiente material de guerra en un sitio sin bancos ni comodidades de embarque, y eran mayores aún las que se ofrecían para desembarcar: y le respondo al momento sin más que dar las órdenes oportunas por lo que concernía á la tropa que destinaba á aquella misión, y entretanto las lanchas todas de la escuadra se hallarían cuanto antes en la playa provistas de lo necesario para embarcarla y trasportarla á bordo á medida que se presentase. Y añado después que confiaría aquel encargo á la actividad reconocida del Contralmirante Albini, poniendo bajo la dependencia de su nave todos los vapores de ruedas que pudieran serle necesarios. Después de lo cual, despidiéndome de él, regreso al punto á mi bordo, en donde al llegar, dispongo inmediatamente que mi jefe de Estado Mayor dirija el embarque de que se trata, lo cual ejecuta con aquella precisión y calma que le son propias y que hacen que las órdenes que recibe sean siempre cumplidas sin confusión de ninguna clase, secundado con acierto por los oficiales agregados á su oficina los lugartenientes Girimaldi y Maldini.

Hacia las once de la noche llega de Nápoles el vapor la *Independencia* con víveres para las tropas reales.

5. El comandante de la *Independencia* me refiere que en la mañana de ayer 4 del corriente, en la gran plaza de San Francisco de Paula, de Nápoles, cuajada de gente, y en la

que se había reunido gran parte de lo más selecto de la población, había tenido lugar la distribución de la medalla especial conmemorativa á los sobrevivientes de los mil desembarcados en Marsala. Es de plata con el disco dividido verticalmente en dos partes, rojo y amarillo; de un lado, en el medio, hay un águila (escudo de Palermo), y al rededor la leyenda: *A los valientes conducidos por Garibaldi*; y del otro, en el medio, la inscripción: *el municipio palermitano reivindicado MDCCCLX*; y al rededor *Marsala.—Calatafimi.—Palermo*. Añade que el dictador se había trasladado allí seguido de todo su Estado Mayor, y que había hablado y conmovido á los circunstantes, haciéndoles notar el vacío que había ya en las filas de aquellos valientes. Y continúa diciéndome que después de aquellas nobles palabras que habían penetrado el corazón de todos los presentes, cada uno de aquellos supertites, llamado por orden alfabético, había sido condecorado con aquel precioso recuerdo de la egregia Duquesa de la Verdura, la cual lo había suspendido con su propia mano del pecho de aquellos valientes, casi todos jovencillos imberbes, entre los que se distinguía uno, apenas de trece años, que había salido incólume de los combates de Marsala, Calatafimi, Palermo y Melazza, el cual se hallaba contento de sí mismo, como era de ver, pero sin descaro. ¡Mal pecado que no haya sabido decirme el nombre; que lo mencionaría con el mayor placer!

Hacia las nueve de la mañana, S. E. el General Fanti es servido de visitarme en la *María Adelaida*, y me entera de que sólo el tercer *regimiento de granaderos* tiene que embarcarse en los buques reales para la expedición de Terracina, bajo el mando del General Isasca. Son, pues, destinados solamente para este objeto, el *Governolo*, el *Tancredo* y la *Veloz*, á las ordenes del *Víctor Manuel*, que lleva el mando de esta expedición, por lo que concierne á la parte marinesca.

Al hablar con dicho General del progreso de nuestra unificación nacional, me dice que la votación del plebiscito en Sicilia ha obtenido el resultado siguiente:

Por el *sí*, 432.054; por el *no*, 607.



Estas cifras, en unión de aquellas que ya indiqué del plebiscito de las provincias napolitanas, responden ampliamente á las acusaciones de usurpación que se nos lanzan por enemigos de la unidad de Italia.

S. E. el General Fanti regresa á tierra.

Se procede activamente al embarque de las tropas, y hacia las siete y media de la tarde la división del Contralmirante Albini parte para su destino.

Recibo orden del Rey de trasladarme á Nápoles con la escuadra, dejando sólo algún vapor aviso á disposición del General Cialdini, que asumía el mando supremo de las operaciones de sitio y de ataque de la plaza de Gaeta. Resulta, en efecto, inútil y al par inconveniente, que la escuadra permanezca en este sitio, hallándose todavía vigentes las instrucciones del Almirante francés de rechazar con la fuerza todo ataque por mar contra la plaza, y de impedir su bloqueo. Y por otra parte, esas mismas instrucciones nos aseguran que el enemigo no podrá dirigir ninguna hostilidad contra nosotros, sino por vía de tierra: entretanto, nuestro Gobierno procura por la vía diplomática hacer cesar semejante oposición extranjera, enteramente contraria al principio de no intervención adoptado por las primeras potencias de Europa.

A las nueve de la noche, en cumplimiento de las órdenes soberanas precitadas, hago zarpar con rumbo á Nápoles.

6. Hacia las nueve de la mañana anclo con la *María Adelaide* en la rada de Nápoles, en unión del *Carlos Alberto* y el *Ector Fieramosca*, según señal que al efecto se les hace.

Me traslado á tierra y hago las visitas de obligación y de amistad.

Me encuentro con el Barón Parrilli, el eximio autor del vocabulario de marina de que hice mención en la segunda parte de este diario, á quien he conocido más particularmente después, y aprendido á estimarle más, tanto por su erudición extensa, como por sus sentimientos de franco patriotismo, libres de intempestivas utopias. Me comunica su pensamiento de revisar aquella obra suya, ampliarla y reducirla á vocabulario italiano-francés, en vez de francés-italiano, que es ahora.

Aplaudo mucho su propósito, y le animo á ejecutarle desde luego (1).

Vuelvo á entrar á bordo.

Cambio las visitas de costumbre con los buques de guerra anclados aquí. Entre sus comandantes, casi todos conocidos míos, veo con especial complacencia al Almirante Mundy y al capitán Palmer, de la fragata de vapor *Iroqués*, de los Estados Unidos de América, con los cuales me hallo en la más estrecha intimidad, y que han demostrado siempre viva simpatía por nuestra causa.

Se espera al Rey para mañana, y en la ciudad se han hecho espléndidos preparativos para recibirle con todo aparato de alegría, de afecto y de adhesión.

El General Garibaldi ha puesto ya la dictadura en manos del Rey saboyano, con las siguientes, en verdad, magníficas palabras:

«Señor:

Cuando al tocar el suelo siciliano tomé la dictadura, lo hice en vuestro nombre y para vos, noble Príncipe, en el cual se reúnen las esperanzas de la nación toda. Lleno, pues, un voto de mi corazón, cumplo una promesa hecha por mí en actos varios, deponiendo en vuestras manos el poder, que por todos títulos os pertenece, ahora que el pueblo de estas provincias se ha pronunciado solemnemente en pro de la Italia y del reinado vuestro y de vuestros legítimos descendientes.

Os entrego el poder sobre diez millones de italianos atormentados hasta hace pocos meses por un despotismo estúpido y feroz, y para los cuales es necesario de ahora en adelante un régimen reparador. Y tendrán de vos este régimen, de vos, á quien Dios predestinó para constituir la nación italiana y hacerla libre y próspera en el interior, poderosa y respetada en el extranjero.

En estas regiones encontraréis un pueblo tan dócil como inteligente y tan amigo del orden como deseoso de libertad; pronto á los mayores sacrificios á toda hora que le sean reclamados en interés de la patria y de un Gobierno nacional. En los seis meses que he tenido yo la suprema dirección, no he tenido sino motivos de aplauso tocante á la índole y bue-

---

(1) El ilustre autor cumplió su propósito, y el preciosísimo diccionario salió á luz en Nápoles en 1866, impreso por Pascual Androsio, vía *Bianchi-Nuovi*, núm. 13, bastante aumentado y mejorado, y en la forma susodicha.

na voluntad de este pueblo, que tuve la fortuna yo con mis compañeros de restituir á la Italia, de la cual nuestros tiranos le habían separado.

No os hablo de mi gobierno. La isla de Sicilia, apesar de las dificultades allí suscitadas por gente llegada de fuera, tuvo vida civil y política semejante á la de la Italia superior; y goza tranquilidad sin ejemplo. Aquí en el continente, en donde sirve todavía de obstáculo la presencia del enemigo, el país está encaminado en todos sus actos á la unificación nacional. Todo esto, merced á la notoria inteligencia de los dos distinguidos patriotas á quienes confié las riendas de la administración.

Tened á bien, Majestad, permitirme entretanto un sólo ruego en el acto de entregaros el supremo poder. Yo imploro de vos que pongáis bajo vuestra altísima tutela á aquellos que tuve por colaboradores en esta grande época de redención de la Italia meridional; y que acojáis en vuestro ejército á mis compañeros, que han merecido bien de vos y de la patria.

Soy, señor, vuestro.—J. GARIBALDI.»

Ha venido á verme pocos momentos hace uno de los sobrevivientes de los mil, hijo de un respetable y caro amigo mío que ya no existe, el ingeniero Inocencio Ferrari de Mortara. Le acompañaba un pariente suyo, venido á propósito á Nápoles para volvérselo á llevar á la madre que con ansia le esperaba, por haber sabido que se halla enfermizo, como se descubre bien en los rasgos de su doliente fisonomía. Este muchacho de sentimientos distinguidos y de corazón sinceramente italiano, dejó una bella carrera en el Ministerio de Obras públicas, é inscribiéndose voluntario en las filas del General Garibaldi, militó bajo su bandera hasta el momento presente, y tomó parte en todos los combates que han ilustrado á aquel puñado de voluntarios. No conquistó grados por no ser amigo de ponerse en evidencia, y se contentó con la interior satisfacción de llenar, tocante á su patria, el deber de buen ciudadano ofreciéndole la vida. Jamás antes de ahora se me había presentado, aunque él sabía que estaba yo en condiciones de poderle dar á conocer á sus jefes. ¡No! él ha pagado su tributo al país por espíritu patriótico, no por ansia de galardón; ejemplo tanto más digno de imitarse cuanto es más raro. Le he abrazado con efusión verdadera de mi alma.

(*Se concluirá.*)

CARLOS M.<sup>a</sup> PERIER.



# LA ESTÉTICA MUSICAL EN FRANCIA

## PRIMER ARTÍCULO

ELEMENTOS MUSICALES. — PSICOLOGÍA DE LA MÚSICA VOCAL

**M**ENOR número de obras ha producido y más lentamente se ha desarrollado en Francia que en Alemania la filosofía de lo bello y del arte, ó sea la estética general; y mucho menos progresó todavía la estética especial, la que busca los principios de un arte particular, sin ocuparse de otra cosa. No es que hayan faltado críticos distinguidos y hasta eminentes; no es que falten talentos superiores, muy serios y brillantes, que sepan aprovechar todas las ocasiones de recordar leyes invariables, reglas permanentes y de la mayor influencia; pero han sido muy pocos los que se han atrevido á emprender la filosofía completa de tal ó cual arte. No es fácil hablar, por ejemplo, de la música con cierta autoridad, si no se ha estudiado y también practicado, pues los que no conocen á fondo su espíritu, no pueden sentirse inclinados á escribir su psicología, ya que no son en esta materia cosas suficientes á encubrir la ausencia de nociones precisas, las ocurrencias más felices ni las digresiones ingeniosas, descripciones ó efectos de estilo. Algunos hay que, siendo muy inteligentes en la historia del

arte, y competentísimos jueces en los detalles de la técnica, quieren raciocinar con la pluma en la mano acerca de tan agradable materia; pero no admiten que se diga que filosofan y hasta á veces se entretienen en arrojar piedras al tejado de los estéticos, sin advertir que la casa que apedrean es también la suya.

Apesar de las dificultades de la tarea, de los estudios anteriores que exige y de la fina mordacidad de algunos críticos de talento contra los musígrafos y psicólogos, esta parte de la filosofía del arte no ha sido en absoluto descuidada en nuestros tiempos. No podía serlo en el país donde Rameau, J. J. Rousseau, Grétry, Antonio Reicha, Choron y La Fage, sin hablar de otros más antiguos, abrieron caminos á la observación metódica; pero es menester llegar á los últimos veinte años para encontrar un tratado completo acerca de esta materia. Con todo, es muy cierto que el tratado á que nos referimos ofrece la mayor parte de los caracteres exigibles: el saber técnico, el análisis filosófico, la claridad del raciocinio y de la exposición. Será, pues, estudiando primero la obra titulada *La Filosofía de la Música*, por Mr. Charles Beauquier (1), como trataré de demostrar á qué grado la inteligencia francesa llevó el desarrollo de la estética musical y de qué progresos es todavía susceptible esta ciencia. Aunque se escribió hace ya quince años, este tratado tiene en gran parte el mismo valor que le dió éxito, y merecería ser reimpresso. Obraré con estricta justicia, tomándolo como punto de partida en mis actuales estudios; relacionaré con él los trabajos más recientes, y seguiré ampliando de cosecha propia las cuestiones que crea yo necesitan mayor amplitud y profundidad en el estudio.

---

(1) París, Germer Bailliére, 1866. Bajo el título de *La Música y el Drama, estudio de Estética*, Mr. Ch. Beauquier publicó en 1877 otra obra que examinaremos al llegar á la cuestión de los caracteres psicológicos de la opera.

## I

En una breve introducción, Mr. Ch. Beauquier da cuenta al lector de lo que no es su libro y de lo que es. Su obra, dice, no es un tratado de teoría musical en el sentido técnico de la palabra; no es tampoco un libro de acústica fundado en la física del sonido y en la fisiología del oído á la par, ni mucho menos una de esas estéticas alemanas, en las que, á propósito de música, se desarrollan sistemas completos acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios, y en las que el sér y el no sér, lo objetivo y lo subjetivo tropiezan y luchan entre la confusión más oscura. ¿Qué es, pues, entonces aquel libro? Su título lo dice: es una *Filosofía de la Música*, y el título no miente.

Desde las primeras páginas aparece un verdadero talento filosófico. Aunque el autor diga con modestia que no es más que un simple guerrillero de la filosofía, procede como investigador sumiso á la disciplina del método. Su principal instrumento de investigación es el análisis psicológico, al que añade el discreto empleo de las nociones más ciertas de fisiología y de acústica, y finalmente, sin confesarlo, pero sin negarlo tampoco, arranca de la metafísica sus últimas explicaciones, de esa metafísica que desde Leibnitz se llama dinamismo.

Cuenta en pocas palabras cómo tuvo la idea de escribir su libro. La música que oímos en la Ópera nos encanta, y al salir, los ruidos de la calle nos desagradan. Sin embargo, fuera, como dentro de la sala de la Ópera, vibraciones de aire son las que hieren el oído. ¿De qué procede la diferente impresión que producen? Otra cosa. Las melodías que se cantan en la Ópera y los coros de los suburbios tocados en un órgano callejero, pertenecen al arte musical; en una y otra parte hay tonalidad, orden, proporción, construcción que revela un pensamiento, y sin embargo, por poca cultura

y poco gusto que tenga el que escuche, mientras que se quedará hechizado por la melodía de la Ópera, le disgustará el coro tocado por el organillo, molestándole á veces como un ruido importuno. ¿De qué procede esta segunda diferencia?

Pensando en estas dos cuestiones, el autor advirtió un día que no eran más que el doble problema de la esencia de la música y de lo bello musical, cuestiones que lo llevaban de lleno á los campos de la estética, cuyo solo nombre le asustaba. La curiosidad tuvo en él más fuerza que el temor, hubo de decidirse y se sumergió en la profundidad de las aguas. No se ahogó ni mucho menos, sino que, después de haberlas sondeado y recorrido como nadador muy diestro, trajo observaciones, muchas de valor y todas dignas de tenerse en cuenta. Algunas son fecundas, más fecundas tal vez de lo que él mismo pensaba.

Para descubrir qué elementos son los que constituyen el arte musical, eligió como asunto de análisis una melodía muy sencilla, la tan conocida melodía *Au clair de la lune*; pero juzgó con acierto que este primer análisis debía ir precedido de un estudio de la materia que da estructura al arte musical, es decir, del sonido.

Conforme con la ciencia, admite que la materia está siempre en movimiento, en vibración. Las vibraciones de la materia, sea cual fuere el medio en que se transmitan, son sentidas por el ojo como luz, por el tacto como calor y por el oído como sonidos. El sonido es, pues, el movimiento de la materia por nosotros percibida según la organización específica de nuestro aparato auditivo, siéndonos lícito decir que, si la materia está siempre en movimiento, en vibración, ese movimiento, esa vibración es la vida propia de la materia. De ahí resulta una consecuencia, que el autor saca más tarde y que pudiera haber sacado desde luego, á saber, que el hombre, percibiendo por el oído ciertas vibraciones de los cuerpos, percibe á la vez algo de la vida de la materia, unas veces más y otras menos. Los sonidos, claro está, serán, pues, expresivos de la naturaleza íntima de los seres, aunque esos seres sean cuerpos brutos, y la música, por esta parte, recibe grandes luces de la metafísica.

Pero volvamos con nuestro autor á la popular melodía de Lulli. Por más sencilla que sea, es una obra musical, y en este concepto contiene todos los elementos musicales, presentándose en ella el sonido con sus tres caracteres de altura, intensidad y timbre. Considerado en su duración, el sonido está sujeto en dicha melodía al ritmo, á la medida y al movimiento. Ahora bien; ¿cuál es el papel, cuál la importancia de cada uno de esos elementos y su respectiva influencia en el hombre? Dejemos aparte lo más sabido que ofrece tal análisis, y fijémonos solamente en lo que el autor ha visto y demostrado mejor que otros.

No investiga de qué manera el hombre ha sido llevado á agrandar los sonidos; pero observa justamente que, por la altura, el sonido se hace más distinto, más saliente y agradable, con tal de que la altura en sus dos extremos no traspase ciertos límites. Si los sonidos sucesivos no están separados por intervalos mínimos, no se distinguen ya y recaen en la confusión característica del ruido. Se necesitan, pues, intervalos bastante grandes. De ahí las gamas que, apesar de ciertos rasgos de semejanza, difieren como la organización fisiológica de los pueblos. La gama europea, la nuestra, es la que otorga lo más á la inteligencia, lo menos posible á los sentidos, y que, por consiguiente, responde mejor á las exigencias de una obra de arte. Sus intervalos más pequeños, el tono y el semitono, son muy distintos. También tiene intervalos grandes que el oído admite y placen, aunque desigualmente. El intervalo más satisfactorio es la octava. La quinta es el grado intermedio más natural entre una nota y su octava. La tercia está en medio de la tónica y la quinta; disminuye el salto; pero, cuando un trozo acaba en la tercia, el deseo queda como imperfectamente satisfecho, y aunque esta ligera decepción no carezca de encantos, el oyente restablece la tónica y descansa en ella. Tales son los caracteres, ventajas y diversidades de la altura, y tales sus relaciones con el oído humano, sobre todo, en nuestro sistema musical.

Estudiando la altura, el Sr. Beauquier nada dice aún de la expresión que con ella se relaciona, pero la cita brevemente.



te á propósito de la intensidad. Hace constar que, entre un sonido muy débil que apenas agite los nervios del oído y un sonido violento que pueda llegar á romperlos, hay lugar para una multitud de sensaciones agradables que son para la música otros tantos medios de acción sobre los oyentes. Este elemento, la intensidad, que modifica la sensibilidad poderosamente, tiene, pues, una grande importancia con tal que permanezca en un término medio. El autor no indica, sin embargo, aquí con precisión lo que puede expresarse con matices de la intensidad.

Más explícito es, respecto del tercer carácter del sonido musical. Después de una clarísima exposición de la teoría física y fisiología del timbre, conforme á los recientes análisis de la ciencia, insiste sobre la extraordinaria importancia de este elemento del arte. «En el timbre, dice, reside uno de los mayores medios de expresión. ¿No se dice que un timbre es tierno, severo, emocionado, sombrío, amoroso, etc.? Las diversas pasiones que conmueven al hombre obran sobre la organización del instrumento vocal y modifican por consiguiente la naturaleza de los sonidos. La traquea arteria dilatada ó comprimida produce un sonido distinto. La ira, la compasión, la alegría y el dolor timbran la voz de una manera especial y tan caracterizada que, aun cuando no se comprendiese el sentido de las palabras, el sonido en sí mismo hablaría á veces con bastante claridad. El amor da la voz un timbre de singular encanto; se vuelve más dulce, más vigorosa y elevada; de modo que no es arbitrario el que tenores desempeñen siempre en el teatro el papel de enamorados y sean invariablemente felices rivales de los bajos y barítonos, condenados por su órgano rudo y grave al furor de los celos y á la desesperación de un amor desconocido» (1).

Este es un pasaje notable y de mucho alcance. Más de una vez, en el curso de este estudio, habremos de recordarlo, enlazándolo también cuidadosamente con las líneas siguientes: «Esas relaciones indirectas del timbre con los sentimientos que refleja, se utilizan por la música vocal, que de ellas saca

---

(1) *Philosophie de la musique*, págs. 15-16.

uno de los más poderosos medios de expresión. En cuanto á la música instrumental, el timbre desempeña en ella otro papel, pero también de grandísima importancia. El es efectivamente el que forma el carácter de los instrumentos, su personalidad, distinguiendo unas de otras las voces que concurren en el canto de una orquesta y da un tipo particular á cada uno de los actores de ese drama musical» (1).

Este lenguaje, precisando la importancia del timbre en la orquesta, es tan justo como acertado y revela un músico de nacimiento y un espíritu penetrante. No obstante, convendrá investigar luego si los instrumentos, teniendo por el timbre una personalidad, una voz distinta, un canto propio, un papel particular de actor en un drama, es exacto decir que el timbre obra, en la música instrumental, de muy diferente manera que en la música vocal. Es el punto en que más diferimos del autor; pero aun en este punto, mediante buenas explicaciones, podríamos entendernos.

Su análisis del ritmo es todavía más instructivo y más extenso, aunque algo útil pueda añadirse. ¿Queréis, dice, aislar el ritmo? En vez de cantar *Au clair de la lune*, tocadlo, golpeando con los dedos en la mesa. Las entonaciones habrán desaparecido, y no quedarán más que dos cosas: el respectivo valor de las notas y la vuelta periódica de miembros semejantes y simétricamente dispuestos. Pero estos dos elementos son nada menos que el orden en la duración, no por la uniformidad, sino por la acertada conciliación de la unidad y de la diversidad.

El ritmo ejerce una acción enérgica sobre la sensibilidad física del hombre. ¿Deduciremos con el autor que para sentir placer con el ritmo baste el sistema nervioso? No hay duda que los salvajes, los niños y hasta los animales son sensibles al ritmo, que conmueve siempre las fibras nerviosas, intervenga ó no la inteligencia; pero es también cierto que el ritmo es orden, regularidad, arreglo periódico, al mismo tiempo que movimiento, conmoción ó sacudida. Es evidente que el placer de esa sacudida y, dispéñese la palabra, del

---

(1) *Philosophie de la musique.*

latigazo, se dirige sobre todo á los nervios del que oye; pero hay además otro placer, el que causa el orden comprendido por la razón y gustado por el alma. El ritmo tiene, pues, un aspecto inteligible, de que no goza el salvaje ni el animal, y cuyo encanto solamente el hombre experimenta. Platón, observador admirable, descubrió ya ese elemento intelectual del ritmo y el sentimiento que en nosotros exclusivamente despierta. En el diálogo *Las Leyes*, el ateniense, que es el mismo Platón, dice á sus dos interlocutores: «Ved si lo que aquí pretendo es verdad y tomado de la naturaleza. Digo que casi ningún animal, cuando joven, puede tener su cuerpo ó su lengua en quietud y casi todos hacen de continuo esfuerzos para gritar y moverse; unos saltan y brincan como llevados del secreto placer de bailar y alegrarse, en tanto que otros dan toda clase de gritos. Pero ningún animal tiene el sentimiento del orden ó del desorden en los movimientos, ninguno tiene el sentimiento de lo que llamamos ritmo y armonía, mientras que las divinidades que á nuestras fiestas presiden nos han dado la facultad de conocerlo y de sentir sus encantos» (1). ¿Qué más natural y verdadero que esta página, tan fresca, que parece escrita de ayer? Propongo al estético francés que añada á su texto esta justa observación del filósofo griego.

Me atreveré también á proponerle otra adición. Ha observado con limpieza y fuerza singulares el fenómeno psicológico del efecto del ritmo sobre la voluntad. Los ejemplos que cita son elocuentes y perfectamente elegidos. Sin embargo, el ritmo resulta tal vez presentado de una manera demasiado

---

(1) Sirviéndome de la traducción de Mr. Víctor Cousin (tomo VII, página 73), la he modificado en algunos puntos. Creo que debe traducirse literalmente *ρυθμός* por *ritmo* y no por *medida*, siendo esta última palabra demasiado general y poco exacta. También traduzco *τὴν ἔρρυθμόν τε καὶ ἑναρμόνιον αἴσθησιν* por la *facultad de sentir el ritmo y la armonía*. Evidentemente Platón pensaba á la vez en la medida y en el ritmo cuando escribía estas palabras. Es la idea del ritmo con su orden, uno y diverso, expresada por el plural *τάξεων*, la que predominaba en el espíritu del autor de *Las Leyes*. (Véase el texto de Teubner, revisado por Hermann, tomo V, página 37. Leipzig, 1852.)

exclusiva como un estimulante físico. «El ritmo, nos dice, el ritmo materializado en el sonido, penetra todos los miembros y los sacude como el fluido galvánico agita á las ranas.» Y luego añade: «El tambor, *el gran excitador del ánimo*, según Shakespeare, instrumento exclusivamente rítmico, impele con movimiento irresistible al soldado á la pelea.» Tal es el efecto físico. Lo admito. Pero, ¿es él sólo?

Bien meditado, me parece que las relaciones del ritmo con la inteligencia están sometidas á una doble ley de proporción, que yo escribiría así: Cuanto más sencillo es el ritmo, cuanto más próximo está á reducirse al dibujo de la medida, menos necesidad tiene de la inteligencia para ser comprendido y sentido, creciendo al propio tiempo su acción sobre los nervios y la actividad física. En segundo lugar, cuanto más se diversifica el ritmo, cuanto más se enriquece y se complica, más participación reclama de la inteligencia para ser comprendido, disminuyendo su acción sobre los nervios y la energía de su empuje sobre nuestro cuerpo. Y de la misma manera que un ritmo más rico y complejo habla más á la inteligencia, será también prueba de ingeniosa inteligencia el encontrar ritmos nuevos é inesperados. Esta invención constituye parte de la originalidad de ciertos músicos y principalmente de Mr. Gounod. El Sr. Beauquier pudiera tanto más aceptar nuestra doble ley cuanto los análisis suyos vienen á comprobarla y sus ejemplos la justifican casi siempre (1).

Las varias clases de baile vienen en apoyo de estas dos leyes. Dicen los viajeros que para hacer brincar á los salvajes basta dar acompasados golpes sobre una caja ó un instrumento cualquiera de percusión. Los que bailan en un salón y se limitan á señalar los tiempos fuertes del movimiento, sólo piden viveza en el ritmo, importándoles muy poco la melodía, que casi no escuchan. Pero el baile de teatro, el

---

(1) Véanse sobre todo las páginas 68-69, donde se dice que el placer de la música será muy poco elevado si no fuese más que una excitación nerviosa análoga á la que producen el alcohol y el café. Citaremos más adelante estas páginas.

baile de arte y de inteligencia, exige ritmos cuya traducción visible se cumpla por movimientos múltiples y ordenados, asociando el vigor á la regularidad. Omito por el momento el lado verdaderamente expresivo de ese baile sabio y escultural. Ya nos ocuparemos de él más adelante.

Simple ó complicado, vulgar ó elegante, ordinario ó ingenioso, el ritmo rebaja la cualidad de la música en que predomina. Así que se hace sentir demasiado, la parte de los nervios aumenta á expensas de la parte del talento. La razón de esto es que, al mismo tiempo que entra en la esencia de la música, es el elemento menos musical de esta misma esencia. ¿Queréis una prueba? Comparad un canto sin ritmo á un ritmo sin canto. El tambor que toca una marcha ejecuta ritmos muy correctos, pero no ligados á ningún canto. Inversamente, un trozo de canto llano es un aire sin ritmo. ¿Cuál de los dos es más musical? El canto llano, sin duda alguna. Digamos, pues, que el ritmo es uno de los importantes elementos de la música, pero no el más importante.

A Mr. Ch. Beauquier le gustan poco los cantos cuyo ritmo está muy marcado. Exige que el movimiento rítmico sea regular, «pero esa regularidad artística que no puede prescindir de la libertad.» Nada más justo. De ahí mismo nacen algunas cuestiones como las siguientes: ¿En qué casos debe el ritmo ser más libre? ¿En qué casos debe serlo menos? ¿En qué consiste esa libertad del ritmo? ¿Hay, finalmente, como lo sostuvo Mr. M. Lussy, un acento rítmico al que pueda darse el nombre de acento patético? (1)

Estas mismas cuestiones se presentan al leer un excelente párrafo que escribe acerca de la medida. El autor enumera con luminosa precisión todas las razones técnicas y fisiológicas que justifican el papel de ese musical elemento, y recomienda, al terminar, que se evite la monotonía de una medida excesivamente simétrica. Empléense—dice—notas punteadas, síncope, suspiros, todos los medios que tiendan á desorganizar esa unidad rígida y á introducir en la medida un poco de esa libertad necesaria en el arte.—¿A qué, repe-

---

(1) *Traité de l'expression musicale*, cap. III y VI. (París, Héngel, 1874.)

tiremos, necesita el arte la libertad de la medida y la libertad del ritmo? ¿No tienen los *forte* y los *piano* por más objeto que el de *desorganizar* la unidad demasiado rígida? Resultado puramente negativo sería éste entonces. Así, pues, el acento es cosa positiva, expresiva, psicológica, y no está como tal examinado por el autor en este capítulo.

Las dos páginas en que habla del movimiento son buenas, pero insuficientes. Hay un hecho digno de la mayor atención: un mismo trozo afecta caracteres opuestos según esté ejecutado con lentitud ó velocidad. Todos recordamos, por ejemplo, el patético trozo de la ópera de Halévy, la *Fuive*:

Rachel, quand du Seigneur la grâce tutélaire  
A mes tremblantes mains confia ton berceau.

Cantado con lentitud en su movimiento, conmueve profundamente. Se ha cometido el sacrilegio de ponerlo en *quadrille*, y con el movimiento del baile, cae en la mayor trivialidad é insignificancia. ¿Por qué? Mr. Ch. Beauquier no lo ha examinado, y era, sin embargo, cuestión á propósito para aplicarle el análisis psicológico. Cuando el autor se haga más tarde cargo de este problema, volveremos con él á examinarlo.

Este procedimiento hubiera sin duda alguna arrojado mucha luz sobre las causas que hacen una necesidad de los tonos y de los modos. Al lado de las consideraciones fisiológicas, se recogen algunos apuntes más profundos, pero poco explanados. Hay frases como las siguientes: «El empleo de los diversos tonos no es indiferente al carácter de la obra.»— «Escribiendo la melodía en otro tono se modifica ciertamente mucho el efecto;» pero semejantes frases, tan concisas como justas, exigen más explicaciones. Lo mismo puede decirse de otro buen pasaje relativo á los modos antiguos y al incremento que nuestra música podría recibir de una mayor variedad de modos. «Es de suponer—dice muy bien el autor—que si tuviésemos todavía gamas diferentes fuera de nuestras gamas mayor y menor, se enriquecería el arte con una multitud de efectos nuevos ó perdidos.»—Sabido es que la suposición del Sr. Beauquier resulta casi una verdad demos-

trada, después de los trabajos de Mr. Bourgault-Ducoudray analizados y apreciados en el *Journal des Savants* (1).

A este mismo orden de ideas pertenece la interesante y difícil cuestión de las tan diferentes impresiones producidas por el modo mayor y el menor. No la ha omitido el escritor que nos ocupa y la toca con mucha delicadeza. Caracteriza exactamente los contrarios efectos de ambos modos sobre nuestra sensibilidad, sin lisonjearse de haber descubierto el secreto. Y de las diferencias esenciales del menor y del mayor no quiere deducir que cada tono tenga que servir de signo á determinados sentimientos. Pero tal vez se sienta llevado más tarde á ratiocinar sobre ambos modos como ratiocina á lo psicólogo acerca de los tonos graves y agudos, diciendo: «Ya hemos observado que las notas graves producen una impresión muy diversa que las notas elevadas, impresión menos clara y hasta de cierto espanto, porque son como la manifestación de un movimiento más pausado de la materia, que nos presentan dotada de una vida latente y en absoluto distinta de la vida tal cual tenemos la costumbre de verla.»—«De ahí se sigue naturalmente que todos los tonos graves, comprendiendo un conjunto de notas más graves que las otras, son tristes y más sombrías que los tonos agudos que corresponden á los colores vivos y alegres, á causa de la actividad que con sus vibraciones á la sensibilidad imprimen.» En las muy filosóficas líneas que preceden, los tonos agudos y graves se examinan: 1.º con relación á lo que parecen manifestar fuera de nosotros, y 2.º con relación á las emociones que excitan dentro de nosotros. Y de estos dos aspectos creemos que brota la luz. ¿Quién sabe si los tonos mayor y menor tendrán también ambos aspectos, y si pueden decirnos algo nuevo, estudiándolos con método? ¿No es muy posible que su constitución diatónica distinta los haga idóneos para expresar (no digo para imitar) movimientos diferentes de los seres externos, como el agudo y el grave, según nuestro autor afirma? ¿Es acaso absurdo que estas expresiones sean precisamente las causas de la tristeza ó de la

---

(1) Cuadernos de enero, febrero, abril y junio de 1879.

alegría, de la inquietud ó de la tranquilidad, de la pena ó del bienestar que experimento bajo la acción del primero ó del segundo modo?

Insisto mucho en que Mr. Ch. Beauquier complete su análisis psicológico, porque cada vez que lo emplea alcanza maravillosos resultados. Los capítulos IV y V de la primera sección, tan instructivos en lo referente á la melodía y armonía y de los que no quisiera yo eliminar nada, serían, sin embargo, más ricos todavía y ciertamente más profundos con algunas explicaciones como las que he aplaudido en Mr. H. Spencer. No nos bastan acordes armoniosos, se dice, añadiendo: «Necesitamos formas que se desprendan en esta extensión y en las que pueda detenerse el espíritu; necesitamos una creación en la que esté más impresa la inteligencia humana y en la que dominen menos las leyes de la materia; necesitamos una creación más artística, en una palabra.» Perfectamente; pero ¿por qué exigimos tanto? La curiosidad filosófica quiere saberlo, y la estética debe satisfacer esta curiosidad ó probarle que es demasiado exigente.

Tal vez se me conteste que la primera sección es una especie de plan de la obra que sólo presenta sus líneas generales, empezando los verdaderos análisis de detalle en la sección segunda. Las páginas de que hasta aquí he hablado son, á mi ver, mucho más que una introducción; todas las principales ideas del libro están allí expuestas. Pero, en fin, no pueden juzgarse definitivamente sino después de conocer las partes que siguen. Ahora las veremos.

## II

Léese al frente de la segunda sección: *Efectos de la música en el hombre considerado como sér sensible é inteligente*. Este título conviene perfectamente á un tratado de psicología musical, y la explicación que sigue acaba de demostrar que tal es el carácter de los estudios que se emprenden. La música



es la síntesis de todos los elementos considerados separadamente hasta aquí. Pero ¿cuál es la esencia de la música así constituida? Para saberlo, dice el autor, es menester examinar «á qué facultades se dirige el arte musical y cuáles son sus relaciones con ellas» (1).

Trata en primer lugar de la sensibilidad física relacionada con la música, teniendo cuidado de advertir que la distinción de ambos órdenes de sensibilidad no es más que un artificio de método y que, de hecho, los fenómenos que así se separan están y permanecen íntimamente ligados.

Recuerda después lo que ya dijo al principio de la obra, á saber, que el sonido no es para nosotros más que un movimiento percibido por nuestro oído, manifestando la materia en su esencia. Esta vibración, añade, es un movimiento esencial de la fuerza que se encuentra en todas partes, en unas aparente y en otra oculta. Si estuviese más sutilmente organizado, nuestro aparato auditivo lo percibiría en las piedras, en las plantas y en los animales. Con un instrumento particular, que el Sr. Beauquier indica sin nombrarlo y que se llama ya dinamógrafo, ya biógrafo, se oyen hoy, no sólo los ruidos del pulmón y del corazón, sino también, en la punta de los dedos, los hervores vitales que son á veces bastante distintos para merecer el nombre de sonidos de la vida. Acepto, pues, la conclusión de que «la vibración musical no es más que una manera particular de percibir la vibración universal, esa música de la vida que anima todos los seres y cuerpos, desde el más ínfimo al más elevado» (2). Demostraré más tarde cómo pueden estos conceptos contribuir á ensanchar el horizonte de la estética musical.

Investiguemos ahora con el autor cuáles son las acciones que las vibraciones sonoras ejercen en nuestro sistema nervioso.

El aire nos envuelve como un vestido elástico. Además de herir el tímpano del oído, conmueve y sacude más ó menos con sus vibraciones nuestro cuerpo entero. Si nos colocamos

---

(1) *Philosophie de la musique*, pág. 53.

(2) *Philosophie de la musique*, pág. 56.

cerca de un contrabajo, sentimos una conmoción en el epigástrico á cada golpe del instrumento. En la iglesia, cuando tocan los órganos, las vibraciones sonoras nos conmueven á veces de pies á cabeza y de una manera más sensible en las sienes. La impresión que se recibe entonces es verdaderamente táctil.

Mirando desde este punto de vista, se distinguen claramente dos clases de música, una excitante y otra calmante. Compárense los efectos de una barcarola con los de un paso doble. «La música lenta, ahogada y de modulaciones dulces, hace que la circulación sea más lenta; descansa, da calma y adormece. La música rápida, violenta y precipitada, azota la sangre, conmueve todo el organismo, y da actividad» (1). Mr. Ch. Beauquier observa que, mediante un juicioso empleo de esas conmociones, podrían tratarse eficazmente ciertas enfermedades nerviosas. «¿Por qué, dice, no hemos de tener musicópatas?» (2). Con la monotonía de sus cantos, apaciguan las nodrizas á los niños y los duermen. Es una acción casi mecánica que sufre la materia nerviosa, y sería muy útil estudiar esa acción en todas sus formas y grados.

Las formas más salientes de esta acción táctil, mecánica, están caracterizadas por la intensidad del sonido, por el ritmo del baile que provoca al movimiento, por la impresión penetrante que en el oído producen ciertos acordes aislados de toda melodía. Ya hemos citado ejemplos de la primera forma; y en cuanto á la música de baile, conocido es su poder impulsivo que, aun fuera del baile, en el concierto ó en el teatro, hace mover las cabezas, las manos y hasta los pies. Hay también acordes que pasan por el oído como una caricia más ó menos suave.

No sólo el hombre, sino también los animales sienten los efectos de esa música que se parece ya á una fricción, ya á una percusión. El clarín excita al caballo, probablemente del mismo modo que el chasquido del látigo. La mayoría de la

---

(1) Página 62.

(2) Página 63.

gente del pueblo no percibe casi más que la excitación mecánica de la orquesta, y puede en consecuencia decirse que hay un punto en que el hombre confina musicalmente con el animal. Así opina también el Sr. Beauquier, que califica de inferior el género de música común al hombre y á la bestia. Pero, dice acertadamente, el hombre primitivo es el más sensible á la música violenta; y hasta en éste se encuentran sensaciones enlazadas, comparadas, y la inteligencia se mezcla á los hechos sensibles. Con mayor razón, pues, ha de encontrar el hombre culto y ha de gustar en la música algo más que una agitación nerviosa análoga á la que proporcionan el alcohol y el café. Si así no fuese, el arte musical podría con justicia equipararse al arte culinario.

Me apresuro á recoger estas importantes declaraciones, que confirman la doble ley de que ya nos hemos ocupado. Si queremos comprender el pensamiento del autor con la exactitud que él mismo da á sus palabras, hemos de fijarnos en el párrafo siguiente: «La música no permanece estacionada en el estrecho dominio de la sensación, pues si así fuese los sonidos no tendrían más valor que los olores y sabores, ni alcanzarían nunca las elevadas regiones de lo bello, dejando de producir esos sentimientos particulares que son especialmente del dominio del arte» (1). Así, pues, lo que da á los sonidos un valor estético es la agregación de dos elementos superiores á la sensación, el uno que deriva de la inteligencia y el otro que viene de la sensibilidad moral. El autor nos descubre en qué la sensibilidad física, movida por la música, prepara y despierta la sensibilidad moral, y luego cómo mezcla la inteligencia sus fenómenos con los de ambas sensibilidades. Pero, hemos de preguntarle si la sensibilidad física, casi animal, que tan á lo vivo nos pinta, guarda siempre y en todos, en todas las edades de la vida musical, la energía de sus principios.

Opinando como Mr. E. Hanslick (2), el Sr. Beauquier no

---

(1) Página 72.

(2) Véase el libro de Mr. E. Hanslick, *Von musikalisches Schönen*. Lo he estudiado y juzgado en el *Journal des Savants*, cuadernos de diciembre 1880

se resigna á aceptar sin examen la proposición, generalmente admitida, de que la música es el arte del sentimiento. Ante todo, ¿qué es el sentimiento? Y á esta pregunta contesta con una enumeración que comprende la alegría, la tristeza, las emociones, las pasiones, y demuestra que casi todos los sentimientos son fenómenos complejos, en los que, hechos de la sensibilidad física se mezclan á hechos intelectuales, perteneciendo estos últimos á la razón pura ó á la imaginación. En esta concepción del sentimiento, no veo, tal vez por torpeza mía, ese algo puramente psicológico que constituye esencialmente la emoción distinta también de la impresión nerviosa y de la actividad intelectual. El autor hasta llama á la excitación física el *substratum*, la base de la sensibilidad moral. Sin embargo, esta expresión debe relacionarse con las frecuentes frases en que los sentimientos se presentan como situaciones del alma.

Así, pues, según el autor, las impresiones que ponen en movimiento la sensibilidad física, están de tal manera ligadas con el alma, que suscitan en ella disposiciones generales alegres ó penosas, sin intervención de la voluntad, sin objeto ni motivo conocido. Me acuesto alegre, y me despierto moroso é irritable. ¿Por qué? Lo ignoro, pero tengo un sentimiento, puesto que estoy triste, y este sentimiento es indeterminado, puesto que no tiene objeto por mí conocido, y no es deseo ni odio.

Un arte, sea el que fuere, no puede herir la sensibilidad moral más que de dos maneras: ó echa el alma en una de las disposiciones vagas é indeterminadas de que hemos hablado, por medio de una modificación directa de la sensibilidad física, ó bien, obrando sobre la inteligencia, despierta ideas que imprimen una determinación á los sentimientos. Siendo incapaz la música de provocar ideas claras, su acción se reduce á producir sentimientos indeterminados.

El autor estudia luego algunos de los principales efec-

---

y enero 1881. La *Revue philosophique* lo dió á conocer en el número de octubre de 1878, y el editor Brandus publicó en 1877, una traducción francesa elegante y clara, por Mr. Ch. Bannelier.

tos de esta acción, y este estudio evidencia el fondo de su teoría.

Este fondo consiste primero en la descripción de un efecto producido sobre el alma por la vibración que nuestro cuerpo recibe de los sonidos, considerados únicamente en sí mismos. «Cuanto más rápido es el movimiento vibratorio, dice el autor, es decir, cuanto más se eleva el sonido, más desarrollada está la energía vital, y por consiguiente, más viva es la impresión de bienestar y de contento que resulta de la actividad á su más alto grado. Por esta razón, los sonidos agudos producen mayor alegría que los sonidos graves. En los sonidos graves, en efecto..., la vida vibratoria está menos acentuada; es el estado de la materia, aproximándose más á lo que llamamos la inercia, y por consiguiente, el estado menos susceptible de producir impresiones en el cuerpo. Por lo mismo, el sonido muy grave asusta. No lo asociamos fácilmente á la manifestación de la vida, al movimiento, y nos sorprende como una revelación de la esencia de la materia bajo su forma más distante de nosotros. Todo lo que es rápido nos place; lo llamamos vivo, y consideramos la más grande actividad como la mayor perfección de los seres» (1).

Se observará en estos párrafos que, en la descripción del efecto de las vibraciones en el alma humana, de la alegría que le causan los sonidos agudos, y del espanto que le inspiran los sonidos graves, se añade la explicación de este efecto por una interpretación del que escucha. Este goza con los sonidos agudos, no sólo porque excitan su energía vital, sino también porque su espíritu ve en ello una manifestación de la vida, y todo lo que es vivo place. Inversamente, los sonidos graves nos asustan, no porque exciten poco nuestra vitalidad, sino porque cada cual ve en ellos una débil, debilísima manifestación de la vida, y lo que vive muy poco, y sin embargo, se mueve á manera de un cadáver móvil, causa un terror invencible. Así, consignémoslo, las disposiciones vagas y los sentimientos indeterminados, atribuidos hace poco á la sola vibración nerviosa, vienen luego á relacionar-

---

(1) Página 77.

se igualmente á un acto de la inteligencia, recogiendo é interpretando los sonidos como signos expresivos de una vida más ó menos rápida, más ó menos intensa y distinta de nuestra propia vida. De manera que, desde su primer paso, el análisis del autor encuentra en el objeto sonoro la expresión, y en el sujeto oyente la idea de la vida expresada por la cosa sonora.

Creo que este análisis es exacto. Queda por saber si lo es también en todas las edades del sujeto; si en el oyente, en todas las épocas de su vida, tiene igual limpieza la idea de lo que expresan los sonidos agudos y graves. Queda igualmente por averiguar, si la base de la inducción es siempre la misma.

Un niño se regocija con ruidos ligeros ó con sonidos agudos, y de ninguna manera los somete á la interpretación filosófica de hace poco. Los sonidos graves no le asustan, si no se le ha enseñado á darles una significación de espanto. El ruido del trueno no da miedo á los pequeñitos, á quienes las madres ó las ayas no han asustado con motivo de alguna tormenta. Pero, desde el momento en que se les corrige acompañando la corrección con palabras pronunciadas en tono muy bajo y gruñón, asocian ya ese tono grave á la corrección recibida, y una simple sílaba de entonación baja basta para llenarles de temor. Este es un hecho de experiencia diaria. Luego los ruidos sordos de la naturaleza, los sonidos musicales muy graves, causan á los niños impresiones parecidas; y más tarde, el hombre las sufre también. En este caso, la base de la inducción, el punto de partida de la analogía, ha sido indudablemente el tono irritado de la voz humana. Y es muy natural, puesto que la voz humana es para nosotros la manifestación más clara de la vida en todos sus grados, mientras que nada como el silencio expresa más cabalmente la muerte. Si se prescinde de este recuerdo de la voz humana, se viene á caer en una concepción metafísica, de que el filósofo es seguramente capaz, y de que se tratará á su tiempo; pero no puede ya explicarse la acción de los sonidos agudos ó graves sobre los niños y la generalidad de los adultos. Ni siquiera hay entonces posibilidad de dar cuen-

ta de la inducción filosófica, en virtud de la cual se ve en ciertos sonidos un signo de la vida en la materia, porque nadie puede nunca comprender algún tanto los sonidos de la vida en los cuerpos exteriores, si no es comparándolos con los sonidos de la vida propia.

Puede decirse que cuanto más avanza el hombre en edad, más aprecia y gusta la cualidad expresiva de los sonidos musicales. ¿Qué viene á ser, sin embargo, esa impresión vibratoria que nos predispone, según Mr. Beauquier, á la tristeza ó á la alegría? ¿Qué viene á ser esa sacudida de los sonidos impresa no sólo al tímpano de nuestro oído, sino al cuerpo entero? ¿Puede el canto de una nodriza hacer dormir con igual facilidad al adulto que al niño? ¿Obliga un paso doble á andar de una manera tan irresistible á un dilettante ó á un filósofo como á un soldado?

Interróguese atentamente los hombres adultos y evidenciarán que, en la audición de sonidos musicales, casi nunca experimentan esas vibraciones corporales, esas impresiones que hemos llamado táctiles. Es más; los sonidos no suelen conservar el carácter musical, cuando afectan sólo y sensiblemente los nervios no acústicos. Descienden entonces á la categoría de los ruidos que gustan á veces á las organizaciones rudas, pero que desagradan á las personas de un sentido musical delicado. Los sonidos musicales se mantienen en una región media que es bastante extensa, pero que tiene sus límites; son perceptibles y agradables, y no tienen nada que se parezca á fricciones, á percusiones, á caricias de la piel sentidas como tales.

Así, pues, cuando el oyente interpreta sonidos puramente percibidos y agradables, no los interpreta como táctiles, puesto que no lo son. ¿Cuál es su significación estética? No titubea Mr. E. Hanslick en afirmar que sólo son apreciados por la contemplación pura, sin ninguna participación de los nervios, y Mr. H. Helmholtz dice por otra parte que los sonidos, lo mismo que los colores, no tienen otro valor que el de signos de las cosas exteriores (1). Añádase que las cosas

---

(1) *Revue des cours scientifiques*, 24 abril 1869.—Véase también *Le son*

externas ó son radicalmente ininteligibles para nuestra razón, ó concebidas á imagen nuestra: no hay término medio. Pero los sonidos que en nosotros hablan con más claridad y más agradablemente de nosotros mismos, son los de la voz nuestra. ¿Cómo no deducir ahora que el primer tipo de los sonidos musicales, es decir, agradables, expresivos, susceptibles de ser interpretados por la inteligencia, es la voz misma del hombre, y que si el canto nos hechiza aún en mayor grado que la voz hablada y es más expresivo, será sin duda porque es un engrandecimiento, una idealización de la voz hablada?

Esta manera de concebir el tipo originario de la música no debe confundirse con ciertas teorías cuya falsedad ha demostrado muy bien Mr. Ch. Beauquier. Yo no concederé tampoco que la música sea una lengua; pues para constituir una lengua se necesitan sonidos articulados, y la música no los tiene. No admito que la música vocal arranque en sus comienzos del grito; porque el grito no es más que un ruido, y entre un ruido y un sonido musical hay una distancia inmensa. No puedo decir que la música sea la imitación de la voz hablada; porque la música es un arte, y es cosa probada que el arte no es nunca la imitación pura y simple de la realidad.

No se desprende, sin embargo, de lo dicho, que las artes nada tengan que ver con la realidad viviente. Si así fuese, serían para nosotros ininteligibles y nos dejarían indiferentes, resultando otros tantos enigmas cuya clave nadie tendría. Todas las artes, sin exceptuar la música, toman la realidad, no por modelo que hayan de copiar servilmente, sino por tipo elemental que ha de desarrollarse, completarse y perfeccionarse. Respecto de la música, el tipo elemental parece ser, como hemos dicho, la voz hablada del hombre. ¿Cuál es sobre este particular la idea precisa del Sr. Beauquier?

Héla aquí, tomando sus palabras en riguroso sentido. Copiaré literalmenté:—«La música es un arte que se concibe

---

*et la musique*, por P. Blaserna y H. Helmholtz, pág. 194. Paris, Germer Bailliére, 1877.



muy bien y del todo fuera de la voz humana» (1).—«No hay necesidad de repetirlo: lo que constituye el arte musical es, sobre todo, la tonalidad, el enlace, la dependencia de los sonidos entre sí, con relación á un sonido fundamental, condiciones que no se encuentran en los sonidos de una lengua que, desfigurados, por la articulación, *nada tienen en sí mismos de musical*» (2).—«Mientras que la música vocal es simplemente humana y no se comprende fuera del hombre, cuya vida sensible é intelectual expresa, la música instrumental es exterior al hombre» (3).

Examinemos atentamente estas citas. La primera afirma que el arte musical se comprende generalmente muy bien y del todo fuera de la voz humana. La segunda niega que la voz hablada sea el tipo elemental de la música vocal, porque la voz hablada no encierra nada de musical; y, finalmente, la tercera pone la música instrumental fuera del hombre, mientras que asigna á la música vocal un carácter humano y encuentra su raíz en el hombre mismo.

¿Deben tomarse estos juicios al pie de la letra? Sí, en el caso de que el notable análisis del autor los mantenga íntegramente; no, en el caso de que ese análisis los modifique ó los invalide. Aplacemos para otro trabajo lo que concierne á la música instrumental, y no examinemos hoy más que la cuestión siguiente: ¿Se concibe muy bien y del todo la música vocal fuera de la voz hablada? ¿No tiene ésta nada de musical?

Dejo la palabra al mismo Sr. Bauquier, citando en primer lugar algunas páginas de considerable importancia sobre el poder expresivo de la voz humana.

«Todas las emociones que experimentamos se manifiestan en la voz, en diferentes grados, y modifican alguna parte de tan complicado y fino instrumento. Las cuerdas se estiran más ó menos, la glotis se dilata ó se estrecha, dejando pasar el aire en cantidad variable, y la lengua mueve este aire con

(1) Página 102.

(2) Página 99.

(3) Página 56.

golpes desiguales: en la emoción, las moléculas constitutivas del aparato vocal experimentan modificaciones de cohesión que hacen variar el timbre. Así, el dolor físico hace la voz más fuerte, la eleva ó la baja varios tonos, según lo que se sufre ó el temperamento del paciente; el dolor moral la hace temblar, la ahoga y la hace romper en sollozos; el temor la vuelve más profunda, la admiración la alarga, la ira la enronquece y la alegría la da un timbre brillante. En las emociones tranquilas, los sonidos son tiernos y débiles. Tenemos tal costumbre de deducir los fenómenos interiores de los exteriores, que desde lejos distinguimos, sin oír las palabras, con la sola entonación, los sentimientos que animan á los que hablan. Por esta razón, el órgano en sí mismo, haciendo caso omiso de las diferencias de articulación que forman las palabras, tiene tan poderoso encanto en los oradores: sólo con su timbre conmueven al auditorio y le disponen á la compasión ó á la ira. En la declamación, si expresamos sentimientos tristes, nuestra voz baja y es más lenta, y se eleva por el contrario y su velocidad aumenta en los sentimientos alegres. Se conoce por el tono de la voz la benevolencia, el desdén, la altanería, la lástima, la cólera, etc., y puede decirse que cada pasión tiene un acento natural y propio. La persona más acostumbrada al disimulo encuentra á veces dificultad á fingir el acento de los sentimientos que se descubren aun debajo de la máscara más impenetrable.

»Añadamos que el hábito de ciertos sentimientos acaba por dar á la voz y á la fisonomía un carácter diferente que puede servirnos para juzgar á nuestros semejantes (1).

»En el hombre, en efecto... no vale la doblez: dominado por una pasión, todo en él la descubre, voz, fisonomía y gesto, de tal manera que esta expresión del sentimiento no es más que uno de los caracteres del sentimiento mismo.

»Así considerados, los sonidos de la voz, con iguales títulos que el gesto y la fisonomía, son, pues, signos del lenguaje natural. Pero ¿podremos confundir los *sonidos de la voz* con la música y sacar la conclusión de que la música es lengua

---

(1) Páginas 84-85.

del sentimiento? He aquí lo que creemos imposible de admitir, como no es admisible, partiendo del dato de que el gesto expresa también emociones, afectos y pasiones, decir que el baile es la lengua de los sentimientos» (1).

Ciertamente, ningún observador ejercitado confundirá los sonidos de la voz hablada con la música. Si tal confusión fuese posible, no habría dos cosas distintas, la voz hablada y la voz cantada; no habría más que una sola con dos nombres de los cuales uno sobraría. La diferencia es, pues, cierta é incontestable; pero ¿de qué género es esa diferencia? ¿Es bastante profunda para permitirnos afirmar que el arte musical puede concebirse del todo fuera de la voz hablada?

¿No ha observado involuntariamente el lector que hay enérgicos trozos de aquella página citada que lo mismo se aplican á la voz hablada que á la voz cantada, de tal manera que se confunde uno sin saber ya de cuál habla el autor? ¿Se presentaría esta duda, ó si se quiere esta ilusión, si entre las dos voces existiese una diferencia natural y de esencia? Es claro que no. ¡Quién sabe! ¡Tal vez la diferencia no está más que en el grado!

«En cuanto á la determinación que esencialmente falta á la música, dice Mr. Beauquier, la voz, que es un instrumento destinado especialmente á la vida intelectual, al cambio de ideas, á las relaciones de los hombres entre sí, la voz puede dársela, primero con sus diversas modificaciones generales, acentos, entonaciones, etc.; que constituyen en gran parte el lenguaje natural, y luego con las palabras, es decir, con los sonidos articulados emitidos al mismo tiempo que los sonidos musicales» (2).

Así, eliminando las palabras, los sonidos articulados, señala el autor en la voz humana acentos, entonaciones, sonidos musicales, etc., y atribuye á estos elementos, es decir, á los acentos, á las entonaciones, á los sonidos musicales, una parte del poder determinativo que posee la voz humana.

---

(1) Página 86.

(2) Página 127.

¿Cuál es exactamente esta parte y cómo ha de reconocerse y definirse?

Muy bien ha visto Mr. E. Hanslick (1) que debe buscarse luz para esta cuestión en el estudio de las relaciones de la música con el lenguaje hablado. Exactamente piensa de la misma manera Mr. Ch. Beauquier. El análisis que hace de estas relaciones tiene una precisión admirable. Júzguese por lo siguiente:

«En una lengua, prescindiendo de la articulación que da á  
» las palabras su verdadero y, propiamente hablando, su úni-  
» co carácter de signos, por lo mismo que en ellas se encuen-  
» tran sonidos, estos sonidos tienen diferentes cualidades, de  
» altura, intensidad, timbre, etc. Estas diferentes cualidades,  
» unidas al movimiento, constituyen el *canto* ó la *entonación*,»

«La entonación se encuentra ligada casi siempre á senti-  
» mientos y á ideas. Sirve de acompañamiento, de aumento  
» de expresión á las palabras y varía según el sentido que  
» contienen. Recuerde cada cuál lo que oye alrededor suyo.  
» *Es un hombre grueso, pesado, con un vientre enorme*, dicen  
» marcando lenta y pesadamente cada sílaba; y por el contra-  
» rio: *Es un hombre pequeñito, seco, petulante, ojos vivos*; y se  
» pronuncian las palabras secas y con toda la viveza posible.  
» Si se quiere indicar un sitio lejano, se repite muchas veces  
» la palabra para alargar la duración, se arrastra ó se lleva la  
» voz, hasta debilitándola como para imitar un sonido que se  
» oye en lontananza: *Está lejos, muy lejos, allá abajo.*»

«Esas entonaciones diversas, que forman como *un canto en*  
» *el lenguaje*, aumentan la significación de las palabras y *has-*  
» *ta algunas veces la suplen*, como el acento irónico ó amena-  
» zador dado á una frase que, al pie de la letra, no tendría  
» tal significación. ¿No pueden darse á una misma palabra  
» una infinidad de sentidos con varios matices de entonación?  
» Así, fijándonos en un solo ejemplo, la simple frase: *No ireis*,  
» puede encerrar, según el tono de la voz, una amenaza, un  
» reto, una chanza, una pregunta, etc. Este incremento de

(1) En la obra *Dubeau dans la musique* ya citada.

»expresión constituye la superioridad de la lengua hablada sobre la lengua escrita» (1).

Sin duda alguna. Otro grado de entonación y de medida producirá un nuevo aumento de expresión, y no será tampoco el canto de la palabra ordinaria, sino el canto de la lengua poética, el canto del verso. Dése todavía otro grado de entonaciones análogas, con más medida todavía y ritmo, y tendremos la palabra cantada, la música vocal. Como Mr. H. Spencer, de quien esta página viene á ser un eco, no me es posible ver entre las diversas formas que acabamos de enumerar sino gradaciones de un solo fenómeno. La entonación de la palabra ordinaria es el *mínimum*, el principio de la música, y por esto dice muy bien el Sr. Beauquier que es el *canto de la palabra*. La música vocal es lo máximo, la grandeza llevada á su perfección y al más alto punto del elemento del canto que se encuentra en la voz hablada. De donde á las claras se deduce que la música vocal reconoce ciertamente, no por acabado modelo, pero sí por tipo inferior, es decir, por principio, germen y origen, la voz hablada, y por consiguiente, la naturaleza.

Y entiéndase bien: los sonidos tomados en sí mismos no pueden tener, no, un sentido preciso; no pueden expresar sentimientos determinados ni mucho menos ideas, puesto que las ideas son determinadas ó no son nada. Eliminemos, pues, para no volvernos á ocupar de ella, esa falsa concepción que atribuye á la música el expresivo poder del lenguaje articulado. Entiéndase de una vez que la música no es de ningún modo una *lengua*, y que llamarla lengua es ignorar ó desconocer la significación de esta palabra.

Pero, hecha ya esta eliminación y determinado definitivamente este punto, queda aun de la lengua algo muy digno de tenerse en cuenta. ¿Qué? Con perfecta claridad lo ha dicho varias veces el Sr. Beauquier, demostrando que hasta fuera de las palabras, fuera de la articulación, los sonidos de una lengua tienen altura, intensidad, timbre y ritmo, y que estos diversos elementos musicales, perceptibles aun cuando

---

(1) Página 92.

no se oigan, las palabras, varían según la diferente expresión de las voces. Afirma que, fuera de las palabras, la voz humana tiene entonaciones diversas que forman como un canto en el lenguaje; ve, por ejemplo, que el timbre de la voz en los oradores puede tener mucho encanto, «haciendo abstracción de las diferencias de articulación que forman las palabras,» y no titubea en declarar que el tono de la voz indica benevolencia, desdén, compasión ó cólera. De manera que, por una parte encuentra en la voz hablada altura, timbre, duración, ritmo y movimiento, que son los elementos mismos de que se compone la música; y por otra parte, reconoce que estos elementos, hasta sin las palabras, llegan á indicar, y por consiguiente, á expresar hasta cierto punto la lástima, la ira ó la benevolencia, es decir, algo de nuestros sentimientos.

Así, pues, siendo un hecho que en la voz humana hablada, hasta sin las palabras, se encuentran todos los elementos musicales con los variados matices de su fuerza expresiva, resulta por propia confesión de Mr. Beauquier, que la música vocal, lejos de concebirse fuera de la voz humana, no se concibe, por el contrario, más que por sus relaciones y profundas analogías con la voz hablada.

Es cierto que la voz hablada y la voz cantada difieren; pero probado está que no difieren en cuanto á la naturaleza; la diferencia entre ellas no consiste más que en el grado.

Así lo ha demostrado también de una manera admirable Herbert Spencer en un artículo de psicología titulado *Orígenes de la música*, que recomendamos á nuestros lectores (1).

Creemos, como H. Spencer, que la música, mírese como se quiera, es siempre una voz, voz sin articulaciones ni pala-

---

(1) *Origine et fonction de la musique*, por H. Spencer, en la obra titulada *Essais de morale, de science et d'esthétique*, tomo I, traducido del inglés por Mr. A. Burdeau, agregado de filosofía. París, Germer Bailliére, 1879. He consagrado á este notabilísimo opúsculo dos artículos en el *Journal des Savants*, cuadernos de julio y agosto de 1880. El primero de estos artículos fué reproducido por la *Revue Politique et Littéraire* del 9 de octubre 1880. Han sido impresos en las *Sesiones y Trabajos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, enero y febrero de 1881.

bras; pero nunca una *lengua*. Herbert Spencer cree y demuestra que la música es en su origen la voz humana hablada. Hasta cuando no es hablada, esta voz contiene todos los elementos musicales y los descubre á quien sepa buscarlos.

Si el hombre experimenta sentimientos y los expresa, cuanto más vivos sean, más potencia adquiere cada uno de los elementos musicales de la voz en altura, intensidad y duración regular y ordenada.

De modo que, hasta en la voz hablada, el sentimiento más fuerte aumenta la extensión de la tonalidad, ya de abajo arriba, ya de arriba abajo. Llamad á alguno con calma, y decidle: «¡Pablo!» El intervalo entre el tono de la primera sílaba y el de la segunda será pequeño. Llamadle «¡Pablo!» con alguna impaciencia, y el intervalo crece de abajo arriba. Llamadle con impaciencia y amenaza, y el intervalo crece más, pero de arriba abajo. Y á medida que crece el intervalo, su cualidad musical es cada vez más notoria, aunque no sea la voz hablada. Fijémonos ahora en un llamamiento verdaderamente musical, por ejemplo, el «Raimbaut,» que canta Alicia en *Roberto el Diablo*, al llegar á la cita con su amante. El intervalo es aquí mucho mayor que en los tres casos anteriores. ¿Qué ha hecho Meyerbeer? Ha aumentado simplemente en altura un intervalo que el sentimiento habría agrandado ya, si bien en menor grado, en la voz hablada. No ha puesto, entre la voz hablada animada por el sentimiento, y la voz cantada, animada por un sentimiento de mayor intensidad, más que una diferencia de grado en la entonación, en la altura de la escala tonal.

Sometiendo al mismo experimento comparativo cada uno de los elementos musicales de la voz hablada, y de la voz cantada, se llega invariablemente al resultado de que la música vocal no es más que la voz hablada del sentimiento agrandada aun, y sometida á un orden superior. Resulta, pues, que la música, cuando menos la música vocal, no es más que la voz humana,—es decir, lo que queda de la voz eliminando las palabras,—con incremento y coordinación más perfecta de todos sus elementos musicales.

Nada sería más fácil que añadir á los ya citados trozos,

nuevos extractos del libro de Mr. Ch. Beauquier que confirman esta conclusión. Con razón decía yo al principio, que podríamos entendernos perfectamente en este punto.

Juzgo, sin embargo, que dicho autor seguiría sosteniendo su opinión si se tratase de la música instrumental; porque al llegar á este terreno, las divergencias se multiplican, y los disentimientos se exageran hasta la contradicción. Algunos consideran hoy la música instrumental como un arte *sui generis*, de independencia absoluta, y sin ninguna raíz común con la música vocal y la voz hablada. Tal opinión se defiende con ardor, y á veces con talento; y no es siempre bueno combatirla, porque corre el riesgo el que la refute, de ser tenido por extravagante. Lo que contribuye mucho á prolongar el debate es que no se concreta como es debido. Algunos hablan demasiado sin escuchar á los demás y sin responderles; y otros, si responden, lo hacen con palabras evasivas, sin colocarse bajo el mismo punto de vista, y sin entrar en explicación alguna.

Mr. Ch. Beauquier entiende, sin embargo, de otra manera la discusión y el análisis. Busca siempre como verdadero filósofo la solución de esta parte del problema; y también como filósofos examinaremos nosotros lo que acerca de ello ha dicho, y lo que dicen cuantos proceden como observadores serios y concienzudos.

*Ch. Lévêque,*

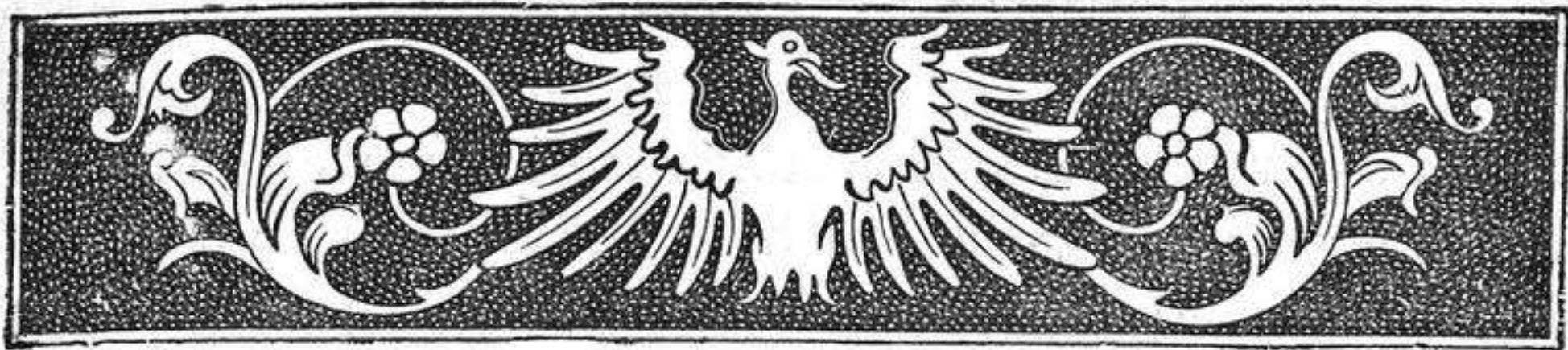
del Instituto.

*(Revue Philosophique de la France et de l'Etranger.)*

*(Se continuará.)*







## CARTA DEL R. P. LASALDE

AL SR. D. BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ

EN LA QUE SE TRATA DEL LIBRO

DATOS EPIGRÁFICOS Y NUMISMÁTICOS DE ESPAÑA

---

**S**EÑOR D. Bernardino Martín Mínguez.—Muy estimado amigo: El año pasado de 1883 publicó V. un libro de antigüedades españolas, y con la galantería que le distingue, me remitió V. dos ejemplares con una atenta y cariñosa carta. Escribí á V. inmediatamente agradeciéndole su atención y ofreciéndole ocuparme de su libro detenidamente; pero ha trascurrido ya un año, y esta es la hora en que no he cumplido mi palabra. Resulta, pues, que tengo contraída con V. una deuda, que no la he pagado á su debido tiempo y que en ello me he portado como ingrato, pues quien tantas atenciones de amistad debe á V., como yo, debía haber sido un poco más diligente en cumplir su palabra.

Ahora quiero salir del compromiso, y ahora mismo me ocurre lo espinoso de la empresa. Pero entre todas las dificultades que se me ponen por delante, dos son las principales, y que me obligarían á volver atrás, si no fuera por el miedo de que V. me tuviera por cobarde ó inconstante, cali-

ficaciones que temería me viniesen de parte de V. Estas dificultades son mis escasos conocimientos en arqueología, y los de otras personas de las cuales he de hablar incidentalmente.

Para hablar de una obra con probabilidades de acierto, es necesario conocer la ciencia de que la obra se ocupa, por lo menos, con tanta profundidad como el mismo que la ha escrito. Si yo con mis escasos conocimientos de arqueología me pongo á censurar el libro de V., ¿no tendría V. mucha razón para decirme: «Y V. qué entiende de eso?» Una de las cosas que á mí me maravillan es la sangre fría de algunos revisteros de periódicos, que al dar noticias de los libros publicados, no se contentan con dar cuenta del asunto de que tratan, sino que hacen de ellos un juicio crítico muy formal. ¿Es posible que esos hombres entiendan de todo? Si, por el contrario, me deshiciera en alabanzas de la obra, no faltaría quien dijera: «Cómo se conoce que son amigos.» Pero digan lo que quieran, yo voy á hablar del libro de V. haciendo un esfuerzo por desentenderme de todo afecto de amistad y de odio; y para no caer en el primer escollo, procuraré no meterme muy hondo. Téngase, pues, entendido que hablo con poco conocimiento de causa, y que mis elogios y mis censuras no son más que de cumplido, y no deben tomarse en serio.

La segunda dificultad que se me pone por delante, es que al hablar del libro de V. tengo que ocuparme por precisión de otra obra cuyas opiniones son contrarias á las que V. sustenta; y los sabios de hoy me parece que tienen algo del *genus irritabile* de los poetas antiguos, sin duda por que sus libros tienen mucho de *poéticos*. Mas no es esto lo peor, pues aunque la Historia nos cuenta las espeluznantes relaciones de las iras de los poetas, cuando éstos no son más que simples romanceros, no deben tener tanto veneno. Lo verdaderamente temible es lo que dicen por ahí, de si la ilustrada falange de sabios ó escritores, que no sé si es lo mismo uno que otro, forma una sociedad de socorros mutuos muy bien organizada. Suponga V. por un momento que esto fuera así, y que por darle yo á V. la razón contra cualquiera otro señor escritor, que es sabio, ó pasa por tal, incurriéramos en la

justa indignación de la sociedad; ¿sabe V. que habríamos hecho un pan como unas hostias? Mañana ú otro día se nos ocurrirá escribir cuatro renglones para divertir al público, y después de haber estado trabajando días y noches para componerlos, nos sucedería esto, por ejemplo: que se los llevaríamos al director de una Revista, y nos diría: «creo que están muy bien escritos, pero puede V. llevárselos al Sr. D. Juan Gómez (el escritor ofendido), y él dirá á V. lo que puede hacer con ellos.» ¡Sabe V. que sería un golpe! Aparte de esto, sería una tontada que V. se cansase en estudiar ó escribir, porque siendo ellos los monopolizadores de la ciencia, según dicen, podría suceder que por una circunstancia cualquiera cayeran los trabajos de V. en manos de un socio y se aprovechase de ellos, ¿cree V. que en ese caso citaría la fuente de donde había tomado las ideas? ¿Cómo ni por qué, no siendo usted de la cuadrilla?

Pues aunque tal suceda, es decir, aunque veamos que se toman nuestras opiniones sin citarnos; aunque si alguna vez nos citan sea con lástima y compadeciéndonos; aunque para nosotros se cierren las puertas de todas las publicaciones científicas, que alguna quedará abierta; aunque se levanten contra nosotros diez cruzadas de sabios, voy á ocuparme del libro de V., que bien lo merece, y concédame V. el perdón de no haberlo hecho á su debido tiempo.

Según manifiesta V. en el prólogo de la obra, no tiene usted otro objeto que dar unas breves nociones de epigrafía española en sus secciones egipcias, celtibérica (griega) y romana, con palabras desconocidas, y traducir las leyendas de nuestras monedas. Yo, sin embargo, diría que se había propuesto V. trazar el verdadero camino para el estudio de nuestra historia primitiva. Para ello se hace V. cargo de los trabajos epigráficos y numismáticos publicados hasta el día, demuestra V. la falsedad de sus principios y lo absurdo de sus conclusiones, y establece V. la manera de traducir nuestras lápidas y monedas, y da V. traducciones que si no son exactas, por lo menos son racionales.

El estudio de nuestras antiguas lápidas y monedas es muy antiguo en España. Erro y Velázquez pueden considerarse

como los dos campeones de él, pues los dos han logrado formar escuela basando la interpretación el primero en la lengua vasca y el segundo en la griega. Erro, sin embargo, ha tenido menos partidarios, porque la dificultad de conocer el vizcaíno es mucho mayor que la de conocer el griego. Los partidarios de Velázquez, sobre ser más en número, han escrito más que los otros, aunque á decir verdad han tenido poquísimo acierto. Los primeros han propendido á interpretar los nombres propios de poblaciones y ríos, y los segundos se han dedicado á leer lápidas y sobre todo monedas.

Para saber cuánto hayan desatinado los partidarios del grecismo, basta tomar alguna de las memorias que han escrito. No hay dos que convengan en una sola leyenda, y la razón es que han tomado por cosa secundaria lo que era la base, y de aquí sus equivocaciones y contrarios pareceres. Ellos han sentado por principio que el nombre de la población era el que estaba escrito con letras romanas y españolas, y de aquí han sacado su sistema. Si supiéramos fijamente que el nombre de la población es el que está escrito con caracteres españoles, y que ese nombre es el mismo que está escrito en latín y que los romanos le pronunciaban lo mismo que los naturales, en ese caso serían las monedas verdaderas inscripciones bilingües, y pronto se resolvería el problema. Pero falta saber eso, y deben, además, tenerse otras varias cosas en cuenta. La primera es que en España se usaban varios alfabetos y por consiguiente no es suficiente conocer el turdetano ó el bastilano ó el celtíbero, para poner en claro la cuestión. La segunda es que conocido el alfabeto hay que saber si usaban ó no letras vocales. La tercera es que se debe tener muy en cuenta la antigüedad de la inscripción, porque así como los griegos y romanos fueron con el tiempo cambiando la forma de sus letras, así también debió suceder en España, y aun más si cabe, por las incesantes invasiones, guerras y emigraciones que en ella se verificaron.

En lo que toca á la lengua, tampoco han andado muy acertados, no porque hayan hecho mal en tomar el griego como lengua matriz, sino en tomar el griego clásico. Se puede demostrar casi con evidencia, que los antiguos españoles

son de la misma familia que los pobladores de Italia y Grecia; por consiguiente hubo un día en que todos hablaron una misma lengua, de la cual se derivaron las que hablaron posteriormente. ¿Cuál fué esa lengua primitiva? Es muy fácil, es casi probable que se encuentren rastros de ella en algunos de los dialectos griegos, que será sin duda el que conserve más restos de antigüedad, y por el que puedan explicarse mejor las diferencias de las lenguas helénicas é itálicas. Todo esto lo sabe V., y no solamente lo sabe, sino que ha empezado á aplicarlo con éxito á sus interpretaciones.

Tampoco falta en el día quien, con más ó menos fortuna, se dedique á investigar lo que dicen esas leyendas, que tan pertinazmente vienen guardando el secreto de su lengua y sus letras; pero como de éstos he de hablar después al ocuparme de las interpretaciones de V., sólo quiero decir ahora, como de paso, que están á menos altura que los intérpretes antiguos. Aquéllos, sin más alimentos que su trabajo, entraron en un terreno desconocido, fundaron sistemas y algunos estuvieron muy cerca de acertar. Los modernos, que tenían el camino abierto, y contaban con los inmensos recursos que suministran la arqueología y filología, no han hecho más que embrollar lo que estaba claro y hacernos pasar por necios á la faz de todos los sabios de Europa. No me refiero, sin embargo, á todos los que se han ocupado en estos trabajos; pues he visto monografías concienzudamente trabajadas y que nada dejaban que desear.

Llega el momento de ocuparme de V., y empiezo por donde V. empieza, que es por las inscripciones jeroglíficas. Aquí hay que distinguir tres cosas: la exactitud de las inscripciones, el método seguido en su traducción y la propiedad de ésta. Con respecto á lo primero, permítame V. que le diga que las citadas por el Sr. Góngora son para mí muy poco dignas de crédito, no porque dude de su existencia, sino de la exactitud de la copia (1). Si Góngora las hubiera visto y copiado por sí mismo, tal vez creería que eran tal como las pinta en su obra. Pero él toma la relación y los

---

(1) La obra de Góngora tiene un informe de la Academia favorabilísimo.

dibujos de una persona que los hizo el siglo pasado; y á mi entender, hay noventa probabilidades contra diez de que las copias están mal hechas. Agréguese que la descripción es, á mi parecer, un poco confusa.

Las que toma V. de la obra del Sr. Rada y Delgado son todavía más sospechosas. V. ha creído de buena fe lo que dicho escritor lee, porque no podía V. confrontar su descripción con los originales. Apesar de eso le corrige V. con mucho acierto la lectura de algunas palabras. ¿Pero qué crédito pueden merecernos unas inscripciones que no están conformes con los calcos y fotografías que yo mismo he sacado de los originales? ¿Y qué fe puedo dar á unas interpretaciones que se hacen añadiendo y quitando signos al original y convirtiendo en ellos lo que son sencillamente desigualdades de la piedra? Tan desconfiado me voy volviendo en punto á inscripciones, que muy pronto no he de dar crédito sino á las que vea yo mismo.

Por lo que hace al método seguido por V. en la interpretación y lectura, es el único que se puede seguir con buen éxito. Todo lo que no sea analizar es gastar tiempo inútilmente. Lo mismo que digo de las inscripciones egipcias téngase por dicho de las griegas y de las latinas. No basta comparar, no basta encontrar en una lengua palabras que se parezcan á las de otra: es necesario tener en cuenta la naturaleza de los idiomas, las reglas eufónicas á que obedecen, la época en que se escribieron y la serie de trasformaciones que han sufrido. Todo esto no se logra más que analizando. Por lo cual prefiero el sistema de V. al de todos los demás anticuarios españoles que se han ocupado de nuestra epigrafía.

Con respecto á la verdad de las traducciones, nada digo. El tiempo será quien resuelva la cuestión. Hasta hoy somos cuatro los que nos hemos ocupado de las inscripciones hispano-egipcias; V. en la presente obra y en sus *Apuntes para conocer los verdaderos orígenes de los primeros pueblos de España, Francia é Italia*. El Sr. Rada y Delgado en su discurso de recepción en la Academia de la Historia; el Sr. Semper y Miguel en la *Revista de Ciencias históricas* de Barcelona, y mi humilde persona en *La Ciencia Cristiana* de Madrid y en *El*

*Semanario Murciano* de Murcia. Como en dichas revistas he dicho cuanto me ha parecido oportuno, nada añadido ahora de nuevo, ni tengo por necesario repetir lo que allí dije. Pero conviene consignar que el Sr. Semper sigue el olvidado sistema de Plutarco, y el Sr. Rada se vale del árabe, del siríaco y no sé qué más lenguas. V. y yo nos hemos valido de la *egipcia* para traducir inscripciones *egipcias*.

Pasemos á las inscripciones griegas: al tratar de las cuales da V. por vía de preliminares, curiosísimas nociones acerca de los primeros pobladores de España, de su lengua y de su escritura, con la mayor parte de las cuales estoy enteramente conforme.

En cuanto á los pobladores, no se puede poner en duda que fueron de raza aria, y como en otra parte tengo escrito, vinieron á Grecia, Italia y España costeando el Mediterráneo, y desprendiéndose sucesivamente unas tribus de otras. ¿Cuál es el punto de donde partieron? La ciencia ha venido á confirmar el aserto de la Santa Escritura en este punto como en todos. La familia jafética, *audax Iapetigenus*, ocupaba el norte del Asia menor. De las siete ramas en que se dividió esta familia debieron separarse primeramente las que ocuparon el centro del Asia, Turanios y parte de los Arios, por la facilidad de la salida á aquellas regiones. Por el Cáucaso entraría la descendencia de Gomar, y atravesando el mar la de Javan, que debió retirarse la última, habiendo vivido en íntimas relaciones con los que fueron á poblar la India. Como usted comprende, aquí no se puede salir del campo; las conjeturas, y todo lo que sea hablar afirmativamente es embrollar una historia, que difícilmente llegará á conocerse.

Pobláranse de este modo, ó de otro, las playas del Norte y Oeste del Mediterráneo, debe concederse que todos los pueblos que las habitaron estuvieron en relaciones con los que ocupaban las del Mediterráneo y Oriente, y que entre unos y otros debió haber guerras que produjeron invasiones y conquistas. Admitido este supuesto, tiene explicación el establecimiento de españoles en Italia, que pasa por dudoso, y el de los egipcios en España, negado hasta hoy por los historiadores que se tenían por sensatos; pero que ya no se pue-

de negar sin despojarse del sentido común. ¿Y podrá admitirse igualmente que vinieron á España los persas y caldeos? Mucha gana se necesita de traer extranjeros á la Península para suponer que de tan remotos países vinieran á visitarnos los célebres conquistadores que engrandecieron aquellas naciones. Sin embargo, como toda fábula tiene algún fundamento en la historia, pudiera ser que esa tradición fabulosa se apoyara en algún hecho cierto. Está fuera de duda que los egipcios dominaron en España, y como los asirios conquistaron el Egipto, pudo suceder que durante su dominación en las riberas del Nilo ejercieran algún dominio, aunque efímero y sin influencia sobre la Península ibérica.

Como quiera que sea, es lo cierto que la historia viene en este punto á confirmar las palabras de la Santa Biblia, y ésta ensancha admirablemente las noticias que la historia ha conservado. Ésta nos enseña que los pueblos del Sud de Europa son todos de una misma familia; y la Santa Escritura añade que son de la familia de Jafet y rama de Javan. La filología demuestra que las lenguas de España, Francia (en parte), Italia y Grecia, son hermanas; y las sagradas letras dicen que los hijos de Javan poblaron las islas de los gentiles (europeos), según sus lenguas y familias. Esto demuestra que los descendientes de Javan, á medida que se fueron separando del tronco común para ir á poblar otros países, fueron modificando la lengua patria. Como es consiguiente, los que antes se separasen, y más apartados estuviesen del trato con sus hermanos, más profundamente modificarían el idioma primitivo.

Para poder apreciar las modificaciones que en la lengua ó lenguas de la España primitiva pudieran introducirse, téngase en cuenta la naturaleza de los idiomas arios. Siendo dos los elementos de que las palabras se forman, raíces y flexiones, á los dos hay que mirar siempre que se trate de hacer un estudio profundo de alguna lengua de esta familia, y no basta comparar su raíz con las de otras lenguas, tanto más si éstas, aunque sean de la misma familia, son de diferente rama.

Al tratar de la escritura, presenta V. las opiniones de mu-



chos sabios acerca del origen de la letra usada por los diferentes pueblos de Europa, y después de apreciar cada una de ellas en su justo valor, se decide V. á suponer que nuestra escritura primitiva, como la de otros pueblos de Europa, es hija de la egipcia. Esto me demuestra que para V. vale más la razón que la autoridad de todos los sabios. Por mi parte, estoy completamente de acuerdo con V. en el origen de nuestro alfabeto, que me atreví á llamar *demótico*, costándome la gracia una buena reprensión de V. Para ver si tenemos razón en lo que opinamos, se pueden hacer las siguientes preguntas: ¿Cuál es el alfabeto más antiguo que se conoce? ¿Cuál es el que presenta perfectamente determinada la historia de su origen y desenvolvimiento? ¿Cuál es el que tiene caracteres más marcados de antigüedad? ¿En cuál están escritos los documentos más antiguos? A todas estas preguntas sólo se puede contestar con una palabra: *el egipcio*. Pues bien; todos los alfabetos europeos primitivos, á medida que avanzan en antigüedad se aproximan entre sí, y se hacen más semejantes al egipcio. ¿Qué consecuencia se deduce legítimamente de aquí? La que V. saca, y ninguna otra, y digan los sabios lo que quieran.

La cuestión que accidentalmente trata V. acerca de la escritura que empezó Moisés, á mi juicio es de poquísima importancia, digan lo que quieran los hebraizantes. Pero ya que V. la trata, voy á decir cuatro palabras acerca de ella. Cuando la familia de Jacob entró en Egipto, ¿tenía escritura? Creo que no, por la sencilla razón de que no la necesitaba, á no ser que la emplease en hacer copias de aquellas relaciones, de que habla Lenormant en *Los orígenes de la historia según la Biblia*. Muchos años después de estar los hijos de Jacob establecidos en Egipto, nació Moisés, el cual fué educado en la corte de Faraón, é instruído en las ciencias de los egipcios. Es de suponer que no le enseñarían el alfabeto cananeo, ni fenicio, ni asirio. En el paso de los israelitas por el desierto apenas tuvieron trato con las naciones que habitaban en los extremos de aquella región, y habiéndoles prohibido el Señor el trato con ellas, y que tomasen cosa alguna de ellas, hubiera sido una infidelidad en Moisés tomar

su alfabeto. Es, pues, de suponer, que él formó uno derivado del egipcio, arreglando á su pronunciación las letras, y dándoles nombres de la lengua hebrea, imitando siempre la escritura egipcia.

De la exactitud de la traducción que hace V. de las inscripciones griegas nada digo aquí, pues en mis cartas, que usted incluye en su obra, consigno mi opinión. Sólo que debo deshacer una equivocación que hay en ellas por culpa de la copia que mandé á Valladolid. Me refiero á los escudos del cinocéfaló, de los cuales digo allí que *el del brazo derecho está escrito con caracteres geroglíficos*, y debí decir, *el del izquierdo*.

De las inscripciones latinas, nada quiero decir, porque no he visto las lápidas, y en esto no me fío de nadie. V. las copia como las ha encontrado en otros libros (1), pero ¿le constaba á V. que allí estaba la exactitud? El P. Flórez, verdadero gigante entre los anticuarios españoles, era tan desconfiado, que si no veía la inscripción, no quería ocuparse de ella. A éste propósito le debieron obligar algunos desengaños, pues son muchos los que se llevan en el ramo de antigüedades. Por consiguiente, aunque yo nunca llegaré á saber lo que el P. Flórez, quiero imitarle en ser desconfiado, y en no meterme en lo que no sé si es verdad.

¿Quiere V. otra razón? Le diré, para que se le quiten los escrúpulos, que entre las inscripciones latinas, que V. con mucho acierto combate, hay alguna que si se leyera de otro modo, resultaría compuesta de palabras latinas escritas en la forma ordinaria de las inscripciones, y formando sentido completo y natural, según el sentido epigráfico.

En resumen: en su libro ha hecho V. un servicio á la historia patria. Ha reunido V. muchos é importantes documentos acerca del paso de los egipcios por España: ha quitado usted la inmerecida importancia que se daba á los fenicios, cartagineses y griegos: ha dado V. la clave para la traducción de las inscripciones celtibéricas, y por último, ha empezado V. á recomponer nuestra historia primitiva. El siste-

---

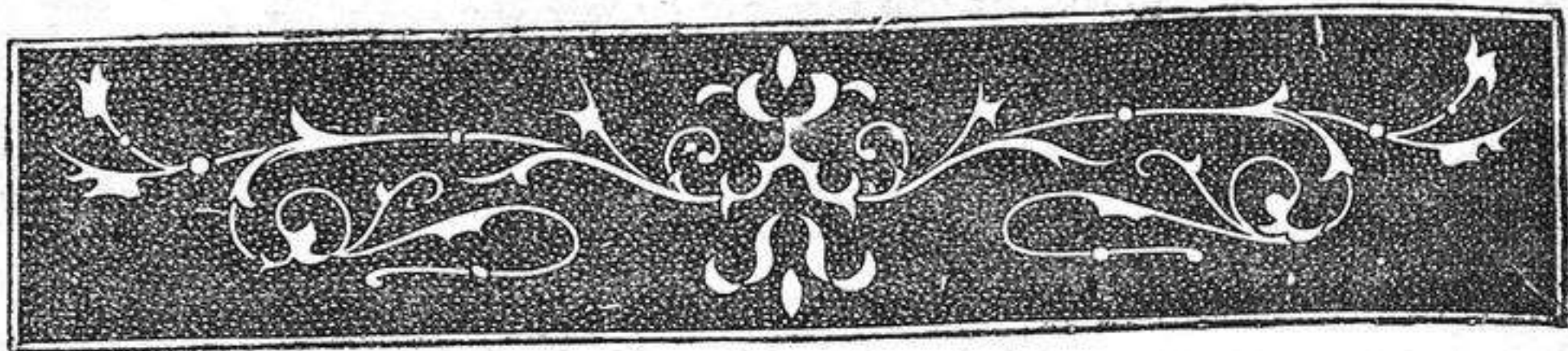
(1) Escritos del P. Fita.

ma de traducción de V. es muy superior al del P. Fita, porque es más claro, más natural y más en armonía con lo que la historia nos enseña. El libro de V., sin embargo, tiene defectos, sobre todo, literariamente considerado, pues la precipitación con que está escrito hace que algunos puntos no estén tratados con el orden y claridad que el asunto requiere. Ya ve V. que nada le disimulo; pero después de todo, es un buen libro.

Aquí doy fin á mi carta vejamen, quedando de V. afectísimo S. S.,

CARLOS LASALDE.





## VARIEDADES

---



FORMACIÓN DEL GRANIZO.—¿Por qué graniza más amenudo en verano, y principalmente de día?

Goarant explica este fenómeno fundándose en las condiciones siguientes, necesarias para que se produzca:

1.<sup>a</sup> Que el aire esté cargado de vapor de agua, y en verano es precisamente cuando contiene mayor cantidad.

2.<sup>a</sup> Que una corriente de aire frío, impelida por un viento de dirección distinta, circule por encima de aquella capa húmeda, condensando los vapores en forma de nieve ó lluvia.

Con frecuencia se produce este fenómeno en el estío. La atmósfera está sobrecargada de vapor de agua; se forma una nube negra en el horizonte; cada una de sus partes parece inmóvil, y sin embargo, al cabo de poco tiempo cubre todo el cielo la nube tempestuosa. Estalla la tormenta, cae lluvia abundante, y de igual manera desaparece el fenómeno.

Si la corriente de aire frío penetra en la capa inferior muy húmeda, da origen á la producción de una tromba. Pero para que se produzca nieve, granizo ó agujillas de hielo, es preciso que exista gran diferencia entre las dos capas de aire, sobre todo, bajo el punto de vista de las temperaturas. (Es claro que estas

diferencias de temperatura corresponden á las de las cantidades de vapor de agua en suspensión.)

Tal anomalía sólo acaece en verano y á altitudes bastante considerables.

Por el invierno, el aire está frío á cualquier altura, y contiene poco vapor de agua, no siendo nunca grandes las diferencias dichas.

Análogamente, durante la noche se deposita una gran parte del vapor de agua en forma de rocío: se verifican notables condensaciones á causa del enfriamiento de la atmósfera, estableciéndose al mismo tiempo cierto equilibrio entre las temperaturas, no calentando el sol al suelo. *La noche, pues, y el frío no favorecen la formación del granizo.*

En resumen, se necesita:

1.º Que contenga el aire una gran cantidad de vapor de agua, para que los productos resultantes no lleguen fundidos á la superficie del suelo.

2.º Que entre las temperaturas de las capas superior é inferior haya una diferencia anormal suficiente para producir productos sólidos: nieve, granizo, agujas de hielo.

Y 3.º Que se produzca un movimiento giratorio del aire, de modo que llegue el viento á un suelo montañoso y dé origen al *torbellino necesario para la formación mecánica del granizo.*

\*  
\* \*

CONSTITUCIÓN DE LAS NUBES.—He aquí las ideas del mismo Mr. Goarant sobre este particular:

Todas las nubes se forman con el vapor de agua que se eleva de la superficie del globo. Dicho vapor se hace visible cuando la temperatura del aire, en medio del cual se halla en suspensión, desciende lo bastante para que se produzca un principio de condensación.

Sabido es que un volumen de aire, á determinada temperatura, sólo puede contener una cierta cantidad de vapor de agua en estado invisible.

Si baja la temperatura se verifica una condensación par-

cial, hasta que se establece la relación entre la cantidad de vapor de agua invisible en suspensión, y este mismo volumen de aire á la nueva temperatura.

¿Qué se hace del exceso de este vapor de agua contenido en el volumen de aire en cuestión?

Se condensa y forma las llamadas *vesículas*, que flotan entonces en una mezcla de aire y vapor de agua invisible; el conjunto de vesículas constituye la nube.

Combate Goarant la suposición, sostenida por algunos físicos, de que las vesículas están huecas y aprisionan aire en el momento de su formación.

En tal caso—dice—cuando la vesícula líquida, dilatada, por consiguiente, alcanzara la superficie isoatmoterma de temperatura cero, se congelaría, y no siendo ya elástica, debería estallar. Un poco más arriba, escaparíase el aire caliente.

Nótase la poca lógica de los físicos citados, pues que, convencidos por los fenómenos ópticos, admiten que ciertas nubes están formadas por agujas de hielo, y si éstas pueden mantenerse en suspensión, no hay motivo para que no ocurra lo mismo con las vesículas llenas.

Indicaremos ahora cómo explica Goarant de Tromelín el que las vesículas estén llenas y se hallen en suspensión.

Al formarse líquido por la condensación de vapor de agua invisible, toma como figura de equilibrio la esfera, hecho demostrado por Laplace en la teoría de los fenómenos capilares, y experimentalmente por Plateau.

En general, puede decirse que *todo cuerpo sólido, cualquiera que sea su diámetro, mantiene á su alrededor, por adherencia, una atmósfera especial del gas en que está sumergido, y que no se halla libre.*

El espesor de esta especie de atmósfera es casi independiente del volumen del cuerpo sólido. La atracción que retiene al gas entra en el campo de las fuerzas moleculares. Sólo se manifiesta á pequeñísimas distancias, siendo despreciable cuando la distancia alcanza un límite que puede llamarse, por analogía con los fenómenos capilares, *radio de la esfera de actividad.*

Sentado esto, supongamos una vesícula rodeada de su atmósfera de aire. Como el agua tiene para el calor mucho mayor poder absorbente que el aire, la temperatura de la vesícula es superior á la del aire ambiente. La atmósfera de aire, que va unida á la vesícula, se aprovecha de este exceso de calórico que le da una densidad inferior á la del aire circundante. *Resulta que esta especie de atmósfera es la que permite sostenerse á la molécula líquida, dando al conjunto (la vesícula y su atmósfera) un volumen que desaloja un peso igual de aire ambiente.*

Según esto, conociendo el radio de la vesícula ó el de la esfera de actividad, es dado calcular á qué altura podría mantenerse en equilibrio una vesícula, en condiciones determinadas de temperatura.

Como no aumenta la esfera de actividad con el diámetro de la vesícula, llega un momento en que ya no hay equilibrio entre el peso de la vesícula, acompañada de su atmósfera, y el del volumen total de aire ambiente desalojado. Entonces descende ó cae la gotita.

Claro es, que cuando llegan á las regiones elevadas en donde deben congelarse, las condiciones permanecen las mismas, y continúan flotando las vesículas de igual manera, aunque sólidas.

Entonces forman ó nieve ó agujas de hielo, conforme á las leyes de la cristalización. Estas agujas, sumamente finas, se sostienen por el mismo procedimiento.

Es también probable que, en ciertos casos, y para que se verifique el equilibrio, tiendan estas agujas á orientarse en planos perpendiculares al rayo que une el sol con la aguja de hielo, ofreciendo al calor solar el máximo de superficie; porque si las agujas estuviesen dirigidas hacia el sol, se calentarían poco, no podrían sostenerse, y tenderían á tomar al caer una posición vertical, ó tal, que recobrasen el equilibrio por el calentamiento conveniente.

Por la noche, las nubes deben bajar relativamente; de aquí las escarchas de las regiones polares, ó el vapor de agua que se precipita bajo forma de rocío en los climas más calientes.

No calentándolas el sol, sólo queda en las nubes un cierto número de calorías almacenadas durante el día, directamente por los rayos solares, ó ya durante día y noche por el calor que radia la superficie terrestre. *Por consiguiente, las vesículas están llenas y no huecas.*

\*  
\* \*

CONGRESO DE SABIOS ALEMANES.—Este año se ha reunido en Magdeburgo, habiéndose tratado interesantes cuestiones con la maestría y autoridad que acostumbran en aquel país.

Sobre *el darwinismo y la evolución de las razas*, dió una conferencia el Dr. Kirchoff, quien opina que el desarrollo físico de los pueblos depende enteramente de las condiciones del medio.

Los habitantes del Norte tienen más desarrollados los pulmones que los habitantes de los países cálidos. En cambio son en éstos mucho más activas las funciones del hígado. La adaptación al medio es un hecho de selección natural; pruébalo la evolución del negro, tipo perfecto del hombre tropical. Las exigencias de la vida entrañan en un pueblo particularidades orgánicas especiales. Los pueblos pastoriles y las tribus de cazadores, tienen muy desarrollado el olfato, la vista y el oído. Pueden resistir el hambre y la sed hasta un extremo que asombra. La selección sexual desempeña su papel en el desarrollo del cuerpo, en el modo de vestir, y hasta en el carácter de los pueblos: el salvaje es valiente y cruel; por el contrario, en el hombre civilizado descuellan la economía y las virtudes domésticas. Pero, aparte de estas consideraciones, el principio de la selección domina también en los caracteres morales de un pueblo. El habitante de las heladas regiones del polo ha menester de un carácter flemático que le ayude á soportar la triste vida de su invierno perpetuo. Así, el esquimal tiene un carácter jovial y pacífico, que le permite vivir en comunidad, único régimen posible en un país en que no es conocido el combustible.

El exceso de población en China ha hecho que los habitantes de este país sean los más sobrios é industriosos del



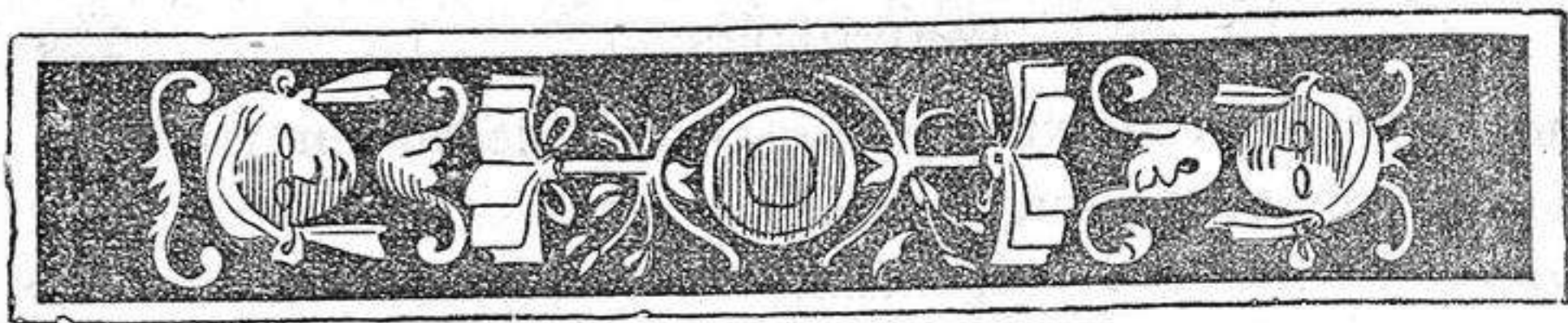
mundo. Emigran al extranjero y se establecen en naciones más indolentes ó de mayores exigencias.

Sobre el *papel de los organismos microscópicos en las heridas* leyó una Memoria el profesor Rosenbach, de Göttingue. Después de recordar brevemente los trabajos de Koch y Ogs-ton, insiste en sus investigaciones; según él, toda materia purulenta se debe á organismos microscópicos vivientes. El más común de estos gérmenes es un micrococcus amarillo que, á causa del modo como se presenta en el campo del microscopio, lo llama coccus en racimo. Dicho organismo posee considerable vitalidad, tanto que al cabo de veinte ó treinta años todavía puede dar origen á afecciones reumáticas de los huesos y articulaciones. El autor ha comprobado igualmente la existencia de cuerpecitos granulares reunidos entre sí y presentando la forma de eslabones ó rosarios.

Después de otros muchos estudios sobre política colonial, matemáticas, astronomía, geodesia, física, química, mineralogía, geología, zoología y anatomía comparada, visitaron los individuos del Congreso el observatorio meteorológico de Magdeburgo, las fábricas de Stassfurt, la Universidad de Halle y las montañas del Hartz, acordando reunirse en Estrasburgo para el año próximo.

R. ALVAREZ SEREIX.





# SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



ASTA entonces había tenido á Bellorita por el más ligero de los hombres; pero es que hasta entonces no había visto nubes en aquella frente, no menos interesante ahora que estaba sombría.

—He sido muy desgraciado, Norah—repuso, oprimiendo sus manos entre las suyas y mirando pensativo la corriente del río.—Tal vez sea culpa mía. No volveré á poner nunca los pies en Cormac ni frecuentaré sociedad donde sea posible encontraros otra vez. Y sin embargo, nada he hecho hasta ahora de que pueda avergonzarme y sea deshonroso.

—¡Ya estaba yo segura de ello!—exclamó Norah.—Se lo dije á mamá. Es un gentleman, aseguré, y esto me basta.

—Muchas gracias, mi buena Norah—dijo Bellorita con emoción;—me alegro mucho de que no os pusieseis también en contra mía. ¡Sólo esta desgracia me habría faltado!

—Pero, ¿qué ha sucedido?—dijo ella, acercándose más.—¿No podría ayudaros alguno de nosotros? ¿No podría papá aconsejaros lo más conveniente?

---

(I) Véase la pág. 87 de este tomo.

—Lo que ha sucedido, Norah—replicó gravemente el joven,—es que estoy del todo arruinado. No me queda nada en el mundo, y lo peor es que temo no poder pagar todo lo que he perdido.

Norah levantó orgullosamente la cabeza y le miró de frente. En sus ojos y en su actitud brillaba el noble sentimiento de sus antepasados, quienes habían sido siempre de opinión que la ruina era cosa de bien poca importancia, cuando quedaba salva la honra, aun á costa de toda clase de sacrificios.

—¡Es preciso, Bellowita!—exclamó ella.—Es absolutamente preciso pagar las deudas, aunque tengamos que vender ambos el calzado de nuestros pies... ¿Os falta mucho para reunir la cantidad que debéis por apuestas?... Esas deudas son naturalmente las primeras que deben desaparecer.

—Poniendo las cosas en lo mejor, no veo la posibilidad de satisfacer á todos mis acreedores—respondió el capitán.—Habrán de darme algún tiempo. En cuanto á deciros á dónde iré ó lo que haré, no puedo; porque yo mismo lo ignoro. Pero Norah, querida Norah... lo que más me desespera es que no puedo ya abrigar la esperanza de volveros á ver.

Norah lloraba á lágrima viva, y llorando trataba al mismo tiempo de desatar un medallón que llevaba pendiente del cuello; era el único objeto de valor que tenía en el mundo; pero sus dedos temblaban tanto, que no podía llegar á desprender la cinta de terciopelo que sostenía la joya. Lo consiguió al fin, y haciendo resbalar el medallón en la mano de su amigo, le dijo entre lágrimas y sonrisas:

—Tomadlo, Bellowita, yo no lo quiero. Mi vieja tía Macormac me lo dió en mi cumpleaños. Hay diamantes..., no diamantes irlandeses, amigo mío...; pero de todas maneras, algo vale. Vamos, Bellowita. ¡Oh! Si os negáis á tomarlo, creeré que nunca habéis hecho caso de mí.

Inútil es decir que Bellowita se negó con firmeza á privarla de aquel recuerdo; pero, naturalmente, pidió con instancia la cinta de terciopelo de la que el medallón estaba colgado, y los lectores que alguna vez se hayan visto en situación parecida, comprenderán que no la pidió en vano.

La Srta. Macormac se dispuso entonces á regresar al alber-

gue materno. Llegó emocionada algo después de la hora del lunch, y, lo que es más grave, formalmente prometida á su adorador; porque mientras que él había jurado volver tan pronto como sus esperanzas tomasen cuerpo de cualquier manera, ella, por su parte, le prometía no casarse ni pensar en hombre alguno, aunque tuviese que esperar cien años.

Tengo el sentimiento de añadir que la caña de pescar de Sullivan se quedó olvidada á orillas del río, donde más tarde fué recogida por uno de los guardas del Sr. Macormac, y que su legítimo dueño no volvió jamás á verla.

Nada detenía ya á Bellorita en Dublín, y sus fondos empezaban á bajar. Menos de veinticuatro horas después de haberse separado de Norah, atravesaba el agreste distrito de Roscommon, donde había comprado la yegua negra, que tanta influencia ejercía en su destino. Le costaba trabajo creer, al subir lentamente en un char-á-bancs la larga cuesta que conducía á la morada del colono, que hubiese pasado tan poco tiempo desde que había visitado aquellos mismos lugares, lleno de juventud y de esperanza. Se sentía ahora enteramente viejo y quebrantado, en comparación con lo que había sido. Los años son bien poca cosa, comparados con las huellas que dejan los sucesos de la vida, y la edad es menos cuestión de tiempo que de experiencia. Le quedó, sin embargo, á Bellorita un consuelo, que se anidaba en su corazón bajo la forma de estrecha cinta de terciopelo, y aun se admiraba de encontrarse tan dichoso en su misma desgracia.

Sus pensamientos se desvanecieron bruscamente á la voz alegre y amistosa del colono Dionisio, que, de pie en el umbral de su casa, le saludaba repetidas veces, agitando en el aire su sombrero.

—Tengo verdadero orgullo en volveros á ver en mi casa, capitán; tengo orgullo y me alegro de una manera indecible, podéis creerlo—repetía el buen colono.—¡Sed bien venido, vive Dios! Entrad y tomad algo en seguida. Al fin volvemos á encontrarnos, cuando precisamente tengo en la cuadra un potro de dos años, verdadero retrato moral de vuestra yegua negra. ¡No habéis visto nunca otro igual para saltar! Y ya lo probaréis esta tarde, si Dios quiere.

## CAPÍTULO XX

## LA CADENA

Pensaba el General que nunca había sido más dichoso en su vida, y esta ilusión feliz se reflejaba en sus palabras, en sus maneras y hasta en su mismo traje. No es, pues, de admirar que, bajando de cuatro en cuatro los escalones de su club, con más esmero en el vestir, más pretensiones en su peinado y mayor agilidad en su marcha que lo que era habitual y conveniente á los socios veteranos, muchos de éstos se entregasen á comentarios bastante libres acerca de la conducta de su antiguo camarada. Los unos se reían, los otros lo deploraban, según la diferencia de opiniones y humores.

—¿Qué diantre tiene ahora ese Saint Joseph?— preguntó un viejo militar de favoritos blancos á un vecino suyo, Almirante, de rostro hinchado y lleno de arrugas.—Se ha vuelto enteramente frívolo y extravagante, de algún tiempo acá. ¿No le falta algo aquí en la mollera, eh?

Y con su dedo temblón señalaba su propio cráneo, sin ningún pelo.

—Tal vez no sea en la cabeza donde padezca, sino aquí—repuso el interpelado, golpeándose el pecho con su único brazo.—Parece que está en vísperas de que le echen en adobo... Lo siento por él. No es mal muchacho, y dicen que es un oficial inteligente en el arma vuestra.

—¡Bah! No tiene nada de extraordinario, bajo este concepto—repuso el primero que había hablado, y á quien los cadetes tenían la costumbre de llamar irreverenciosamente Ilustre Espada.—No tuvo que hacer gran cosa en las Indias, supongo; pero tuvo suerte, sí señor; mucha suerte, y la suerte vale más que todo, Almirante, lo mismo en tierra que en los mares.

—¡Y parece que su suerte no le abandona todavía!—re-

funfuñó el Almirante, que, respecto del matrimonio, no participaba de las ideas de la mayor parte de la gente de su profesión.—Dicen que se ha dejado lindamente pescar por esa señorita Douglas, muchacha de ojos negros, pelo negro y todo lo demás negro. ¡Dios me condene! Muchacha que monta en el parque una yegua también negra. ¡Eh, vive Dios! Podría él ser su padre... ¿Qué os parece?

—Digo que está rematadamente loco,—replicó el llamado Ilustre Espada con una mirada de soslayo y cierto rechineo que descubría los amarillos raigones de sus encías.—Un hombre como Saint Joseph debería ser más listo.

—Eso es conforme se mira,—siguió murmurando el Almirante.—A fe mía, caballero, si yo fuese bastante idiota para casarme, ¿creéis que tomaría por mujer á una vieja loca conocedora de todas las marrullerías del matrimonial juego? No, no señor. Lo más acertado es juventud é inocencia. Buen estado sanitario y buen viento... dan travesía agradable... Esa es mi opinión.

—La mía es que maldita la juventud y la inocencia que queda á la futura de Saint Joseph—respondió el famoso é Ilustre Espada.—Si es la muchacha que decís, ha sido acosada de cerca, á mi ver, durante las tres últimas estaciones, y supongo que nuestro amigo es la última fortuna que le queda... Será él una esperanza perdida, como decíamos en mi tiempo, cuando yo era abanderado. Tiene cierto caudal y podría obtener algún mando, pues cualquier cosa puede esperarse de este gobierno... Creo que sería el Ministro capaz de confiar un mando á un barrendero de la calle, si estuviere seguro de que el barrendero era absolutamente incapaz de desempeñar el empleo.

—¡Vayan al diablo los destinos!—juró el Almirante.—Vaya, vaya, bastante tendría que mandar Saint Joseph á su mujer... Es una embarcación del diablo, y quiero que me ahorquen si con sus negros ojos no inclina demasiado cerca del viento y no gobierna tan aturdidamente como suele suceder en el mar. Pero, ¿qué hay de nuevo?.. ¡Tomás! Traedme *El Globo*. ¿Qué sucede hoy para que los periódicos de la noche lleguen tan tarde?

La aparición de las hojas políticas esperadas con impaciencia hacía rato, cambió instantáneamente el giro de las conversaciones, y antes que el General Saint Joseph hubiese podido llegar al extremo de la calle, sus compañeros y amigos le habían completamente olvidado.

Este seguía creyéndose siempre, y principalmente ahora, el más bienaventurado de los hombres. Lo creía sin ser así, porque la dicha consiste ciertamente en la calma y en la tranquilidad, en el sueño y no en el delirio, en el descanso de que goza el enfermo y no en los accesos de calentura. ¿Puede considerarse dichoso un hombre que no se siente nunca tranquilo? ¿No es el bienestar incompatible con la angustia, la pérdida del apetito, los estremecimientos nerviosos, el vértigo, las impresiones súbitas y tantos otros síntomas de esos que forman el invariable cortejo de un mal rebelde á píldoras, pociones y medicamentos, no cediendo más que en virtud del homeopático tratamiento del matrimonio?

A ese desesperado remedio deseaba acudir cuanto antes Saint Josephs. Su delicadeza era, sin embargo, siempre esquisita, y desde el memorable paseo por los jardines de Kensington, durante el que había impuesto á Blanca Douglas tan pesada carga de agradecimiento, su conducta era más bien la de un amigo que de un enamorado, ó mejor dicho, era la de un súbdito leal y muy afecto á su soberana. Ella se admiraba de que el General no le hubiese preguntado nunca en qué había empleado tanto dinero, y de que, cuando recaía alguna alusión sobre este punto, se estremeciese él y retrocediese como si le pusieran el dedo en una llaga viva.

Una vez había ya estado ella á punto de decírselo todo. Se encontraban en un palco en la Ópera, acompañados de una pareja muy poco incómoda y que no se ocupaba de ellos. Deseaba Satanella hacer una declaración en forma, aliviar su conciencia, y tal vez, lo que hubiera sido una determinación injusta y cruel, sacudir el yugo que sobre sus hombros pesaba. Hasta había empezado á decirle: «Nunca, General, os he manifestado más que á medias...» Pero en aquel momento llamaron á la puerta del palco y entró un dandy de irreprochables modales. Hubo entonces las naturales mues-

tras de cortesía, una risotada general por lo que se representaba, luego chicheos, y la ocasión oportuna vino á perderse. ¿Tendría nunca valor para buscar otra?

Sea lo que fuere, ella apuraba cada día más la paciencia del que le adoraba, burlando su solicitud, su ternura y su afección caballeresca. Aunque jamás insistía él en este punto, parecía cosa indiscutible que eran ambos prometidos. Ella le había prohibido ir á verla antes del lunch, pero él pasaba las tardes en el salón de su ídolo y aun de tiempo en tiempo era recibido por la noche, cuando una anciana señora, supuesta prima de Blanca; se encontraba allí para desempeñar el oficio de dueña. El paseo por los jardines de Kensington no se había repetido, y el General sufría en el fondo del alma, pensando que había sido preciso para conseguir aquel favor que Blanca hubiese tenido que pedirle á él otro muy grande.

Si hubiese sido él más exigente, ella hubiera tenido menos remordimientos; pero la paciencia y el buen humor inalterable de su amante la exasperaban contra sí misma.

—¡Qué mala soy y qué irracionalmente me porto!—decía echando sus cabellos atrás y mirando con fruncidas cejas su imagen reproducida por el espejo. No tengo entrañas, ni corazón, ni nada de mujer. ¡Ah! ¡quisiera haberme muerto!... ¡quisiera estar muerta!...

Había perdido aquellos brillantes colores de otro tiempo; sus ojos eran cada vez más profundos y empezaban á parecer demasiado grandes y tristes entre los párpados negros.

Oír cantar á Satanela era para el General el mayor de los placeres, y ella no se lo concedía sino por la noche. Cuando invariablemente la anciana prima se dormía y estaba él sentado en una butaca con el rostro oculto detrás de un periódico, insistía ella para que permaneciese en aquella actitud, no permitiéndole nunca venir á apoyarse en el piano, volverle las hojas de una melodía, ni imponerse ningún trabajo corporal ó de espíritu capaz de romper el hechizo... ¿Quién podría decir las doradas visiones de que gozaba el corazón de aquel soldado envejecido en los combates, mientras que, echado en su asiento, oía con éxtasis los acentos de la voz amada?.. ¿Quién podría contar sus sueños de futura dicha do-



mística y de alegría pacífica en un porvenir tranquilo y sin nubes, cuando el tiempo de los terrores y de las dudas habría pasado y aquella radiante criatura fuese enteramente suya?

Pero ¿se había explicado él alguna vez por qué razón, en ciertos cantos, la voz querida vibraba con una dulzura muy semejante á una queja, antes de cubrirse con un acompañamiento de notas brillantes y sonoras que hacían toda reconvencción imposible, y cuando la melodía bruscamente interrumpida era sustituida por otra menos llena de recuerdos y de pensamientos penosos? Al suceder esto, el General no aventuraba observaciones ni conjeturas, feliz con someterse á todos los caprichos de la mujer que adoraba, sometiendo en todo su voluntad á la suya, y sacrificándole sus deseos, su orgullo y hasta su dignidad misma.

Nada había venido á turbar por algún tiempo aquella quietud relativa del General, y éste seguía el camino que se había trazado con una perseverancia digna de ser coronada por el éxito. En público, la gente se volvía y cuchicheaba viéndole dar el brazo á la Srta. Douglas, y cuando se encontraba en su casa, á la hora de costumbre, todos los días, decía frases llenas de lugares comunes y bebía mucho té, mientras que, entregado á sí mismo, se preguntaba cuánto había de durar aún el tiempo de prueba. Se resolvía, sin embargo, á moderar su impaciencia, á contener su mal humor y á tener calma hasta lo último, si la recompensa que ambicionaba sólo podía conseguirse á tal precio.

Después de haber salido Saint Josephs de su club, cruzó rápidamente Mayfair sin sospechar que le seguían la conmi-seración del Almirante y los sarcasmos del llamado Ilustre Espada, llegando á la muy conocida calle que le parecía ahora tan hermosa como un paseo del paraíso... El barrendero le bendecía con entusiasmo, y así que le veía venir res-tregaba con fuerza las losas de la calzada, porque el General no dejaba nunca de darle una moneda de seis pences al pa-sar y hasta en algunos días privilegiados añadía un shilling al regreso.

Pero aquel día, aunque tuvo la mano en el bolsillo y la

acostumbrada ofrenda entre el pulgar y el índice, el generoso General, parado en medio de la calle, inmóvil como una estatua, no veía siquiera el estropeado sombrero que el barren-dero le presentaba. Un carnicero que pasaba con su carro y con la cabeza descubierta, detuvo á su caballo gritando:

—¡Cuidado, imbécil! ¿Tenéis necesidad de toda la calle para vos solo?

Y después de rozar las ruedas de su carruaje con los faldo-nes de la levita del antiguo oficial, siguió su camino en me-dio de risas y chanzonetas groseras.

Pero ni aquella acción ni aquellas palabras pudieron dis-traer al General del espectáculo que le hacía perder la sereni-dad de su alma.

—¡Todavía esa maldita yegua negra!—murmuró con las mejillas pálidas y apretando los dientes.—Es preciso que es-to acabe de una ú otra manera. Pero ¡tenemos calma! No puedo ganar la partida más que á fuerza de valor y paciencia, y no he de echarlo á perder ahora en que todo está dispues-to para un término inmediato.

La yegua negra estaba parada delante de la puerta de la casa de la Srta. Douglas, y un palafrenero se disponía á llevár-sela, siendo evidente que Blanca la había montado aquella mañana en el Parque.

¿No hubiera debido decírselo ella y pedirle que le acompa-ñase como de costumbre? ¿Debía ella tener secretos para él ahora? Pero ¿estaba él realmente más enterado de su vida interior, de sus pensamientos y deseos íntimos que lo había estado tres meses antes? Ciertamente no obraba aquella joven como debía, no teniendo confianza en su tan prudente prome-tido.

Así pensaba el General y se sentía entonces herido é irri-tado. Sin embargo, apelando al imperio que sobre sí mismo ejercía, subió los peldaños de la grada del vestíbulo, y aun lo hizo con paso seguro y frente serena, lo que ciertamente redunda hasta cierto punto en elogio suyo.

—La Srta. Douglas se está vistiendo — dijo la criada, —porque ha ido á dar un paseo á caballo esta mañana. Si el señor quiere tomarse el trabajo de sentarse y recorrer los

periódicos del día, la señorita ha dicho que sólo estaría visible para el General.

Era irritante esperar; pero lisongero saber que sólo á él recibía. El General se sentó pues, cogió un periódico y se puso á leer con distracción en la página de anuncios una prolija lista de artículos de novedades de lencería con una descripción de trajes de novia y otras prendas para uso de las familias, géneros ofrecidos por cierta casa del centro de la ciudad á precios muy inferiores á los corrientes.

## CAPÍTULO XXI

### UNA SERPIENTE ENTRE LA HIERBA

El roce de un vestido de seda en la escalera no tardó en sacar á Saint Josephs de su actitud meditabunda. Quiso lanzarse á recibir á la que venía con demasiada lentitud, á su parecer; pero hizo esfuerzos para imponerse la calma de un visitador ordinario. Por fin se abrió la puerta, y... apareció la Sra. Lushington.

Claramente leyó ésta en el rostro del General el desagrado por el error en que había incurrido, y con cierta malicia mezclada de regocijo le dijo:

—Blanca estará aquí dentro de un momento, General; no temáis que os estorbe, me iré tan pronto como acabe de escribir una esquelita que me urge. Podéis entretanto ir pensando en todas las lindas cosas que tenéis que decir.

—¿Para repetíros las luego, señora?—preguntó riendo el General, que había recobrado ya su gracejo.—Será ciertamente una ocupación muy agradable para mí. ¿Queréis que empiece?

—Ahora no—respondió ella en el mismo tono.—Apenas tendríais tiempo, aunque supongo que si Blanca nos sorprendiese, no se enfadaría mucho. Es bastante generosa, y sabe además que puede tener en mí toda su confianza.

—Estoy convencido de que sois una verdadera amiga—replicó gravemente el General.—A la Srta. Douglas... á Blanca no le sobran las amigas, y espero que seréis siempre una de las más fieles y mejores.

Su interlocutora se sonrió con tristeza.

—¿Lo creéis realmente?—dijo tomándole una mano.—No podéis imaginaros cuánto me alegro de oiros hablar así. Yo creía que me juzgabais una mujercilla vana y frívola... como muchas otras.

Tal era quizás la opinión del General; pero no era aquel el momento de confesarlo.

—Muy diferente sería el mundo—respondió,—si supiésemos verdaderamente lo que nuestros amigos piensan de nosotros. Si fuese así, veríais cuán equivocada estabais al juzgar mis opiniones.

—Os creo, General—exclamó la joven.—Sé que sois la sinceridad misma, y estoy segura que jamás en vuestra vida habéis engañado á una mujer, no pudiendo yo comprender cómo pudiera una mujer tener corazón para engañaros... No tendría perdón de Dios tal ofensa y me plazco en creer que tampoco vos la perdonaríais.

La seriedad de estas palabras le pareció inexplicable y del todo fuera de propósito; pero estaba atento á la aproximación de Blanca, y replicó distraído:

—¡Es verdad! Ciertamente que no la perdonaría; aborrezco el engaño. Pueden engañarme una vez, pero es difícil que lo hagan dos.

—No me admiro que Blanca tenga empeño en mantenerse en vuestra buena opinión, sin embargo de no haber pasado su vida entre gente tan delicada—dijo la Sra. Lushington intencionadamente.—Pero silencio... ya viene. ¡Ah, General! No os cuidéis ahora de hablar conmigo ni me hagáis caso.

Antes de apartarse para ir á escribir su esquela en el saloncito contiguo, lanzó al veterano una mirada llena de sentimiento en la que se traslucía algo de alegría, algo de chanza y también mucho de interés tierno.

Era imposible no establecer un paralelo entre aquellos

modales amables y la actitud grave y fría de la Srta. Douglas, que entró más bien como una reina dispuesta á recibir á su corte, que como una joven amante y deseosa de estar al lado de su futuro señor.

Blanca había tenido siempre en grado notable una dignidad tranquila, así en el movimiento como en el reposo.

Era uno de los muchos hechizos que el General admiraba en ella, y sin embargo, de buena gana se habría pasado ahora sin aquella real sangre fría, que encontraba algo fuera de lugar, llegado el caso en que ambos se encontraban en sus mutuas relaciones. Le hubiera gustado ahora ver que su rostro altivo é impasible se sonrojaba, y aquel corazón honrado se oprimía al pensar que los ricos colores de la tez de su amada se habían marchitado de algún tiempo acá, y que el rostro, resplandeciente otras veces de brillante hermosura, estaba pálido y triste en aquel instante.

Quiso interrogarla, aventurar una queja ó aludir de una manera cualquiera al incomprensible estado de su alma; pero le desarmó la vista de las alteradas facciones de Satanella, y ella misma abordó la cuestión diciendo tranquilamente á su futuro que acababa de dar un paseo por el Parque con la yegua negra.

—¿No lo sentiréis?—preguntó confusa.

Y hablando así, se levantó para ir á correr una cortina.

(Se continuará.)





## REVISTA DE TEATROS

---

**L**A asidua y numerosa concurrencia que asiste diariamente al Teatro de la Comedia y la permanencia en los carteles de la escrita por Erchman-Chartrian, y traducida del francés por el Sr. Valdés, titulada *El amigo Fritz*, es una prueba incontestable del extraordinario éxito que ha merecido y justifica el que la crítica se ocupe de ella con algún detenimiento, no sólo por el reconocido mérito de la obra, sino por las, en nuestro concepto, oportunas consideraciones á que, con relación al teatro moderno, pudiere dar lugar.

\*  
\* \*

La manía de traducir es antigua entre nosotros, y así lo consignaba atinadamente *El Curioso Parlante* en uno de sus bien escritos y chispeantes artículos de costumbres que le conquistaron un envidiable nombre y una vida eterna en la república de las letras; pero para traducir bien una comedia exigía el inolvidable *Fígaro* las condiciones esenciales de «saber lo que son comedias, conocer el teatro y el público español, conocer el teatro y el público francés, saber leer el francés y saber escribir el castellano;» á las que nosotros añadiremos, con permiso de tan insigne escritor, las de tener amor al arte y no

escribir *pane lucrando*, cosa muy puesta hoy en moda, y que salva, al parecer, las dificultades que se oponen á traducir con honra y provecho, y las que venció Ventura de la Vega en sus tiempos y hoy vence el Sr. Valdés, por más que se limite á traducir sin entrar de lleno en la esfera del arreglo, que tantos lauros proporcionó al, siempre recordado con aplauso, autor de *El Hombre de mundo*.

Otras reflexiones se nos ocurren en armonía con el asunto puesto bajo la jurisdicción de nuestra pluma, y por cierto que no carecen de importancia, si se atiende á la predilección que merece el juicio emitido generalmente acerca de que el teatro, lejos de ser escuela de costumbres, palenque literario, certamen del genio y fecundo, verjel del talento, de la literatura y del arte, se le considera sólo como una diversión pasajera que nada deja en pos de sí, ni siquiera el nombre de los que conquistan con su pluma y con su talento la admiración y entusiasmo.

Si así fuera, podríamos borrar de un golpe de las páginas de nuestra historia literaria y artística, impresa en los anales del teatro español, los nombres venerandos de tantos genios y tantos ingenios como le prestaron su brillo y le rodearon de una brillante aureola cuyo valioso esmalte no pueden entibiar las numerosas aberraciones y el sinnúmero de intrusos que hoy figuran con carta de naturaleza dentro de su laureado recinto.

Si así fuera, sería necesario sumariar al público por el probado delito de prestar su unánime asentimiento á las producciones dramáticas puestas en escena con propiedad y exactitud, en armonía con la época y las costumbres, y á que los actores vistieran dentro de las mismas condiciones.

Y contra esta gratuita y aun ofensiva suposición contestan categóricamente los hechos contemporáneos que prueban de un modo fehaciente é inconcuso el aplauso entusiasta que tributa á las obras que se presentan con exquisita precisión y rigurosa exactitud, adecuadas á la época, á la acción, al lugar donde aquélla se desarrolla y al modo de vestirla, y los personajes que en ella intervienen: la aprobación que sin reservas manifiesta la crítica imparcial é ilustrada, y los he-

chos históricos que justifican sus razonamientos, entre ellos el no lejano de haber designado, por los años de 1840 á 1842, la empresa del ya derribado teatro de la Cruz como director histórico de la compañía al concienzudo é ilustrado actor D. Pedro González Mata, con el fin de romper de una vez con el intolerable anacronismo é incomprensible desbarajuste que entonces se notaba (y que, dicho sea de paso, no ha desaparecido por completo), ni el modo de presentar las obras, que acusaba falta de inteligencia en los actores y autores, y en el público escasez de criterio al no censurar una falta y una omisión tan palmaria como injuriosa al progreso, la cultura y la ilustración que ya se hacía sentir visiblemente por aquel entonces. Por fortuna, la aceptación general con que aquella mejora teatral fué recibida, convenció á cuantos lo dudaban, que el teatro, lejos de ser una diversión fútil y pasajera, ataca directamente á la inteligencia y al corazón y abre sus puertas á los adelantos de la industria y de las artes, sin que por esto se crea que nosotros somos exclusivos protectores del aparato escénico como única base y sólido fundamento de las representaciones teatrales, sino, por el contrario, lo conceptuamos como complemento de toda obra dramática, por sencillo que sea su argumento y trivial su acción.

Así lo ha comprendido la cada día más admirable y digna de aplauso dirección artística de Emilio Mario, que ha presentado á *El amigo Fritz* con una verdad, propiedad escénica en todos sus extremos y detalles dignos del mayor y más justo elogio, probando prácticamente la verdad de todo cuanto en este asunto dejamos dicho.

No es esta la única gloria que le cabe á tan inteligente actor; mayor y más legítima lo es á todas luces el habernos proporcionado el placer de saborear las bellezas que contiene la comedia de Erchmán Chatrián, modelo de obras de este género, dentro de las condiciones esenciales de la comedia, que se denomina de caracteres, y ejemplo digno de estudio para toda esa juventud cosmopolita de los teatros por entregas, la que, á semejanza de un meteoro, arroja sobre la escena una luz fugaz y débil, que pasa rápidamente sin dejar



huellas y señales ni otro recuerdo de su existencia que su continuidad estacional dentro de esa reducida y raquítica esfera en la que sólo se divisa la contaduría cubriendo los esplendores del arte y de la literatura.

Dedicada á traducir *calamo corrente* las obras francesas de menos fondo y ménos mérito, lleva su hidrópico afán hasta el lamentable extremo de traducir también ó copiar literalmente las debilidades de las eminencias políticas, los desfallecimientos de las situaciones de la misma índole, los defectos y vicios sociales, estos últimos, más por el lado de la apoteosis que del ridículo, y convertir al actor en un muñeco que caracteriza, y no un sér que ejercita un arte; y con el auxilio de un poquito de música, el decorado y el atrezzo, convertir el teatro en un panorama de cuadros disolventes ó en un salón de figuras automáticas. *El amigo Fritz* es, por el contrario, una traducción perfecta, castizamente dialogada, digno trabajo del original, que es un modelo, como antes indicamos, de la genuina comedia de caracteres.

Una acción sencilla, natural, lógica, que se desarrolla por sí misma sin más impulso que el contraste de los caracteres perfectamente dibujados y magistralmente sostenidos hasta el final, que resulta espontáneo, real, verdadero y verosímil como toda la obra dramática, sin que en ella se noten otros resortes ni otros móviles que los propios de todo acto humano, son los materiales que han allegado los autores á su composición, logrando un resultado digno de su objeto, que no debe haber sido otro que el presentar un hecho real y propio de la vida social, teniendo muy presente lo que al público se debe y el límite donde nuestras clases de composiciones debe llevar el naturalismo en el arte y especialmente en la literatura dramática, cuidando muy bien con exquisito tino de no traspasar los jalones de la comedia, aserto que se prueba con extrema facilidad.

Los que opinan que el naturalismo estriba sólo en presentar las escenas más repugnantes de la vida social revestidas con el aparatoso lujo del cinismo, descaro y desvergüenza, sin ceder al sagrado deber de ocultar en los senos más recónditos del alma esos accidentes que repugnan y avergüen-

zan, esas frases que no por ser reales y usadas con frecuencia enrojecen el semblante de cuantos las escuchan y que no son permitidas por la educación, el decoro y la cortesía ni aun en los actos de la vida privada más íntima, sin faltar á ese respeto mutuo que todos nos merecemos y tenemos derecho á exigir siempre. Los que así opinan, repetimos, hubieran convertido al protagonista de la obra, de suyo honrado, franco, caritativo, leal con sus amigos, benévolo con todos, que goza de la vida del celibatario sin contrarrestar sus instintos honrosos ni correr en brazos del vicio, armonizando la vida del placer con el cumplimiento de los más estrictos deberes que el hombre debe cumplir en el mundo social, le hubieran presentado, repetimos, como un libertino, ébrio, jugador, lascivo y rodeado del cieno de todas las pasiones y de todos los vicios, y en vez de confesar franca y lealmente su amorosa pasión hacia Zuzel, que despertó en su alma las dormidas impresiones de su amor, sentido á semejanza de como el hombre observa, adquieren vida y ser en su espíritu, facultades latentes que para él hubieran sido eternamente desconocidas si una chispa eléctrica no las hubiera encendido, lanzándole á una esfera que quizás sin el desarrollo de esas mismas facultades hubiera permanecido huérfana de una eminencia social, política, artística, industrial ó financiera, en vez de haberse arrojado en sus brazos confesando su delirante pasión, hubiera huído, no como huye aherrojado por el exceso de amor propio, innato en todo hombre de verse vencido por un afecto pueril como le califican la mayor parte, si no todos los célibes contumaces y los descreídos de amor, sino después de haber satisfecho sus lúbricos deseos, ó bien le habrían lanzado sus autores en brazos de un amor mercenario que apagase la hermosa llama de un amor honrado, haciendo de la inocente niña, que siente un amor puro, inocente y sincero, y de Cristhel su padre, honrado y laborioso agricultor, dos víctimas inocentes de su amor y su honradez.

El rabino David, que por su edad ha convertido sus convicciones morales respecto del matrimonio en una monomanía casamentera, que por su experiencia del mundo y su conocimiento del corazón humano, resulta algo malicioso, con-

vencido de que sus pronósticos respecto á los amores de Zuzel y Fritz darán el resultado natural de dos corazones que saben sentir y saben amar, hubiera sido, ó un demagogo recalcitrante ó un predicador de moral á espuestas—como vulgarmente se dice,—que hubiera pecado de ridículo ó de repugnante. Los dos amigos Hanezo y Federico, parásitos del mundo, que sin ser refractarios á la virtud ni á la moral, cifran su bello ideal en disfrutar de los placeres de la vida sin tocar los límites del escándalo ni traspasar los respetos de la amistad ni del decoro, serían dos seres repulsivos, que en lugar de huir cuando ven la unión de los protagonistas, temerosos de que se cumpla la predicción del Rabino, hubieran tratado de desbaratar sus planes, desunir á los amantes sacrificando su agradecimiento y cariño á los placeres de su estómago, proporcionados por el amigo Fritz.

Catalina no sería la sirvienta fiel, honrada y amante de la familia, que la consideró como individuo de ella, sino la mujer egoísta que ve con repugnancia el bien de su señor porque le quita su comodidad, posición independiente en la casa y los fueros de dueña y señora absoluta.

El amistoso y fraternal banquete, le veríamos convertido en una orgía solteril como muchas presentadas en el mismo teatro en temporadas anteriores; la escena del pozo no tendría el tinte inocente, sencillo y hermoso que constituye su más saliente matiz; la de las guindas, habría escandalizado; el final de la obra, en la que Zuzel se arroja en los brazos de su padre al confesar su amor, podría haberse trocado en uno de esos finales horribles que dan carácter á las producciones dramáticas, y en fin, el idilio se vería convertido en tragedia moderna, al uso de la escuela realista contemporánea.

No faltará quien diga, que tanto de naturalismo tendría lo uno como lo otro, y es verdad; pero tampoco negará, quien así discurra, que si el vicio tiene derecho para presentarse con su brillante aparato en la escena española, no se le puede negar á la virtud el mismo derecho, con la diferencia que esta rejuvenece el espíritu, ennoblece los sentimientos del alma, corrige y enseña; y aquél halaga las pasiones de los que no comprenden sino lo que ven, sin deducir las conse-

cuencias como en la obra que nos ocupa se pueden deducir, y dan ocasión á una aprobación tan unánime, como fingida de los que, viéndose retratados, prefieren manifestar su asentimiento á declararse vencidos.

El desempeño ha estado en proporción directa con la obra y con la inimitada verdad en el modo de presentarla.

Cepillo ha llenado un hueco que se notaba en nuestra escena; es el actor que conoce los preceptos del arte que cultiva; sabe decir y hacer, sin acudir á resortes gastados, que alejan al actor de la pintura exacta de los caracteres.

Mario ha sabido probar una vez más lo que vale como actor y como director, en el difícilísimo papel encomendado á su cargo.

La Tenorio..., de esa notabilísima actriz, cuanto dijéramos sería pálido; es la única que hoy recuerda las que con tanto aplauso pisaron la escena.

La Sra. Arnau, Rosell y Rubio, han sentado en esta comedia el axioma que una cosa son los tipos y otra los caracteres, y que en los papeles característicos y cómicos no se deben emplear, ni voces huecas, chocarrerías y ridiculeces, más propios de histriones que de verdaderos actores.

El conjunto que ofrece la obra en sus diferentes escenas, puede compararse dignamente á uno de los más inspirados lienzos de Theniers.

\*  
\* \*  
\*

Pasando del Teatro de la Comedia al Español, también vamos á dar cuenta del drama titulado *El desheredado*, original del muchas veces aplaudido escritor D. Valentín Gómez.

Gran número de observaciones contenidas en el párrafo anterior, convienen á la obra que, siquiera sea brevemente, nos va á ocupar; pero no ha de ser esta circunstancia obstáculo para profundizar la materia; sino que, por el contrario, tenemos el propósito firme de consignar cuanto nos sugiera el estudio de la última producción debida á su fecunda pluma.

Es Valentín Gómez uno de los autores dramáticos corta-

dos por el patrón de los que dan á la escena producciones dramáticas del género de las de *El amigo Fritz*; sus condiciones como escritor, sus ideas, sus tendencias, su modo de pensar y su modo de ser, le llevan de buen grado y sin violencia á ese terreno suyo propio, como lo demuestran sus anteriores producciones.

Impregnado de la idea de que el teatro tiene otro objeto que el de divertir y horrorizar, sin más aditamentos ni condiciones, dedica sus trabajos con preferente atención á las desigualdades é injusticias que se notan en la sociedad, á los afectos y pasiones de que es víctima la especie humana, á los desfallecimientos que se notan en los actos de la vida, á la idiosincracia que distingue á los seres y á los vicios (llamémoslos así), faltas é imperfecciones de que estamos revestidos los mortales, y á los hechos que engendran y mantienen vivos estos accidentes, circunstancias y condiciones peculiares de la vida y de la humanidad.

Firme en su propósito, consecuente en su idea, ha pintado ó ha querido pintar en *El desheredado* todo el orden social, moral, y si se quiere también el religioso, y lanzar sobre el protagonista el anatema que le envía el mundo en castigo de su acrisolada honradez, reconocida virtud, esencial buena fe y decidida voluntad; pero al desarrollar la acción no ha tenido en cuenta la lucha que quizá sin advertirlo entabla en esta como en algunas de sus obras; pero más esencialmente en ésta, entre sus convicciones y propósitos, y la escuela moderna realista, naturalista ó como den en llamarla sus prosélitos y pontífices que él rechaza y á la par quiere seguir, ya sea ávido de gloria, ya ganoso de combatirla con sus propias armas, porque otro fin no se puede suponer en el aplaudido autor de la *Novela del amor*.

De aquí resulta que, después de una exposición bellísima en todos conceptos; después de presentar caracteres delineados de un modo magistral; después, en fin, de un plan hábilmente y de superior manera dispuesto, la obra con tan buenos augurios concebida venga abajo lastimosamente en el tercer acto, á cuyo final ha sacrificado todos sus esfuerzos, por rendir parias al uso moderno de hacer comedias, que no

ha producido ni podrá producir nunca el resultado apetecido.

Habiendo seguido la senda que se trazó, ó por mejor decir, la que le trazaba el desarrollo de la acción, el protagonista hubiera llegado rodeado de su justificada abnegación dentro de su carácter hasta un fin esencialmente dramático y quizá terrorífico, por sus pasos contados, lo que, y naturalmente sin acudir al medio violento y contraproducente de falsear por completo su carácter, sin comprender que en toda composición en que los caracteres son su principal elemento, falseado uno, y especialmente el de protagonista, ó la comedia desfallece en el primer caso ó se hunde irremediablemente en el segundo, como aquí ha sucedido, por más que el público haya hecho justicia á lo castizo del lenguaje y reconocido también el ingenio y admirable manera de hacer que resalta en todo el drama, y lamentando la equivocación que le ha impedido figurar en el cartel muchas noches consecutivas.

Si el Sr. Gómez hubiera seguido el cauce de la lógica y de la verosimilitud, dejándose arrastrar por el carácter del protagonista, que se agita á los impulsos de una voluntad firme, pero no enérgica, inspirada por un sentimiento de honradez acrisolado é inmanente en su espíritu, hubiera arrostrado con calma las consecuencias de esa cualidad que no rechaza el ímpetu ni la energía; pero que, perseverando en sus propósitos hasta el fin, cuando se hubiera contemplado sumido en la última etapa de la desgracia, consecuente, con la consecuencia que lleva consigo la firmeza de voluntad, que no choca por todo, y que si cede en las cosas pequeñas, en las importantes y de trascendencia sigue impertérrita su camino, hasta que, llegado el momento crítico, se lanza como torrente impetuoso, sin que nadie pueda contenerla ni resistirla, entonces hubiera llegado á una hecatombe final, natural y posible intrínsecamente, y no al que hoy nos ha presentado, inverosímil y antilógico á todas luces.

El cambio que el principal personaje del drama experimenta, la transición de la honradez á la perfidia es un lunar que oscurece las bellezas de la composición, emborrona el cuadro y mata por completo las tendencias del drama.

El desempeño, por parte de la Sra. Tubau y de Catalina y

Vico, merece especiales elogios; los tres rayaron á grande altura, y los demás ayudaron al éxito que merecía *El desheredado* en su primera representación.

La falta de espacio nos impide extendernos más en este punto.

\* \* \*

En el Real han desaparecido las nubes que ocultaban su tradicional esplendor. La Fides de Uríes y la Pasqua son los astros que han iluminado su casi oscurecido espacio, ayudados del buen tino y acertada manera en conjurar el conflicto (que se hacía grave) adoptado por el nuevo empresario Sr. Michelena.

La primera es una actriz notable bajo todos conceptos; sus ademanes, gesticulación, modo de expresar sus afectos, es admirable; no necesita decir lo que siente; basta que lo exprese con la acción para comprenderlo perfectamente; en el *Fausto* tuvo momentos que hubieran envidiado las más eminentes trágicas del teatro contemporáneo. Cantando suple con inimitable maestría las deficiencias de su órgano, sobre todo en las notas altas, y sin embargo, en el terceto final de la creación de Gounot, estuvo como cantante á gran altura, ayudándola á maravilla Massini, Batistini y Silvestri. Si buen éxito consiguió el *Fausto*, grandioso fué el de la *Favorita*. La Pasqua se presentó de nuevo en el regio coliseo haciendo una Leonora de primera fuerza. Massini, como siempre, inspirado y solemne. Batistini adelantando visiblemente cada día, y Rapp, recientemente contratado, completando el cuadro, que resulta perfecto.

La concurrencia peculiar de dicho teatro, al comparar el aspecto que presentaba en la primera representación de la *Favorita*, con el que se ofrecía á nuestra vista en noches anteriores, nos pareció uno de esos hermosos paisajes que pinta Sala iluminados por los esplendentes rayos del astro rey.

\* \* \*

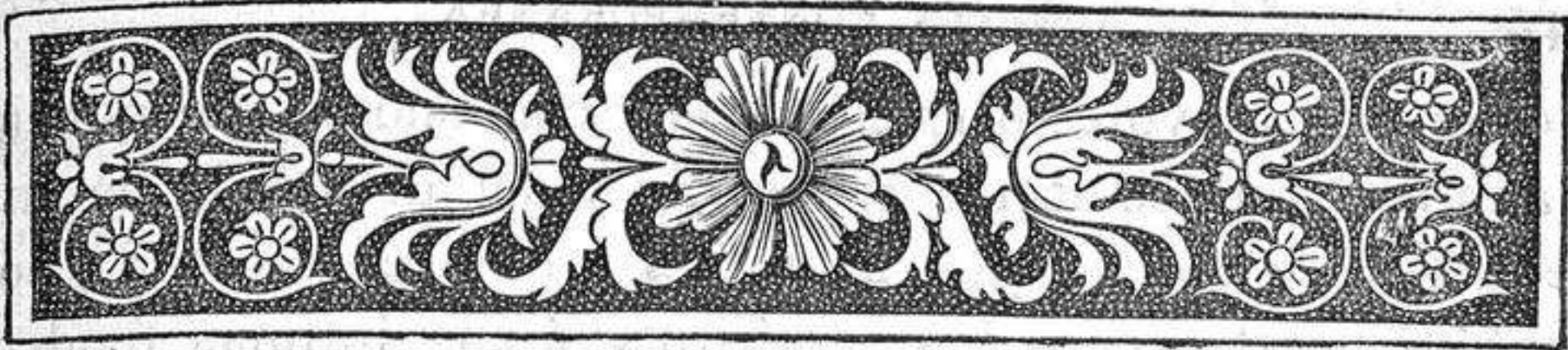
En los demás teatros nada nuevo. Variedades y Eslava, muy concurridos y muy celebradas las dos obras nuevas *Los Matadores* y *Medidas sanitarias*, que interpretan los actores de ambas compañías con mucha vis cómica. En Lara *El Juego de prendas* se aplaude como en su estreno, gracias á el admirable desempeño que se debe á la Valverde, Romero, Arana, Romea, Viñas, Mesejo, padre é hijo, Balada, y todos los actores de tan escogido cuadro de compañía. En la Zarzuela se puso en escena *El Tesoro escondido*, y la revista política *Doña Flamenca* ambas merecieron aplausos.

En Apolo después de *San Franco de Sena* se reprodujo la obra de Trigo y Fernández Caballero *Las nueve de la noche*, la que no hemos visto aún. En Martín se estrenó un juguete titulado *A la cuarta pregunta*, y en Price dos nuevos que tampoco hemos visto, y de los que daremos cuenta en la próxima quincena.

RAMIRO.







## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**D**ECIDIDAMENTE una cuestión al primer aspecto baladí y en verdad de gran trascendencia, la cuestión mal llamada de los estudiantes, tiene el tristísimo privilegio de servir hoy de exclusiva bandera á las políticas disensiones.

Todos los elementos de oposición al Gabinete se han dado cita en la calle de San Bernardo, presentando la gran batalla al actual Gobierno en el edificio universitario cuyos claustros debieran solamente ser eco de las serenas especulaciones literarias del aula, ó cuando más, de las pacíficas argumentaciones mezcladas en todo caso con las humorísticas travesuras ó alegres chanzas de la juventud bulliciosa.

Hemos estudiado el origen del conflicto; hemos leído diariamente las narraciones de los periódicos; hemos seguido paso á paso el desenvolvimiento de los sucesos, y confesamos ingenuamente que, si hubiésemos tenido que juzgar y admitir á la ligera todas las noticias que como verídicas se nos vendieron, todas las exageraciones que en España y en el extranjero se han propalado, todos los rumores que á nosotros llegan, y los titánicos esfuerzos que se han hecho y se hacen para *crear atmósfera* y arrastrar la opinión, estaría-

mos hoy en mayores perplejidades y confusiones que nunca, y aún dudaríamos acerca del origen y del desarrollo de una verdadera rebeldía cuyos aparentes promovedores son, por punto general, ajenos á su espíritu y á sus íntimas tendencias.

Nos hemos visto rodeados de esos alarmantes *extraordinarios* que publica el mercantilismo de baja estofa, y nos persiguieron artículos de sensación y palabrería rebuscada como los que el espíritu de la discordia inspira, y suelen ser síntomas inequívocos y precursores de ciertas crisis solemnes en la vida de los pueblos.

¿Qué desquiciamiento es este de la prensa, que prescinde y hasta reniega de los más rudimentarios principios del buen sentido? ¿Sería cierto, como afirma Girardin, que llaman algunos libertad de imprenta á la falta de respeto á la religión, á la ley y á la verdad, al desprestigio de las instituciones, al oscurecimiento de los hechos, á la sistemática impugnación de los Gobiernos, á la propaganda de todos los escándalos, á los afanes de especular con la vergüenza y el error, prodigando injurias, difamaciones y calumnias?

Tenemos, sin embargo, para orientarnos en tan laberínticos datos el tradicional hilo de Ariadna: los fieles consejos de la lógica. Acudamos, pues, á la más estricta imparcialidad y á las deducciones más intachables. Es el mejor medio de aclarar las dudas; y así, siguiendo las enseñanzas del racionio, veremos abrirse los turbados horizontes y disiparse las nieblas de lo ignorado.

\*  
\* \*

Dejemos á un lado la pasión y la política, no consultando más que los hechos y el sereno juicio de la conciencia.

¿Cuál es el origen del conflicto?

Un catedrático libre-pensador de la facultad de Filosofía y Letras recibe el encargo de escribir el discurso que ha de leerse en la Universidad Central en el acto solemne de apertura del curso académico. Téngase en cuenta, como premisa de importancia, que si bien el discurso de apertura corres-

ponde por turno á cada una de las diversas facultades, el rector lo encarga al catedrático por él elegido, y anótese que en esta circunstancia el disertante nombrado es precisamente un libre-pensador de ideas diametralmente opuestas á las que profesa el Ministro de Fomento, que ha de presidir la ceremonia.

¿Hubo aquí inicial error, simple descuido ó ignorancia imperdonable? ¿Hubo reto con deliberado propósito de provocar la lucha? Lo ignoramos y no queremos creerlo. Lo cierto es que la oración inaugural pareció, sin duda, buena á la autoridad académica que, por la confianza del Gobierno, estaba llamada á dar esplendor y armonía al acto de apertura, en consonancia siempre con la situación política, la Constitución y las miras del Estado.

El discurso, que personas doctas califican de pobre, sin conceptos brillantes, sin originalidades de alto vuelo ni grandes rasgos de talento del que en aquella ocasión solemne llevaba la voz del claustro; el discurso, que tenía las pretensiones de sintetizar el saber de unos profesores que, en su mayoría, disienten de doctrinas basadas en trivialidades añejas, hubo de merecer una rectificación contundente del Ministro que allí, por derecho propio y como jefe jerárquico, ocupaba la presidencia. Recordóse oportunamente que no era lícito prevalerse de la toga ni de la libertad de la cátedra para atacar á mansalva los sentimientos que tienen su culto en los pechos españoles y predominan y predominarán todavía en todas las naciones cultas.

Ahogadas quedaron, con los aplausos del claustro universitario al Sr. Pidal, las afirmaciones que se califican de poco nuevas y poco selectas del pretendido egiptólogo al impugnar de soslayo la historia mosaica. El disertante pudo retirarse con la ilusión de haber alardeado de ser otro paladín de una ciencia que á oscuras deja á todos. ¿Sospecharía acaso que su insignificante discurso pudiera ser la primera arremetida contra la aplicación y el aprovechamiento de los escolares en el curso que se inauguraba?

La autoridad eclesiástica condenó más tarde el antireligioso folleto, y los periódicos nos hablan desde el día siguien-

te de divisiones entre los matriculados de la facultad de derecho. Aplaudían unos el acto de la condenación, otros al Sr. Morayta. No están probados los hechos ni aparece claro el principio de las protestas estudiantiles en los claustros de la Universidad. Dícese que se trataba de recoger firmas. No lo sabemos, y poco importa para el caso. Pero es evidente que uno y otro grupo, si tales grupos existieron, debían haberse respetado mutuamente, y aun más alto respeto del derecho correspondía al que se dijo defensor de todas las libertades y tolerancias.

De la repetición de estos hechos—que, repetimos, no están probados y aunque se prueben no legitiman los disturbios subsiguientes y la rebeldía escolar—arrancan una serie de actos inauditos que nadie legítimamente justifica ni siquiera se explica de una manera satisfactoria, sino atribuyéndolos á extraños móviles que sólo el razonamiento pondrá en evidencia.

¡Que unos estudiantes protestan en una forma y otros de diversa manera! ¿Qué inconveniente hay en ello? ¿Existe tal vez delito antirreglamentario? ¿Hubo extralimitación de derecho? ¿Para cuándo se guardan entonces las reclamaciones legales?

Lo único cierto es que los primeros tumultos en la vía pública, las primeras algaradas, tienen lugar delante de la casa del Sr. Morayta, á los gritos de los que se dicen defensores de la libertad de una ciencia que nadie públicamente disputa en igual forma.

\*  
\* \*

Ya tenemos á los estudiantes *en huelga*, sin que valgan para atraerlos á su deber las penas disciplinarias, las medidas que suponemos tomadas en el acto por el rector, auxiliado de los decanos, ni la voz influyente de sus profesores.

¿Cuáles son las primeras manifestaciones públicas de los rebeldes? Todos los periódicos están en esto acordes. Vivas y muertas contrarios á las instituciones vigentes en las calles de Hermosilla y Serrano, insultos y pedradas en la calle del

Almirante, vociferaciones contra los más sagrados objetos en la calle de la Madera Baja y delante de la redacción de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Más tarde habrán de repetirse las voces revolucionarias por las masas de *los huelguistas*, delante de las redacciones de otros periódicos desafectos al Gobierno constituido y republicanos.

\*  
\* \*

El motín que principió, según se afirma, por una protesta en contra y otra en favor del discurso de apertura, iba tomando carácter y buscaba fundamento aparente en motivos especiosos y necesariamente variables. Se pedía al principio el castigo de un compañero; se exigía luego la libertad de los alborotadores sometidos á la acción de los tribunales, atropellándose al mismo rector Sr. Pisa Pajares, enfrente del Gobierno civil, y las anteriores peticiones se retiraban luego para dar lugar á otras reclamaciones en favor de los fueros universitarios, y más tarde, contra los mismos catedráticos que no quieren ser solidarios de una protesta acerca de hechos de que no fueron testigos, y que no deben apreciarse por las simples afirmaciones de los que vocean.

Lo más singular es que los periódicos, que con fatal empeño han venido apoyando estos movimientos, nos dicen unos días que los perturbadores eran muchos, y otros días que eran en número escaso. Madrid entero tuvo ocasión de ver sus calles y plazas obstruídas por los que alardearon de su indisciplina.

Y no se diga tampoco que eran niños los manifestantes. ¡Vaya unos nenes! El más joven de los que estudian en las facultades tiene el grado de bachiller, que supone cinco años de segunda enseñanza, y el mayor número pasa de la edad que en todos los países se exige para el servicio de las armas. Precisamente los alumnos de los Institutos y de los colegios agregados no han tomado parte en la algarada, y han persistido hasta aquí en la asistencia á sus clases.

\*  
\* \*

¿Cuáles han sido los desafueros, las represiones gubernamentales contra las que tanto se declama por los instigadores y los amigos del conflicto?

Dícese que los estudiantes fueron arrollados por la fuerza de orden público en el instante en que salían tranquilamente de sus cátedras—¡después de tres días de tumultuarias *huelgas!*—desconociéndose la autoridad del rector, menospreciándose la dignidad de la toga, profanándose el santuario de la enseñanza y desalojando de la Universidad á los estudiantes á cuchilladas.

El caso es grave, sin duda alguna, mayormente cuando los profesores se disponían á terminar el motín..... Pero, ¿por qué hablan el Gobernador de Madrid, el Sr. Oliver, y también el público imparcial y testigos oculares, de calculadas provocaciones y de resistencia activa á todos los mandatos superiores? ¿Puede la Universidad amparar toda clase de rebeldías, sin que les sea lícito á los agentes de seguridad restablecer el orden público, arrestando y castigando á los sediciosos?.... ¡Lástima fué que algunos catedráticos no viesen idoneidad para hacer uso de sus paternales amonestaciones, ni se reconociesen con fuerza para imponerse con el prestigio de su cargo, sino tres días después de alborotos sin nombre, y en el momento preciso en que la autoridad armada se disponía á repeler la agresión con la fuerza!

Tal vez haya exageración en los relatos, y es de desear que así sea. Aplacemos el juicio hasta ver el resultado de esas causas criminales, tan ruidosamente incoadas, y de la información gubernativa que pocos días hace se pedía y ahora no se quiere, siendo objeto reciente de nuevos desórdenes.

Prescindiendo por un momento de los delitos y de todos los hechos punibles, ¿debe accederse con debilidad desmoralizadora á las peticiones de los escolares presentadas en forma tumultuaria? Ayer exigían asueto para dar lugar á manifestaciones políticas y antirreligiosas; más tarde no querían entrar en sus cátedras para ir á reclamar la libertad de sus compañeros acusados, y luego muchos futuros héroes del libre-pensamiento pretenden cohibir la libertad de pensar de sus superiores, empeñándose en que firmen ó no firmen el

documento que más les place. Mañana reclamarán lo que se les antoje ó volverán á ser inconscientes instrumentos de cualquier maquinación política ó financiera... ¿Puede darse mayor escándalo? ¿Cabría autoridad, si semejantes procedimientos bastasen para la consecución de todos los propósitos ó llegasen á influir siquiera en la ordenada marcha política de un Gobierno?

Lo indiscutible es que la autoridad no puede reconocer personas ni lugares inmunes y tiene el derecho innegable, decimos mal, el deber ineludible de sofocar todas las rebeldías en cualquier parte que se refugien y bajo cualquier forma que tomen.

\*  
\* \*

Algunos escolares de Madrid, según se anuncia, persisten todavía en su emprendido sistema de huelgas, dejando nuevamente huérfanas las aulas.

Han dirigido también los descontentos comunicaciones á los estudiantes de las Universidades de provincia y ciertos órganos de la prensa animan y empujan á todos con empeño para desarrollar, sin duda, un vasto plan de sediciones y disturbios. Parece que hay verdadero empeño en extremar á toda costa la justa resistencia iniciada.

Se hablaba con énfasis algún tiempo de cierta mano oculta. Ahora no hay lugar á dudas, siendo evidentes la procedencia y los fines de estos disturbios sin nombre, mirados con desvío y disgusto por todas las clases sociales. En una nación tan conmovida como la nuestra por inveteradas luchas y concupiscencias políticas, no se necesitan ojos de lince, dadas las premisas, para descubrir los esfuerzos continuos y las desesperadas luchas de determinados organismos reñidos con todo lo existente.

El motín de los nenes pudiera aun dar trabajo á las autoridades. ¡Lástima que la buena voluntad de los estudiosos se vea cohibida por los díscolos arranques de un compañerismo que bien pudiera llamarse complicidad si continúa por el mismo camino!

\*  
\* \*

No le faltan á ningún Gobierno medios de terminar de una vez la algarada.

Pero no basta que concluyan por ahora estas escenas que tan dolorosamente repercuten en la familia y en los pueblos aleccionados por las catástrofes pasadas. Es necesario encontrar eficaz y definitivo remedio á estos males. La causa es tal vez más honda de lo que parece, y será menester que se pongan antes en evidencia los móviles de los que solapadamente y á mansalva instigan la inexperiencia y enardecen los ánimos de una juventud siempre tan noble como incauta.

Estamos cansados de tumultos escolares del mismo género, aunque nunca de un carácter más político. Hemos presenciado los de 1865, de 1870, de 1873, de 1881 y de 1882 y otros, sin que hayan valido para reprimirlos los más expansivos programas de los Ministros que se llamaron Sardeal, Martos, Rivero y Ruiz Zorrilla.

No debe el desorden perpetuarse, ni pueden los gobernantes permitir que se atice de continuo la hoguera de nuestras desdichas, apelando, cuando convenga, á medios revolucionarios condenables que hoy más que nunca el país rechaza.

Combátanse enhorabuena noblemente los políticos y dispútense lealmente el poder. Tal es su eterna tarea. Pero afirmese el respeto de todos á las leyes que normalizan las situaciones, garantizando la paz y el trabajo.

No es extraño que, al calor de la vergüenza que en la frente produce la repetición de esos injustificables desórdenes escolares, que no han tenido hoy por base reformas de estudios, reglamentaciones nuevas, ni siquiera correcciones ni hechos de ninguna clase que pudieran afectar directamente á los alumnos levantiscos, no es extraño que haya vuelto á suscitarse el complejo problema de la centralización de la enseñanza. Tiene Madrid una atmósfera realmente caldeada y se vive aquí en un medio político á que difícilmente tienen fuerza de voluntad para sustraerse ciertos catedráticos en sus funciones de tales.

No son, pues, indignas de estudio ni ajenas tampoco al progreso científico, la ventaja y la desventaja de las centra-



lizaciones parciales. Sin embargo, no es difícil ver que el Gobierno tiene aún otros poderosísimos medios y eficaces recursos para el sensible caso en que el espíritu aventurero siguiera agitando y perturbando la masa escolar como ahora.

Y parécenos que, aun en la hipotética coincidencia de que algunos individuos del cuerpo profesional antepusieran miras egoístas ó exigencias de club á los deberes de su misión delicada, pueden dictarse medidas encaminadas á destruir todos los encastillamientos ilegales y á asegurar en lo sucesivo la tranquilidad y el honor de la patria.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---



REVIAS las funciones religiosas de costumbre en la iglesia católica y en el templo protestante, funciones á las que asisten siempre muchos diputados alemanes, abrió el Emperador Guillermo, hace pocos días, el Reichstag, leyendo el discurso del Trono.

Hay en este discurso unos párrafos que resumen la actual política exterior de Alemania, marcadamente pacífica. Dijo el Emperador:

«He invitado á los representantes de la mayor parte de las naciones marítimas para que se reunieran aquí y discutiesen los medios conducentes al desarrollo del comercio con el África, alejando todas las causas de perturbación que pudieran originarse de dificultades internacionales. La solicitud con que los Gobiernos interesados han aceptado mi invitación, prueba las disposiciones amistosas y la confianza que animan á todos los Estados extranjeros en favor del Imperio alemán.

»La benevolencia de estos Estados para nosotros procede de que reconocen que los triunfos militares que Dios nos ha concedido no nos llevan á procurar la dicha de los pueblos sino por medio de los beneficios de la paz. Siento una particular satisfacción al ver este hecho reconocido, y me alegro particularmente, al ver que la amistad que me une con los

Soberanos de Austria y Rusia, con los cuales estoy ya ligado por tradiciones de familia, por el parentesco y la vecindad, ha podido quedar una vez más afirmada en Skierniewice, de tal manera, que puede considerarse como cierto que no se turbará en mucho tiempo. Gracias doy al Omnipotente por esta certidumbre, y por la garantía que es de una paz sólida y duradera.»

Estas declaraciones categóricas han sido acogidas con agrado en toda Europa que no puede ciertamente alarmarse de la solidez de esa alianza de los tres Imperios sobre la que tanto se ha disertado.

Ningún ataque serio puede sufrir del exterior el orden europeo establecido por el Príncipe de Bismarck en 1871. Tiene Alemania la preponderancia militar y política que sus victorias le han conquistado, y ha unido hoy las fuerzas de Austria y Rusia á las suyas, figurando á la cabeza de la nueva liga monárquica. Si alguna nube subsiste, está hacia las costas de Inglaterra, donde opuestos intereses coloniales se dibujan.

Las elecciones que acaban de verificarse podrían inquietar á Ministros menos seguros de su propia fuerza que Bismarck. Es cierto que han consagrado el triunfo moral de los partidos extremos. El centro católico resulta el grupo más numeroso del Parlamento, y los socialistas han llegado á constituir una fracción muy notable. Però Bismarck sabe que los diputados católicos son conservadores de doctrina; sabe que puede contar con el concurso decidido de 104 conservadores netos y con unos 50 liberales cuyo concurso sabe en casos dados comprar por medio de concesiones políticas ó personales. Y, en último término, para resistir á las imposiciones del Parlamento, el Canciller del Imperio cuenta siempre con la confianza de la Corona, con la fuerza, ley suprema que le ampara.

\*  
\* \*

La conferencia de Berlín despierta desconfianzas en la prensa inglesa.

No nos extraña. Es la vez primera que las cuestiones co-

loniales han de ser falladas por un tribunal distinto del de la Gran Bretaña, y la conferencia de Berlin es síntoma innegable de que Europa se cansa ya de su sumisión á la potencia que viene reivindicando la supremacía de los mares.

Habiendo Bismark obligado á Lord Granville á ocupar una silla en la conferencia, queda sancionado el derecho que tiene Europa á ingerirse en el dominio colonial, dominio que la tradicional política de los torys y de los wihgs miraba como patrimonio exclusivo de Inglaterra. Así se lamenta el *Times* y exclama: «El verdadero objeto de la conferencia es manifestar al mundo entero que la Gran Bretaña está entera y radicalmente aislada.» La conferencia de Berlín es el desquite de la última conferencia de Londres, y no deja de indicar á los orgullosos políticos de las orillas del Támesis que la constitución del gran Imperio germánico ha de aspirar con el tiempo á ejercer su predominio en los mares como lo ejerce ya en el continente.

\*  
\*\*

Se han votado en Francia los créditos necesarios para seguir con más empeño que nunca en el llamado estado de represalias con China. No han faltado, en verdad, vivas escaramuzas precursoras de la encarnizada batalla que preparan los enemigos del Ministerio Ferry.

Puede, sin embargo, asegurarse que el Ministerio no caerá por la cuestión del Tong-King, apesar de todas las faltas é imprevisiones de que es reo en esta desdichada aventura. No se trata ya de la política en tan grave debate; está en él comprometida la dignidad de Francia y el interés superior del país.

Si el Celeste Imperio persiste en su actitud de resistencia, es difícil que Francia salga de sus compromisos de una manera menos costosa y distinta de la de los golpes de fuerza. Todos los partidos han de reconocer que es ya forzoso continuar con mayor empuje las operaciones militares.

¿Qué sucedería si un voto de censura determinase la caída

del Gabinete Ferry? Mucho dudamos que se encontrase ningún hombre de Estado dispuesto, en las circunstancias actuales, á cargar con las responsabilidades del poder y las consecuencias de los sucesos. Mala está la cuestión del extremo Oriente.

Pero, sea cual fuere el resultado de los debates parlamentarios, no puede el Gobierno francés hacerse ilusiones acerca del estado de la opinión en lo que concierne á la manera con que se han dirigido por el poder las operaciones militares y las negociaciones diplomáticas. Del seno mismo de la mayoría nacen manifestaciones adversas y fundados vituperios; se vota en favor del Gabinete, pero no puede este voto interpretarse como una victoria política y moral de los actuales gobernantes.

Por otra parte, mucho preocupan los meetings revolucionarios habidos en la Sala Levis y reproducidos en otros grandes centros manufactureros.

Es la síntesis de la revolución y la eterna historia de las reivindicaciones sociales que no pueden provocar nunca más que crisis muy pasajeras.



Es un hecho que cierto movimiento conservador se acentúa en todas partes, con más ó menos fuerza, pero de una manera innegable, viniendo á contrariar las afirmaciones de los radicales que se dicen los futuros é inmediatos señores del mundo.

No hablamos precisamente de la Francia republicana de Mr. Ferry, cada día con tendencias más autoritarias y dictando medidas relativamente enérgicas en la represión de los movimientos populares. Conocidos son también los recientes sucesos de Bélgica, que provocaron la más terrible derrota á los radicales en las elecciones políticas. Tienen ya poco éxito en Italia el proselitismo y las veleidades republicanas.

En las elecciones que acaban de verificarse en Suiza, el partido radical que contaba con más de treinta votos de ma-

yoría en el Gran Consejo de Génova, no ha podido alcanzar más que dos. El mismo fenómeno acaba de observarse en las recientes elecciones de Holanda.

Hasta en los Estados Unidos vemos el triunfo de la candidatura del conservador Mr. Claveland contra la del radical Mr. Blaine.

No son augurios fundados en los pronósticos de cierto optimismo ó fatalismo político. Son, por el contrario, hechos concretos que ignoramos hasta qué punto puedan creerse sintomáticos en las actuales evoluciones.

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**Breñosa (Rafael).**—*Las porfiritas y las microdioritas de San Ildefonso de y sus contornos.*—Un folleto en 4.º de 48 páginas, con una lámina cromo-litografiada y cuatro grabados en madera.

Pocas semanas hace que en esta misma sección era justamente elogiada la *Guía del real sitio de San Ildefonso*, apreciable libro compuesto por los ingenieros Sres. Breñosa y Castellarnau, y ya hoy tenemos que dedicar algunos renglones á otro trabajo del Sr. Breñosa.

En la primera de las dos partes de que consta, estudia la composición mineralógica, estructura y clasificación, distribuyendo en dos grupos las rocas que examina, las cuales corresponden de lleno á las dos grandes series petrográficas plagioclásico-augíticas y plagioclásico-hornabléndicas. En esta misma primera parte des-

cribe el Sr. Breñosa el microscopio de J. Swift, que es el que usa en sus investigaciones añadiéndole el aparato binocular y platina con movimientos regulares.

En la segunda parte, que titula *Descripción especial*, expone muchos detalles sobre las rocas, sus elementos mineralógicos, las relaciones genésicas y de asociación que entre ellos existen, los procesos metamórficos á que están sometidos y los demás fenómenos cuyo conocimiento es necesario para formar cabal idea de su naturaleza íntima.

No permite la índole de esta REVISTA que hablemos con el detenimiento que desearíamos del excelente trabajo del Sr. Breñosa, testimonio claro de su laboriosidad y afición al estudio, cualidades que le colocan al lado de los más ilustres micrógrafos españoles, de los Macpherson, Cas-

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tellarnau, Landerer y Calderón. Reciba nuestra entusiasta enhorabuena y recíbala también el Cuerpo de ingenieros de montes, al cual honran los Sres. D. Rafael Breñosa y don Joaquín María de Castellarnau, como especialidades ambos en la difícil faena de observar al microscopio.

A.

\* \* \*

**Jordana y Morera (D. José).—***Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos.*—Un tomo en 4.º, de 192 páginas.—Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1884.

Como los habituales lectores de esta REVISTA habrán saboreado el último trabajo del excelente escritor y distinguido ingeniero Sr. Jordana, no hay para qué detenerse en la grata tarea de llamarles la atención hacia las muchas bellezas y notable acierto que se advierten en libro tan merecedor de elogios.

Reune el Sr. Jordana, por singular fortuna, el saber del hombre de ciencia—como uno que es de nuestros más acreditados ingenieros de montes—y las condiciones del buen literato: exactitud en la descripción, limpieza y galanura de frase y elegancia de estilo. Agréguese á ello su carácter observador y la escrupulosidad con que narra cuanto ha visto en la gran República norte-americana, y se alcanzará fácilmente el mucho provecho que, á la par de amenísima distracción, puede conseguirse leyendo las curiosidades del país yankee por el Sr. Jordana maravillosamente referidas.

Hace ya bastante tiempo que don

José Jordana estudia los Estados Unidos con señalada predilección, hasta con *amore*. Entre libros, folletos y artículos tiene compuestos 28 trabajos que á la expresada nación se refieren, impresos en varias publicaciones. Descuella entre ellos su obra sobre *La agricultura y los montes de los Estados Unidos*, muy alabada por cuantos la han leído, y particularmente, por renombrados sabios de la patria del insigne Wáshington.

Caso verdaderamente extraño el de los hermanos Sres. Jordana, en esta España donde la política ó el *dolce far niente*, tan gran número de talentos inutiliza. Mientras el mayor, don José, no da paz á la pluma, ni reposo al entendimiento, y á su obra sobre *Apuntes bibliográfico-forestales* sigue *La agricultura del Japón*, y á éstas el libro antes citado, y luego la *Memoria sobre el Congreso de Argel*, y más tarde las *Notas sobre los alcornoques de la Argelia*, y ahora las *Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos*, el hermano menor, D. Ramón, envía desde Filipinas concienzudas *Memorias*, y, por último, dedícase en este momento á la impresión de una obra (que representa largos años de constante trabajo), completa historia natural de nuestras posesiones de Oceanía.

Ya lo hemos dicho: escribimos en la REVISTA y no hemos de pararnos á encomiar los preciosos cuadros que con tanta maestría traza el Sr. D. José Jordana en su última producción, la cual viene á aumentar la fama de que justamente disfruta. Plácemes mil al naturalista y al escritor.

X.

---

MADRID, 1884.—Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º